

MARTIN AMIS

*La Casa de
los Encuentros*



Lectulandia

Entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y la muerte de Stalin, dos hermanos son encarcelados en la Unión Soviética y acaban en el mismo campo de trabajo en Siberia. Lev es un frágil poeta y pacifista. El otro, el narrador sin nombre, es un endurecido veterano de guerra. En el tiempo que medió entre la detención de uno y otro, Lev se casó con Zoya, la joven judía por la que competían y a la que ambos amarán toda la vida. Y sobre este triángulo amoroso, y el encuentro entre Lev y Zoya que tiene lugar en un campo de concentración en 1956, pivota el relato del superviviente, ya octogenario, emigrado desde hace años a América, que ha vuelto a Rusia y rinde cuentas a una hijastra fantasmal.

Lectulandia

Martin Amis

La Casa de los Encuentros

ePub r1.0

Sibelius 05.08.14

Título original: *House of Meetings*

Martin Amis, 2006

Traducción: Jesús Zulaika Goicoechea

Ilustración: «Composición con Mona Lisa», Malévich, 1914, Museo Estatal Ruso, San Petersburgo.

Foto © SCPF / COVER

Editor digital: Sibelius

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A mi madre, de nuevo

Querida Venus:

Si lo que dicen es cierto y mi país está agonizando, tal vez yo pueda decirles por qué. Ya ves, chiquilla, la conciencia es un órgano vital, y no un aditamento como las amígdalas o las vegetaciones.

Mientras tanto, mi enhorabuena. Ahora te unes a un numeroso contingente de jóvenes: el de todos aquellos condenados a ofrecer a la venta las purulentas memorias de un viejo familiar. Pero tú no tendrás que ir lejos: sólo hasta Gagarin Press, en Jones Street. Y preguntar por el señor Nosrin. No te preocupes: no voy a hacer lo que aquel pobre tarado del que leímos que mandó a revelar a One Hour Photo carretes enteros de sus trabajos manuales. Lo he arreglado con Nosrin: no se le debe nada, todo está pagado. Además, es compatriota mío, así que lo entenderá. Quiero una tirada de un solo ejemplar. Y es tuyo.

Siempre me has preguntado por qué nunca «me abría», por qué me resultaba tan difícil «dar salida» y «liberar presión» y ese tipo de cosas. Bien, con un pasado como el mío, vives en gran medida para esos ratos en que no estás pensando en ello —y está claro que el tiempo que pasas hablando de ello no es de ningún modo uno de esos momentos—. Y había una inhibición aún más oscura: el miedo abiertamente neurótico de que no me creyeras. Imaginé que me dabas la espalda, imaginé que apartabas la cara y sacudías despacio la cabeza agachada. Y la perspectiva me resultaba insoportable. He dicho que este miedo era neurótico, pero sé que lo comparten muchos hombres con historias parecidas. Son neurosis compartidas, ansiedades compartidas. Emoción de masas: tendremos que volver una y otra vez al tema de la emoción de masas.

Al principio, cuando empecé a juntar los hechos ante mí, palabras negras sobre una hoja blanca, me sorprendí mirando fijamente a un pequeño montón informe de degradación y de horror. Así que he tratado de darle a todo esto un poco de estructura. Ya que cuando lograba darle cierta apariencia de pauta o forma me sentía menos aislado y podía percibir la ayuda de fuerzas impersonales (algo que necesitaba de forma imperiosa). Esta impresión de unidad era quizá engañosa. La patria es eternamente pródiga en antiiluminaciones, en epifanías negativas, pero no en unidad. En mi país no hay unidades.

En la década de 1930 hubo un minero llamado Alexéi Stajánov que —según algunos— sacaba más de cien toneladas de carbón —la cuota era de siete— en un solo turno de trabajo. De ahí el culto a los estajanovistas, o trabajadores «de choque»: llenadores de barrancos, aplanadores de montañas, bulldozers y excavadoras humanas. Los estajanovistas, con mucha frecuencia, eran obvios fraudes; con mucha frecuencia, también, eran colgados por sus compañeros, que odiaban las normas sobre altos rendimientos... Había también escritores «de choque»: los sacaban de las fábricas a millares y los ponían a escribir propaganda disfrazada de narrativa. Mi objetivo es diferente, pero será mejor que me veas de ese modo: como un escritor estajanovista o «de choque» que está diciendo la verdad.

La verdad va a resultarte dolorosa. Me viene a las mientes una vez más (en forma de laceración sutil, como cuando te cortas con un papel) que el acto más deshonroso lo perpetré no en el pasado remoto, como casi todos los demás, sino en el espacio de tu vida, y unos cuantos meses antes de que me presentaran a tu madre. Mi fantasma espera censura. Pero que sea personal, Venus; que sea tu reprobación y no la de tu grupo y tu ideología. Sí, me estás oyendo, joven dama: tu ideología. Ya, es una ideología suave, estoy de acuerdo (la suavidad es su única idea). Nadie se va a hacer saltar en pedazos por ella.

Tu asimilación de lo que hice va a exigirte, en cualquier caso, una gran dosis de valor y generosidad. Pero creo que hasta una retribucionista estricta (que no eres) se sentiría razonablemente feliz con la forma en que las cosas acabaron resolviéndose. Podría objetarse —y yo no lo discutiría— que no merecía a tu madre. Tampoco he merecido tenerte en casa durante casi veinte años. Y tampoco es que ahora tenga un miedo enorme a que me excomulgues de tu memoria. No creo que vayas a hacerlo. Porque entiendes lo que significa ser un esclavo.

Venus, siento que te fueras preocupada por que no te hubiera dejado que me llevaras a O'Hare. «Es lo que siempre hacemos», me dijiste: «Nos llevamos y nos traemos del aeropuerto.» ¿Te das cuenta de lo raro que es eso? Ya nadie lo hace. Ni siquiera los recién casados. De acuerdo: fue egoísta por mi parte no dejarte que lo hicieras. Dije que era porque no quería decirte adiós en un sitio público. Pero creo que lo que me mortificaba realmente era la asimetría del asunto. Tú y yo siempre nos hemos llevado al y nos hemos traído del aeropuerto. Y no quería ese al cuando sabía que ya no iba a haber un del.

Estás tan preparada como cualquier joven occidental podría soñar estarlo, y no te falta de nada: una buena dieta, un generoso seguro médico, dos licenciaturas, viajes internacionales, idiomas, ortodoncia, psicoterapia, propiedades y capital. Y tu piel es de un color precioso. Mírate..., mira el bruñido de tu tez.

Primera parte

1. EL YENISÉI, 1 DE SEPTIEMBRE DE 2004

Mi hermano pequeño vino al campo en 1948 (cuando yo ya estaba allí), en el apogeo de la guerra entre las bestias y las putas...

No sería mala frase para empezar el relato como es debido, y estoy impaciente por escribirla. Pero no aún: «¡Aún no, aún no, mis preciosas!» Es lo que el poeta Auden solía decirles a los versos, a las locuaces epístolas que parecían apremiarlo para nacer antes de tiempo. Aún es demasiado pronto para hablar de la guerra entre las bestias y las putas. Habrá guerra en estas páginas, inevitablemente: he luchado en quince batallas, y, en la séptima, poco me faltó para que me castrara un misil insignificante (un perno de hierro de casi un kilo y medio de peso), que se me quedó incrustado en la parte interior del muslo. Cuando te hieren tan gravemente, durante la primera hora no sabes si eres hombre o mujer (o si eres viejo o joven, o quién fue tu padre o cómo te llamas). Unos cuantos centímetros más arriba, como suele decirse, y no habría habido historia que contar..., porque ésta es una historia de amor. De acuerdo, de amor ruso. Pero amor al fin y al cabo.

La historia de amor es triangular, y el triángulo no es equilátero. A veces me gusta pensar que el triángulo es isósceles: ciertamente acaba en una punta muy afilada. Pero seamos honestos y admitamos que el triángulo sigue siendo brutalmente escaleno. Confío, querida mía, en que tengas un diccionario a mano. Nunca hubo que animarte mucho para que respetases como es debido los diccionarios. Escaleno, del griego *skalenós*: desigual.

Es una historia de amor. Así que, por supuesto, he de empezar por la Casa de los Encuentros.

Estoy sentado en el comedor en forma de proa de un vapor de turistas, el *Georgi Zhukov*, en el río Yeniséi, que discurre desde las estribaciones de las cordilleras de Mongolia hasta el océano Ártico, hendiendo así la llanura eurasiática septentrional — una distancia de unas dos mil quinientas verstas—. Dadas las distancias rusas, y lo arduo de la vida en Rusia, uno imaginaría que una versta equivale a..., no sé, sesenta y tres kilómetros, por ejemplo, cuando de hecho mide poco más de un kilómetro. Pero sigue siendo un largo viaje. El folleto describe el crucero como «un viaje a ese destino de toda una vida» —frase que lleva en su seno una resonancia poco grata—. Téngase en cuenta, por favor, que nací en 1919.

A diferencia de en todas las demás partes, aquí el *Georgi Zhukov* no es ni una cosa ni otra: ni futuristamente plutocrático ni futuristamente austero. Es la viva imagen del *Komfortismus* viejo, prácticamente zarista. De la línea de flotación para abajo, donde los miembros de la tripulación y del servicio duermen y arman jarana, el

barco es, claro está, una ruina fétida; pero mírese el comedor, con sus colgaduras de tono dorado y miel, y sus terciopelos rojos de lupanar. Y la carga es liviana. Yo tengo un camarote de cuatro literas para mí solo. El tour del Gulag —me dice el sobrecargo— nunca ha acabado de gustar... Moscú es impresionante..., sombríamente fantástico en su riqueza. Y San Petersburgo, también, sin duda, después de su cumpleaños de mil millones de dólares: tricentenario de la ciudad construida por esclavos y «robada al mar». Y ahora todos los demás lugares están debajo de la línea de flotación.

Mi visión periférica percibe un cerco de camareros que se inclinan, listos para saltar. Por dos razones. La primera: que estamos ya en el penúltimo día del viaje, y que a estas alturas ya es de dominio público a bordo del *Georgi Zhukov* que soy un viejo cascarrabias y malhablado, enorme y melenudo, pero no con esa sedosa cabellera blanca del anciano chocho y poco protestón, sino con greñas cortadas a tijeretazos y de un gris desapacible. También saben, a estas alturas, que doy unas propinas que rozan la psicopatía. Ignoro por qué. Supongo que desde el principio he sido de los que dejan un veinte por ciento en lugar de un diez por ciento. Y a partir de entonces no he hecho más que ir aumentando día a día el porcentaje, lo cual es ridículo. Siempre he llevado en el bolsillo un montón de efectivo, incluso en la extinta Unión Soviética. Pero ahora soy rico. Para información general (y yo doy la información que se me antoja), diré que sólo tengo una patente, pero con múltiples aplicaciones: un mecanismo que mejora significativamente el «juego» de las extremidades protéticas... Así que todos los camareros saben que si sobreviven a mis arrebatos cloacales, al final de cada comida les espera un buen pellizco. Apuntalado ante mí, un libro de poemas. No de Mijaíl Lérmontov ni de Marina Tsvietáieva. Sino de Samuel Coleridge. El marcador de páginas que utilizo es un sobre grueso con una larga epístola dentro. Lleva en mi poder veintidós años. Un viejo ruso, de regreso a casa, ha de llevar consigo un recuerdo significativo —su *deus ex machina*— La carta no la he leído aún, pero lo haré. Lo haré, aunque sea la última cosa que haga en este mundo.

Sí, sí, lo sé... Los viejos no deben jurar. Tú y tu madre teníais toda la razón al poner los ojos en blanco cuando me oíais. Un espectáculo ciertamente lamentable, sin la menor gracia: una boca anciana soltando sapos y culebras, con dentadura postiza o sin dientes, y labios medio borrados de tan lamidos. Y lamentable porque es una protesta tan nítida contra las facultades que nos abandonan: *decir* «joder», por ejemplo, es la única cosa procaz que aún podemos permitirnos. Pero me gustaría hacer hincapié en las propiedades terapéuticas de las palabrotas. Todos aquellos que han sufrido de verdad conocen el alivio que al cabo procuran, hundir la cabeza y, una hora tras otra, llorar y maldecir... Dios, mira estas manos. Son del tamaño de tablas de queso, no, de quesos, de quesos enteros, con sus oquedades y sus ondulaciones,

con su blandura, su verdín. He herido a muchos hombres y mujeres con estas manos.

El 29 de agosto cruzamos el Círculo Polar Ártico, y hubo una celebración muy completa a bordo del *Georgi Zhukov*. Un acordeón, un violín, una guitarra toda enjorada, chicas con blusas de la vida alegre, un borracho con pantalones de montar que fingía una y otra vez bailar la danza cosaca y se caía continuamente del taburete. Yo ahora tengo una resaca que, dos días después, no hace más que empeorar por momentos. Y a mi edad, ochenta y muchos años —como suelen decir ahora (en lugar de «casi nonagenario»,^[1] por las connotaciones poco afortunadas que esta última expresión entraña)—, no hay *lugar* para la resaca, sencillamente. Dios, oh Dios... Oh Dios oh Dios oh Dios. No creía que aún fuera capaz de contaminar mi organismo tan a conciencia. Peor aún: he sucumbido. Sabes perfectamente a qué me refiero. Me uní a todos los brindis (nos pusieron un minicontenedor para que pudiéramos romper las copas dentro), y canté todas las canciones. Lloré por Rusia, y sequé mis lágrimas en la bandera. Hablé un montón del campo —de Norlag, de Predposilov—, y hacia el alba empecé a impedir físicamente que cierta gente abandonara el bar. Luego hice algunos destrozos de consideración en mi camarote, y al día siguiente tuvieron que trasladarme a otro, en medio de una ventisca de maldiciones y de billetes de veinte dólares.

Georgi Zhukov, general Zhukov, mariscal Zhukov: serví en uno de sus ejércitos (estaba al mando de todo un frente) en 1944 y 1945. También contribuyó a salvarme la vida —ocho años después, en el verano de 1953—. Georgi Zhukov fue el hombre que ganó la Segunda Guerra Mundial.

Nuestro barco gruñe, como si estuviera echándose al hombro más cargas y tareas. Me gusta ese ruido. Pero cuando las puertas de la cocina se abren de golpe y chirriando oigo la música del radiocasete (cuatro por cuatro, una voz adolescente gritando cosas sobre descubrirse a sí mismo), me hace daño en los oídos. A un solo parpadeo de mi ojos, claro está, los camareros entran en tromba en la cocina. Cuando eres viejo, los ruidos te llegan como un dolor. El frío te llega como un dolor. Cuando salga a cubierta esta noche, cosa que pienso hacer, la nieve húmeda me llegará en forma de dolor. No era así cuando era joven. El despertar: eso sí dolía, y a medida que pasaban los días dolía más y más. Pero el frío no dolía. (Por cierto, trata de gritar y maldecir más arriba del Círculo Polar Ártico, en invierno: las lágrimas se te hielan al momento, y hasta las obscenidades se vuelven gotitas de hielo y caen con un tintineo a tus pies.) Te debilitaba, te minaba profundamente, pero no te llegaba en forma de dolor. Respondía a algo. Era como un reflector haciendo un barrido por el universo de nuestro odio.

Ahora ya no es el radiocasete, sino una radio. Levanto la mano. Eso sí está

permitido. Hoy hemos visto el comienzo del secuestro de la Escuela de Enseñanza Media Número 1, en Osetia del Norte. Coincidió que algunos de los niños estaban mirando en el momento en que los pistoleros —hombres y mujeres— cruzaron la vía del tren con sus pasamontañas negros, y se rieron y los señalaron con el dedo, pensando que se trataba de un juego o de unas prácticas. Luego la furgoneta se detuvo y el grupo armado saltó al suelo, y el pistolero con la enorme barba anaranjada dijo: «Rusos, rusos, no tengáis miedo. Vamos, vamos...» Las autoridades dicen que son trescientos o cuatrocientos, pero en realidad hay más de un millar de rehenes —niños, padres, profesores—. Y ¿por qué estamos ya preparándonos para algo cercano al peor de los desenlaces posibles? Y ¿por qué nos estamos ya preparando para ese fenómeno que el mundo entero comprende: la torpeza de Rusia? ¿Por qué tenemos las manos tan torpes y pesadas? ¿Qué es lo que las lastra?

Otro café, otro cigarro y subo a cubierta. El vasto territorio siberiano, la inmensidad verde oliva —te asustaría, creo; pero hace que los rusos se sientan importantes—. La masa de la tierra, del campo, el tamaño de su parte del planeta: eso es lo que nos obsesiona, eso es lo que subvierte la cordura del Estado... Estamos avanzando hacia el norte, pero río abajo. Lo cual se percibe como anómalo. Desde cubierta es como si el barco estuviese inmóvil y fueran las orillas las que se desplazaran. Estamos quietos; las orillas fluctúan, cabecean. Eres impelido hacia delante por una fuerza que se desplaza en sentido contrario. Tienes la sensación, también, de que te ciernes sobre los hombros del mundo y te diriges hacia una catarata infinita. Donde empezaría los monstruos.^[2]

Mis ojos, en el sentido conradiano del término, han dejado de ser occidentales para empezar a ser orientales. Vuelvo al seno de una vasta familia de los suburbios. Ahora tienen que valerse por sí mismos. Todo el dinero tendrá que ser dividido entre los delincuentes y el Estado.

Es curioso. Teclar la palabra «Kansas» sigue pareciéndome tranquilizadamente banal. Y teclar la palabra «Krasnoyarsk» sigue pareciéndome absolutamente grotesco. Podría, por supuesto, teclar «K...», al modo de un escritor de otra época. «Viajó a M..., la capital de R...» Pero ahora ya eres una chica mayor. «Moscú», «Rusia»: no son sitios que no hayas visto nunca. Mi lengua materna..., me doy cuenta de que me apetece usarla lo menos posible. Si Rusia se está deshaciendo, el ruso ya se ha deshecho. Tardamos mucho, ¿sabes?, en crear un lenguaje del sentimiento. El proceso fue interrumpido al cabo de un siglo escaso, y en la actualidad todas las asociaciones y connotaciones se han perdido. Debo decir que al contar mi historia en inglés todo resulta coherentemente eufemístico, haciéndolo como lo hago, además, en un inglés inglés al estilo antiguo. Mi historia sería aún peor

en ruso. Porque en verdad es una historia de articulaciones sibilantes y guturales.

El resto de mi ser, pese a ello, se está volviendo oriental, se está rusificando otra vez. Así que, de aquí en adelante, mantente atenta a otros rasgos nacionales: la libertad respecto de toda responsabilidad y escrúpulo, la defensa enérgica de opiniones y creencias no sólo irreconciliables sino mutuamente excluyentes, la debilidad por un humor de miseria y cinismo, la tendencia a hablar con más pasión cuando se es más insincero, y la sed de argumentaciones abstractas (abstractas hasta el extremo de la pretenciosidad) en los momentos más intempestivos —en mitad de una evasión carcelaria, por ejemplo, o en el punto álgido de una revuelta del cólera o en la fase más sepulcral de una hambruna del Terror.

Bueno, y una cosa, para quitárnosla de encima. No es la Unión Soviética lo que me disgusta. Lo que no me gusta es la llanura eurasiática del norte. No me gusta la «democracia directa», y no me gusta el poder soviético, y no me gustan los zares, y no me gustan los señores feudales mongoles, y no me gustan las dinastías teocráticas del viejo Moscú y el viejo Kiev. No me gusta el imperio multiétnico de la tierra de los doce husos horarios. No me gusta la llanura eurasiática septentrional.

Por favor, sé indulgente con mi pequeña excentricidad en el uso de los diálogos. No estoy siendo ruso. Estoy siendo «inglés». Y me da la impresión de que no está bien citarse a uno mismo. Digámoslo así.

Sí, en el nivel individual, Venus, bien podría ser cierto que el carácter es el destino. Y viceversa. Pero en un nivel más general el carácter no significa nada. En un nivel más general, el destino es la demografía; y la demografía es un monstruo. Cuando te fijas bien, cuando examinas el caso ruso, percibes las sacudidas de una fuerza colosal, de una fuerza no sólo ciega sino absolutamente insensible. Como un terremoto o un maremoto. Hasta ahora no había sucedido nunca nada parecido.

Tengo delante de mí, en la pantalla del ordenador, el gráfico con las dos líneas rizadas que se intersecan, una rosa y la otra azul. La tasa de natalidad, la tasa de mortalidad. Lo llaman la cruz rusa.

Cuando mi país empezó a morir, yo estaba allí: la noche del 31 de julio de 1956, en la Casa de los Encuentros, justo encima del paralelo sesenta y nueve.

2. LA CASA DE LOS ENCUENTROS

Hubo cierta ceremonia por mi parte, recuerdo, en la forma de enseñarle a mi hermano pequeño el lugar donde recibiría a su desposada. Y digo «desposada». Llevaban casados ocho años, pero ésta sería su primera noche juntos como marido y mujer... Sales de la zona en dirección norte, y al cabo de algo menos de un kilómetro te desvías hacia la izquierda y subes por el empinado sendero y el inverosímil tramo de viejos escalones de piedra. Y helo allí: más allá, en la cuesta del monte Schweinsteiger, se alza la casita de dos plantas llamada la Casa de los Encuentros, y, a un lado, su envidiado anexo, una solitaria cabaña de troncos que era como el reducto de la completa libertad.

Sólo una habitación, por supuesto: el camastro estrecho de sábana afelpada y manta gris y pesada como una losa, el barril de agua con la jarra de hojalata atada con una cadena, el cubo para las deyecciones —impoluto y con una discreta tapa de madera—. Y la silla (sin brazos, sin respaldo), y la bandeja de la cena: dos trozos de pan del tamaño de un puño, un arenque entero (ligeramente verde por los bordes) y la gran jarra de caldo frío con al menos cuatro o cinco bolitas de grasa flotando en la superficie. Se habían empleado muchas horas en preparar todo aquello, y muchas manos.

Lev silbó.

Dije: Bien, chiquillo, hemos hecho un buen trabajo. Mira.

—Santo Dios —dijo él.

Y saqué del bolsillo un termo grueso y corto de vodka, los seis cigarrillos (liados con papel de periódico del Estado) y las dos velas.

Puede que aún se estuviera recuperando de la manguera de presión y de la esquiladora (tenía gotitas de sudor encima el labio superior). Pero entonces me dirigió la mirada que yo conocía tan bien: el rictus triste, con las dos uves invertidas en mitad de la frente. Lo tomé —sin apenas temor a equivocarme— por una expresión de duda sexual. Duda sexual: esa rémora exclusivamente masculina. Dime, querida mía: ¿para qué sirve tal duda? La respuesta utilitaria, supongo, sería que sirve para que nos abstuviéramos de reproducirnos si estábamos débiles o enfermos o éramos, simplemente, demasiado viejos. Quizá, también —y esto se daría en la fase de concepción de la idea masculina—, podría ser que los fiascos ocasionales, o el fiasco como posibilidad siempre presente, hayan contribuido a que los varones se mantengan castos. Y esto sólo se daría en la fase de concepción de la idea.

Lev, muchacho, le dije. Esto es un maldito paraíso. Y luego le dije, con la falta de seguridad que la cosa requería: No esperes mucho. *Ella* no espera mucho. Así que no esperes mucho tú tampoco.

Él dijo:

—No creo que yo esté esperando mucho.

Nos abrazamos. Al enderezarme después de agachar la cabeza para salir de la cabaña vi en el alféizar interior de la ventana algo que antes no había visto —y muy agrandado gracias al efecto lupa de un abombamiento del cristal—. Era un tubo de ensayo, de base redondeada y mantenido en pie en una pequeña peana de madera tallada a mano. Una única flor, silvestre, sin tallo, flotaba dentro de él, desbordándolo —una flor de un amoroso tono borgoña—. Recuerdo que pensé que parecía un experimento sobre la idea masculina. Un experimento poético, tal vez, pero experimento al fin.

El guardia dio un paso al frente y me hizo un gesto con su arma: debía ir delante de él por el sendero. En dirección contraria se acercaba —también escoltada— mi cuñada. Aquella manera de andar, su famoso tambaleo altivo... Ponía el mundo en movimiento.

Nos adentrábamos ya en las cinco semanas del verano ártico. Era como si la naturaleza despertara en julio y se diera cuenta de lo abandonados que tenía a sus invitados. Y luego, por supuesto, se propusiera subsanarlo con creces. Había algo de demasiado efusivo e histérico en el espectáculo que montaba a continuación: el sol, con el disco encendido, mirándonos, en alerta constante; la alfombra roja de las flores del campo, los colores, exuberantes pero tan virulentamente irritantes que hacían que me picaran los ojos; y los regocijados mosquitos, gordos como colibríes. Seguí andando bajo una red de mosquitos de todo tamaño y tipo. Había, recuerdo, una enorme y brillante nube gris por encima de nuestras cabezas; y su punta más avanzada parecía como mellada, y estaba a punto de desmenuzarse y deshacerse en lluvia.

La noche del 31 de julio de 1956: la noche de la verdad. ¿Cómo la pasé yo?

Primero, el Café del Conde Krzysztof. En el Café del Conde Krzysztof sucedió lo siguiente: tratando de no reírse, Krzysztof te servía una taza de jugo de estiércol negro y caliente; y, tratando de no reírte, tú te la bebías. Krzysztof me contó, entre otras cosas, que iba a haber una conferencia en el comedor a las ocho de la tarde. Sobre Irán. Las conferencias sobre otros países, sobre todo países limítrofes, siempre tenían mucho éxito («Los maoríes de Nueva Zelanda» seguro que no atraía a multitudes, pero cualquier cosa sobre Finlandia o Afganistán llenaba el comedor). Ello se debía a que las descripciones de la vida al otro lado de la frontera daban pábulo a fantasías de huida. Los hombres se quedaban allí sentados, con cara de pasmados, como si estuvieran viendo a una bailarina exótica. Por razones parecidas, la representación de más éxito jamás llevada a escena fue una función doble: dos anodinas y anónimas y pequeñas piezas tituladas *Tres gandules* y *Kedril el Tragón*. Eran tan populares que solían representarse casi mensualmente; y Lev y yo siempre

nos abríamos paso a codazos para conseguir un sitio. Ah, el culto de los *Tres gaudules* y de *Kedril el Tragón*... Pero aquella noche me apetecía evitar los estímulos. En lugar de esa distracción, pues, busqué algo que me deprimiera un poco. Así que hice una visita a Tania.

Nuestro campo era mixto desde 1953 —año en que se derribó el muro divisorio—, y muchos de nosotros teníamos amigas. Concebíamos una amplia gama de nombres genéricos para ellas (como hacían ellas con nosotros: «mi ídolo», «mi papaíto», «mi Tristán», «mi Dafnis»), y podías saber mucho de un hombre por la forma en que se refería a su chica. «Mi Eva», «mi diosa», o incluso «mi esposa» indicaban que se trataba de un romántico. Otros individuos menos maniáticos empleaban todo posible sinónimo de la cópula, amén de todo posible sinónimo de la vulva. Pero aunque había relaciones «de verdad» (embarazos, abortos, y hasta matrimonios y divorcios), el noventa por ciento —diría yo— eran absolutamente platónicas. Sé que la mía lo era. Tania era una obrera fabril, y no había cometido ningún delito político. Pero había «reincidido tres veces». Lo había hecho tres veces: había llegado tres veces tarde al trabajo. Con menos ternura de lo que a primera vista pueda parecer, yo la llamaba «mi Dulcinea»: como la dueña del Quijote, era en gran medida un proyecto de la imaginación.

El amor de un preso por otro podía ser algo de una gran pureza. Había, de hecho, enormes cantidades de amor frustrado, de amor irredento, en el archipiélago de los esclavos. Declaraciones de amor, esponsales, manos enlazadas a través de la alambrada. Una vez, en un campo de tránsito, vi una boda en masa espontánea (con cura incluido) de veintenas de perfectos desconocidos, a quienes acto seguido se volvió a separar y conducir en direcciones contrarias... Lo mío con Tania era algo prosaico y banal. Simplemente había descubierto que al tener a alguien a quien cuidar, o a quien buscar, apuntalaba mi voluntad de sobrevivir. Y eso era todo.

Aquella noche nuestra cita no fue ningún éxito. En el campo era algo axiomático que las mujeres eran más duras y más resistentes que los hombres. Les dábamos lástima y hacían de madres. También a ti te habríamos dado lástima y también tú habrías hecho de madre con nosotros. Nuestra suciedad, nuestros harapos, la forma en que íbamos cayendo en el abandono sin remedio... Eran más fuertes; pero el precio que pagaban era la pérdida de toda esencia femenina, de la última gota de su rocío. «Soy al mismo tiempo vaca y toro», escribió la poetisa del campo. «Una mujer y un hombre.» Ya no segregaban hormonas. Y lo mismo nos pasaba a nosotros. Estábamos —unas y otros— abocados a una tierra de nadie.

Yo solía hacer magia con Tania, y recreaba la criatura deliciosa que seguro que había sido cuando era libre. Pero aquella noche, mientras estuvimos sentados durante una hora en los tres tocones del claro de detrás de la enfermería, lo único que pude sentir fue una especie de fascinación insensible. Su boca. Su boca se parecía a esos

jeroglíficos grabados que se ven en los muros de las celdas de los solitarios prototípicos, en los cómics, en las ilustraciones de las novelas del siglo XIX sobre confinamientos épicos: una línea horizontal sobre seis rayas verticales (que representan una semana más en la vida del cautivo). El único impulso que pudiera asemejarse a deseo que Tania despertaba en mí eran unas fugaces y apremiantes ganas de comerle los botones de la camisa, que estaban hechos de bolas de pan masticado. Oh, sí: y la textura de lija de la carne arrebolada de sus mejillas, al crepúsculo blanco, me hacía anhelar la cáscara de una naranja. Una semana después la trasladaron. Tenía tu edad. Veinticuatro años.

Llegó la medianoche, y se fue. Cuando llegas al campo, los siete pecados capitales adoptan una nueva configuración. Tus pilares en la vida en libertad, la soberbia y la avaricia, los echas por la borda al instante, y los sustituyes —como obsesiones desenfrenadas, fuente de insospechados deleites— por otros dos que antes jamás tuviste en mente: la gula y la pereza. Mientras mi mente vigilaba la Casa de los Encuentros, donde Lev yacía con una mujer con apariencia de mujer, yo yacía solo con los otros tres pecados capitales: la envidia, la lujuria y la ira.

Ahora se oía a mi alrededor el débil pero unánime sonido como de unas bocas que salivaban y sorbían. Incluso podría haberme resultado alentadoramente lúbrico si no hubiera sabido lo que era. Pero lo sabía. Era el sonido de tres centenares de hombres comiendo en sueños.

La vida era fácil en 1956. Había suciedad y frío, hambre y odio; pero la vida era fácil. Iósif Vissariónovich había muerto, Beria había caído y Nikita Serguéievich pronunció el Discurso Secreto.^[3] El Discurso Secreto causó una conmoción planetaria. Era «la primera vez» que un líder ruso reconocía las transgresiones del Estado. La primera vez. Y la última, más o menos. Pero volveremos sobre ello.

Iósif Vissariónovich: conocía su cara mejor que la de mi propia madre. Su sonrisa mostachosa de sargento de reclutamiento (te quiero a *ti*) y sus ojos amarillentos, resentidos, montañeses, escrutadores desde las sombras del risco o la grieta.

Él te quiere a ti, pero tú no le quieres a él. Utilizo la forma «correcta», el nombre cristiano y el patronímico, Venus, para marcar distancias. Durante muchos años esa distancia no existió. Debes esforzarte por imaginarlo, la repulsiva proximidad del Estado, de su olor corporal, de su aliento en tu nuca, de su mirada estúpidamente expectante.

Al final sientes sobre todo vergüenza por haber sido tan íntimamente moldeado por semejante presencia. Por un *llenacielos* y *abarcaocéanos* como Iósif Vissariónovich. Y peleé en la guerra que tuvo con el otro: el de Alemania. Estos dos líderes tenían ciertas cosas en común: la baja estatura, la mala dentadura, el

antisemitismo. Uno tenía una memoria excepcional; otro era un orador histérico, pero sin duda tremendamente persuasivo (por lo menos para aquella nación y en aquel momento). Y estaba también, por supuesto, la intensidad de su voluntad de poder. Por lo demás, ambos eran personas grises.

«No soy un personaje de novela», dice el Razumov de Conrad más de una vez (a medida que el pavoroso dilema va materializándose en torno a él), y muy razonablemente, creo. Yo tampoco soy un personaje de novela. Como muchos otros millones de personas, mi hermano y yo somos personajes de una obra de historia social «desde abajo», en la era de los seres insignificantes y titánicos.

Pero la vida, en 1956, era fácil.

3. LA GUERRA ENTRE LAS BESTIAS Y LAS PUTAS

Mi hermano Lev llegó a Norlag en febrero de 1948 (yo ya estaba allí), en el apogeo de la guerra entre las bestias y las putas. Llegó de noche. Lo reconocí al instante, de lejos, entre la multitud, porque un hermano, Venus, de forma mucho más evidente que un hijo, desplaza una cantidad fija de aire. Un hijo crece, mientras que sus padres permanecen estáticos en el espacio. Con los hermanos siempre persiste la misma diferencia.

Me estaba fumando un pitillo con Semyon y Johnreed en el tejado de la fábrica de cemento, y vi a Lev en la fila que estaba entrando en el bloque de desinfección, que se alzaba absurdamente expuesto por su enorme batería de bombillas enjauladas. Cuarenta minutos después estaba entrando en fila en el patio. Desnudo, si exceptuamos la malla de grueso unguento blanco aplicado con manguera, para la eliminación de pequeños bichos; el cáustico fuego que generaba en la superficie de la piel no servía en absoluto para aliviar el temblor galvánico causado por los treinta grados bajo cero. Dio un traspie (tenía ceguera nocturna), cayó al suelo y se quedó a cuatro patas, y el frío se apoderó de él: parecía un perro sin pelo sacudiéndose para secarse. Luego se levantó, y se quedó allí quieto, protegiendo algo en las manos ahuecadas —algo precioso—. No me moví.

Fue el año en que los poderes tutelares perdieron el monopolio de la violencia. Fue un tiempo de salvajismo espasmódico, en el que las bestias arremetían contra las putas y las putas arremetían contra las bestias. Las facciones disponían de sendos talleres de herramientas, y ello fijó la tónica de sus enfrentamientos: concienzudos trabajos con la llave inglesa y los alicates, la barra y la palanca, el tornillo de banco, el punzón, el torno, maníacos martillos neumáticos, atroces cinceladoras. En el momento mismo en que Lev cruzaba el patio en dirección a la enfermería, nos llegaron a través de la niebla los gritos ensordecedores desde la entrada de la fábrica de juguetes, donde dos bestias (supimos luego) estaban siendo castradas por una pandilla de putas armadas con seguetas, en venganza por un cegamiento de aquel mismo día.

La guerra entre las bestias y las putas era una guerra civil, porque tanto las bestias como las putas eran urkas. Subgrupo social de criminales hereditarios, los urkas tenían varios siglos de existencia —de una existencia invisible—. Eran fugitivos en dos sentidos: huían y estaban al borde de la extinción. Fuera, en la tierra de la libertad, podrían verse muy raras veces, y con bisoño asombro, como vería un niño esas figuras medio escondidas entre bastidores en un circo o una feria: un mundo de hermanos siameses y de tritones y de mujeres barbudas, de monstruosos tatuajes y escarificaciones, un mundo de caos codificado. A veces también era posible *oírlos*: en una calleja de Moscú te podías quedar petrificado de repente: el silbido urka,

escandalosamente agudo (que implicaba —estabas seguro— un uso indecente de la lengua). En el exterior, los urkas era una fantasmagórica clase inferior. En los campos, claro está, formaban una conspicua y vociferante élite. Pero ahora estaban en guerra.

He aquí cómo se distribuía el poder en nuestra granja de animales. En lo más alto estaban los *cerdos*, la clase subalterna de administradores y guardias. Detrás venían los *urkas*: considerados «elementos socialmente afectos», gozaban del estatus de individuos leales que, además, no trabajaban. Debajo de los urkas estaban las *serpientes*: los informadores, los «uno de cada diez», y debajo de las serpientes estaban las *sanguijuelas*, los defraudadores burgueses (falsificadores y malversadores y gentes de esa laya). Cerca de la base de la pirámide se hallaban los *fascistas*, los contra, los del artículo cincuenta y ocho, los enemigos del pueblo, los políticos. Y luego tenías a las *langostas*, los juveniles, los pequeños calibanes: hijos ilegítimos de la revolución, el desplazamiento y el terror, eran los huérfanos salvajes del experimento soviético. Sin sus leyes y protocolos sin sentido, los urkas habrían sido iguales a las langostas, sólo que más grandes. Las langostas carecían por completo de normas... Finalmente, tirados en el polvo estaban los *comemierda*, los que estaban en las últimas, los más míseros; ya no podían trabajar, y tampoco seguir soportando la tortura del hambre, así que lo que hacían era pelearse débilmente por bazofias y basuras. Como mi hermano, yo era un «elemento socialmente hostil», un político, un fascista. Huelga decir que yo no era fascista. Yo era comunista. Y seguí siéndolo hasta primeras horas de la tarde del 1 de agosto de 1956. Había también animales, animales reales, en nuestra granja animal. Perros.

La guerra civil de los urkas fue consecuencia de la tentativa de Moscú de minar tanto el poder urka como su ociosidad. Su política consistía en promover aún más a los urkas: en darles, a cambio de cumplir con ciertas tareas, paga y privilegios parecidos a los de los subalternos. Las putas eran los urkas que querían dejar de ser urkas para convertirse en cerdos; las bestias eran los urkas que querían seguir siendo urkas. Al principio, cuando empezó la guerra, nos dio la impresión de que iba a venirnos bien. De pronto los urkas tenían algo que hacer con su infinito tiempo libre —en lugar de torturar fascistas, su actividad primera—. Pero ahora la guerra entre las bestias y las putas estaba fuera de control. Al perder el monopolio de la violencia, los cerdos aplicaron aún más violencia. Había una ferocidad y aleatoriedad en el ambiente que empezaba a percibirse casi como abstracta.

Venus. ¿Recuerdas lo decepcionada que te sentiste con los cocodrilos en el reptilario del zoo porque «los lagartos no se movían jamás»? Imagina esa quietud hibernatoria, ese éxtasis fétido. Y de pronto un latigazo, una convulsión de instantaneidad fantástica; y al cabo de medio segundo uno de los cocodrilos está en una esquina, rígido y medio muerto por el shock, y sin la mandíbula superior. Pues

así era la guerra entre las bestias y las putas.

Ahora bien, cuando hablo de esto —aquí y en otros momentos—, de Moscú y sus —así llamadas— políticas, lo hago con la seguridad del conocimiento de causa retrospectivo. Pero entonces no sabíamos lo que estaba pasando. Jamás tuvimos la menor idea de lo que estaba sucediendo.

El primer día de Lev (pasaría la mayor parte de él con los exámenes médicos y la asignación de trabajo) fue también el día mensual de descanso.

Me acerqué a él por detrás. Estaba en el patio, sentado en el muro bajo de piedra donde un día estuvo el pozo, con las rodillas juntas y los hombros hundidos. Trataba con sumo cuidado sus lentes rotas, e intentaba dar crédito a sus ojos.

¿Y qué es lo que estaba viendo? Lo más difícil de asimilar era la *escala* de las cosas —la desmesurada cantidad de espacio necesario para contenerlas—. En su línea visual había cinco mil hombres (y diez veces más a los lados, más allá, detrás). Cuando te acostumbrabas a ello, tenías que hacerte a la idea de estar viviendo en un sitio parecido a una base militar, donde a los reclutas los habían sacado de una espantosa casa de indigentes locos. O de un espantoso hospicio para indigentes. A la nariz y a la boca te llegaba el aliento húmedo del campo, de Norlag, y, de más lejos, el cemento fresco de la novísima ciudad ártica, la monumental dentadura postiza de Predposilov. Y al final tenías que absorber y aceptar la agitación incesante, la danza demente de los insectos palo..., la furia nerviosa del entorno.

Dije: No te des la vuelta, Dmitriko.

Nunca más volvería a llamarlo así. No eran tiempos de diminutivos. Nunca lo habían sido... Un administrador de campo que permitiera que dos familiares se viesen el uno al otro —y no digamos encontrarse y hablar; y no digamos vivir en el mismo lugar durante casi diez años—, sería castigado por lenidad criminal. Por otra parte, no necesitábamos ser maestros en simulación —o al menos así me lo parecía a mí— para evitar que se nos notara demasiado. Éramos medio hermanos, con apellidos diferentes, y por completo distintos físicamente. Resumiendo: mi padre, Valeri, era cosaco (y «disuelto» como tal cosaco en 1920, cuando yo tenía un año). El padre de Lev, Dmitri, era un campesino con posibles, o kulak (y «disuelto» como tal kulak en 1932, cuando Lev tenía tres años). Los genes de los padres habían resultado dominantes: yo medía uno ochenta y siete, y tenía el pelo negro y espeso y facciones correctas, mientras que Lev...

Parece que será mejor que lo describa ahora, a tu medio tío, para preparar el terreno para la bomba que te espera poco más allá de la página siguiente. Había algo como de palurdo, algo casi troglodítico en las asimetrías de su cara; era como si las facciones se le hubieran juntado sin la menor atención, como a oscuras. Hasta las orejas parecían pertenecer a dos personas completamente diferentes. Podrá decirse de

ella lo que se quiera, pero no hay la menor duda de que mi nariz es una nariz, mientras que la de Lev era una mera protuberancia. Y cuando lo mirabas de perfil, te preguntabas: ¿eso es la barbilla o la nuez? De chico era bajo, muy delgado y enfermizo, un crío que mojaba la cama, tartamudo y con gafas con cristales de dos dedos de grueso. Lo único que tenía era la sonrisa (en el desastre de aquella cara habitaban los dientes de una mujer hermosa) y unos ojos azules llenos de vida, los ojos de la *inteligencia*. Sí, rotundamente: de un ser *inteligente*.

Dije: No te des la vuelta. Y cuando lo hagas que no se note que te alegras de ver a tu hermano mayor.

Se irguió; se alejó, dio un rodeo y volvió a entrar en mi campo visual. Por espacio de un instante no fui capaz de interpretar la expresión autoindulgente de sus ojos ligeramente entornados. Parecía, en aquel trance, alguien sencillamente ajeno. Después de la cárcel y los interrogatorios, al cabo del traslado, muchos de los recién llegados habían perdido ya el juicio, y temí que mi hermano fuera uno de ellos.

—Adivina lo que me ha pasado —dijo.

Dije, paciente: Te han arrestado.

—No; bueno, sí. Pero no. Me he *casado*.

Felicidades, dije. Así que por fin has dejado preñada a la pequeña Ada... ¿O era la pequeña Olga?

No me contestó. Mírale los ojos ahora —son los ojos de un Viejo Creyente—. Parte de su mente estaba en otra parte, danzando consigo misma. Era claramente un gran flechazo: un Grand Slam del amor. ¿Te ha pasado a ti alguna vez, Venus? El color del día cambia de pronto y se vuelve sombra. Y sabes que vas a recordar ese momento durante el resto de tu vida. Entonces, con una terrible contracción del corazón, dije:

No con Zoya...

Él asintió con la cabeza.

—... con Zoya.

... Hijo de puta, dije. Me di la vuelta y eché a andar por el patio.

Al cabo de unos instantes, me alejaba yo dando tumbos, encorvándome y enderezándome, sacudiendo la cabeza, rascándome el pelo, cuando sentí que me alcanzaba y seguía andando a mi lado...

—Lo siento. Por favor, no me odies. Lo siento tanto...

No, no lo sientes. Me volví. Y con la crueldad bien aprendida de un hermano mayor (prolongando al máximo la sonoridad del monosílabo), dije: ¿Tú?

Aspiramos con avidez el aire y miramos hacia el sector central del campo. ¿Y qué vimos? En el espacio de tres minutos vimos a una puta persiguiendo a toda velocidad a una bestia con un azadón ensangrentado en la mano, a un cerdo golpeando metódicamente con un garrote a un fascista hasta derribarlo, a una serpiente haragana

rebanándose los dedos de la mano izquierda que le quedaban, a una pandilla de langostas enfangando a un viejo comemierda en un montón de estiércol, y por último a una sanguijuela que, con los dientes hacia fuera, en ángulo recto con las encías (escorbuto), hacía denodados esfuerzos por comerse uno de sus zapatos.

Lo susurré: Lev y Zoya se han casado. Si logro sobrevivir a eso, no moriré jamás.

—No, hermano, no morirás jamás.

Suspirando con heroísmo, añadí con voz clara:

Y *tú* podrás sobrevivir a *esto*. Tendrás que hacerlo.

4. ZOYA

Cuando un hombre exalta categóricamente a una mujer, y sólo a una mujer, y «sobre todas las mujeres», puedes estar seguro de que estás delante de un misógino. Ello lo faculta para pensar que las demás son una mierda. Así que ¿qué soy yo? Has consumido tu parte alícuota de novelas rusas: cada vez que aparece un nuevo personaje, hay un parón en el capítulo y de pronto te ves leyendo la historia de sus abuelos. Esto también es una digresión. Y de contenido sexual. Así que hazte un favor y vete a buscar una fotografía enmarcada que hay en mi escritorio y ponla derecha ante ti mientras lees. No quiero que pienses en cómo soy ahora. Quiero que pienses en aquel teniente de veinticinco años que tira la gorra al aire el Día de la Victoria.

Escucha. En Rusia, después de la guerra, había una gran escasez de todo, hasta de pan. Hubo, en efecto, una gran hambruna después de la guerra, y murieron dos millones *más* de personas. Había, también, escasez de hombres. Bueno, también había escasez de mujeres (y de niños, y de viejos), pero la escasez de hombres fue tan extrema que Rusia jamás logró recuperarse de ella: la desproporción, hoy, es de diez millones. Así que eran tiempos corruptoramente buenos para ser varón en Rusia, después de la guerra, sobre todo si eras un soldado guapo (y herido) llegado del frente, como era mi caso, y de vuelta en el gran pozo de gratitud y alivio —máxime cuando, como yo, ya eras un ser corrupto—. Mis manejos con las mujeres, lo admito, eran crueles e impúdicos y desleales, y solipsistas hasta el punto de la malevolencia. Mi comportamiento tiene quizá una explicación fácil: en los primeros tres meses de 1945 violé a montones de mujeres en lo que pronto sería la Alemania Oriental.

Me vendría de perlas el que, en este punto, pudiera orientalizar tus ojos occidentales, tu corazón occidental. «Los soldados rusos violaban a toda mujer alemana de ocho a ochenta años», escribió un testigo. «Era un ejército de violadores.» Y, sí, yo avanzaba con ese ejército de violadores. Podía ampararme en los números, y diluirme en el grupo de camaradas; porque sabemos, Venus (el estudio clave es *El batallón 101*), que los maestros alemanes de mediana edad, casi sin excepción, preferían ametrallar a mujeres y niños durante todo el día antes que pedir un cambio de destino y enfrentarse a las consecuencias. Las consecuencias no eran el castigo oficial, como que los enviaran al frente, o incluso que los marcaran con la desaprobación oficial; las consecuencias eran unos cuantos días molestos entre sus compañeros antes de que les llegara el cambio de destino —las palabras ásperas, los empujones en las colas de la comida—. Así que ya ves, Venus, el grupo de camaradas puede hacer que la gente haga *cualquier* cosa, y que la haga un día sí y otro también. En el ejército de violadores, todo el mundo violaba. Hasta los coroneles. Y yo también violé.

Hay otra circunstancia atenuante, a saber: la Segunda Guerra Mundial, y cuatro años del frente más sucio de la guerra más sucia de la historia. No me apliques una tolerancia cero —política que correspondería a un pensamiento cero—. Te pido que no apartes la cara hacia otro lado. Pagué un precio, como te he dicho, y aún tengo trabajo que hacer —un trabajo específico— para pagarlo cabalmente. Tengo trabajo que hacer, y lo haré. Sé que lo haré. Así que te pido, Venus, que sigas leyendo, y que de momento te limites a tomar nota de cómo va formándose cierto tipo de naturaleza masculina. Yo era un jovenzuelo vergonzoso y aficionado a los libros que busca su forma de ser en la década de los años treinta (tiempo de catástrofes y de terror generalizado pero también, si me permites, de vigilante mojigatería desde arriba), y perdí la virginidad con un ama de casa silesiana, en una zanja de carretera, al cabo de una persecución de diez minutos. No. No fue una iniciación bendecida por los mejores auspicios. Añadiré, con espíritu pedagógico, que la mutación del falo en arma, en la victoria, es un fenómeno antiguo, un hecho que volvimos a ver manifestarse a gran escala en Europa en 1999. En mi frente, en 1945, muchas, muchas mujeres fueron asesinadas además de violadas. Yo no maté a ninguna mujer. No entonces.

Estoy a punto de describir a una jovencita extraordinariamente atractiva, y la experiencia me dice que no va a gustarte, porque eso es lo que tú eres también. Estoy seguro de que piensas que has evolucionado y te has librado de ello —de la envidia—. Pero la evolución no es cosa de una tarde. Y la experiencia me dice también que una mujer atractiva no quiere ni oír hablar de *otra* mujer atractiva. Y aún te va a resultar más problemático, quizá, por el hecho de que va a despertar en ti un ánimo protector hacia tu madre, lo cual es natural. Así que te invito a ponerte en la piel de cualquier fémina contemporánea de Zoya. Tenía diecinueve años, y, ya desde el principio, su reputación era francamente terrible. Seguro que eso te anima. Y, aun así, las otras chicas la veían como un ser excepcional. Instintivamente la disculpaban, pues veían en ella una figura de vanguardia —*l'esprit fort*—. Vivía más que ellas, pero también sufría más que ellas; y les mostraba posibilidades.

Solía decirse que Moscú era el pueblo más grande de Rusia. En los arrabales, en invierno, había pequeños senderos en la nieve que comunicaban cada casa con las paradas de tranvía y las tiendas de comida (Leche, decían los letreros), y la gente andaba de un lado para otro arrastrando los pies como rústicos, con sus abrigo cortos de piel de borrego, y parecía que en cualquier momento ibas a ver un mamut o un iceberg. Pero es un recuerdo de la niñez (hoy día no hay leche). El panorama cambió: una maraña primitiva en la que se habían incrustado varios altos hornos y fundiciones y fábricas de gas y curtidurías en medio de las casitas y los empedrados. Teníamos un pueblo dentro del pueblo (el distrito del sureste conocido como El Codo), y cuando

Zoya entró en él, en enero de 1946, cayó como un rapapolvo contra las condiciones imperantes, la falta de comida y combustible, la falta de libros, ropa, cristal, bombillas, velas, cerillas, papel, goma, pasta de dientes, cuerda, sal, jabón. No, más: era como un acto de desobediencia civil. Zoya era temerariamente llamativa, y judía —un blanco natural para la denuncia y la detención—. Porque así era como se resolvían en mi país desde hacía siglos los resentimientos y las envidias. Así era como podía resolverse de forma maravillosamente simple, por ejemplo, un «triángulo amoroso». Una llamada telefónica anónima, o una carta sin firma a la policía secreta. Te lo esperabas de un momento a otro, pero ahí seguía ella día tras día, no en el campo ni en prisión sino en la calle, con la misma sonrisa, los mismos andares.

Y me sorprendí a mí mismo: yo, el violador heroico, con todas mis medallas y mi insignia amarilla. Mi primer pensamiento no fue el primer pensamiento habitual en mí —cualquier variante de *Cuando pueda le arranco la ropa*—. No. Fue éste: *¿Cuántos poetas se quitarán la vida por ti?* Zoya no era un gusto adquirido. Su cara era original (más turca que judía, de nariz que apuntaba hacia abajo, no hacia fuera; la boca inusitadamente ancha cuando se reía o lloraba), pero su figura era como un lugar común: alta y amplia y con cintura de avispa. Todo macho estaba condenado a recibir su mensaje. Lo sentías a todo lo largo del espinazo. Desde el golfillo de la calle que le rogaba que le dejara llevarle los libros y cogerle de la mano hasta nuestro pálido y anciano cartero que cada mañana se paraba y la miraba detenidamente, con la boca más abierta de un lado que de otro y un ojo cerrado, como si estuviera mirando por la mira de una escopeta.

Quizá lo más singular e increíblemente maravilloso en ella era que tenía su propio piso: un ático del tamaño de una plaza de aparcamiento, dos plantas más arriba del piso de su madre, pero con escaleras y puerta independientes. Una chica de diecinueve años, en Moscú, que tenía su propio habitáculo: el equivalente, Venus, de una chica de diecinueve años que en Chicago tuviera su propio yate. Podías verla entrar en él por la noche, con un hombre; podías verla salir de él, con un hombre, *por la mañana*. Y había algo más. No te lo creerás, pero dadas las circunstancias no puedo pasarlo por alto. Uno de los rumores más maledicentes que corrían sobre ella era que, antes de cada relación con un hombre, hacía no sé qué suerte de ablución hasídica que la protegía contra el embarazo. Éste, entonces, era su modo personal de llevar a cabo la querencia judía de matar a bebés cristianos. Por supuesto, no había anticonceptivos en la Rusia de 1946. Y, como tus potenciales amantes te recordaban de forma monótona, la pena por aborto (bastante leve, dados los patrones imperantes) era de dos años de cárcel.

Sabemos muchas cosas sobre las consecuencias de la violación —para la violada, se entiende—. Pero se ha pensado muy poco en las consecuencias de la violación para el violador, lo cual es comprensible. En la peculiar repercusión de su tristeza

poscoito, por ejemplo; no hay animal más triste después del ayuntamiento carnal que el violador... En cuanto a los efectos a más largo plazo, sólo hoy empiezo a entender los que se obraron en mi persona. He aquí la forma mental que adoptaron: no podía ver a una mujer en su totalidad, intacta y entera. Ni siquiera podía ver el cuerpo femenino como un todo. Ahora bien, Zoya hacía gala de un escandaloso abanico de dones físicos, y mi estilo con ella habría sido atomizarlos: hacer lo que Marvell hizo con su recatada amante (recuerda que hasta sus pechos debían considerarse por separado), despedazarla sobre la losa de mármol, poner una etiqueta con el precio en cada parte. Así era como mi mente trataba el asunto. Digamos, para resumir: Zoya, a diferencia de «todas las demás», era a mis ojos indivisible. Y ser indivisible era su rasgo constitutivo más importante. En cada acción ponía la totalidad de su ser. Cuando caminaba, todo se le bamboleaba. Cuando reía, se agitaba entera. Cuando estornudaba..., te daba la impresión de que podía pasar cualquier cosa. Y cuando hablaba, cuando discutía y se oponía a algo, desde el otro lado de una mesa, se inclinaba sobre ella y ejecutaba una danza del vientre sedente de la refutación. Y como es natural yo me preguntaba qué otras cosas haría de esa forma, con la totalidad de su cuerpo. Éramos vecinos, y también compañeros en el Técnico, el Instituto de Sistemas, donde ella estudiaba con el grupo judío. Yo tenía veinticinco años y ella diecinueve. Y Lev, por el amor de Dios, todavía estaba en la escuela.

Le hacía regularmente un recado a su madre, la vieja Ester, que consistía en llevarle algo de comer al rabino escrofuloso que yacía rezando y muriéndose interminablemente en el sótano de nuestro edificio. La única manera de llegar a él era a través de la planta baja, bajando por la escalera en espiral que empezaba justo al salir de nuestra cocina. Los escalones de hierro estaban a menudo cubiertos de hielo, y después de un par de resbalones —y ante mi marcial insistencia— se avino a regañadientes a que la precediera escaleras abajo cogida de la mano. No era en absoluto capaz de mantenerse en equilibrio sobre los pies, y lo sabía. Mucho después, Lev aprendería que Zoya carecía de ciertas destrezas espaciales, de ciertas disposiciones naturales, porque, de niña, nunca había aprendido a gatear... A la puerta del sótano siempre me dedicaba una sonrisa de gratitud, y yo siempre me preguntaba cuál sería la fuerza, la fuerza que me impedía rodearla con mis brazos, o incluso mirarla a los ojos, pero la fuerza estaba allí, y era una fuerza muy poderosa. Llámame cuando quieras volver a subir, le decía. Pero ella nunca lo hacía. Por su aspecto, a veces, yo diría que subía aquellas escaleras a cuatro patas. Una noche oí su voz, lejana y ronca, llamándome a gritos. Salí y la cogí de la mano, una mano sorprendentemente cálida.

Dios, dije al llegar a lo alto. Creí que esta vez me iba a romper la crisma.

Ella sonrió como con ansia, y dijo:

—Hay que ser una maldita cabra montesa para subir hasta aquí arriba.

Nos reímos. Y supe que estaba perdido.

Sí, Venus, en ese momento mi fascinación desesperada se convirtió en amor fulminante; y llegó a mí como un honor. Tenía todos los síntomas del trovador: no comía, no dormía, y suspiraba casi cada vez que aspiraba el aire. ¿Te acuerdas de Montesco padre, en *Romeo y Julieta*?: «Mi melancólico hijo huye de la luz.» Así es como me sentía: melancólico, increíblemente melancólico. Con esa melancolía que sientes cuando, después de toda una hora entera de luchar por tu vida en un mar anárquico, la marea te expulsa con las olas y te deposita en la arena, y sientes la gigantesca atracción del centro de la tierra. Todas las mañanas me preguntaba cómo podía soportar mi peso la cama en la que dormía. Escribía poemas. Salía por la noche a caminar. Me gustaba quedarme de pie en medio de las sombras, enfrente de su casa, bajo la lluvia, en el aguanieve, o —me gustaba más— bajo una tormenta eléctrica. Cuando la persiana seguía subida sabías que ibas a seguir allí hasta que ella la bajara.

Una vez vi a un hombre apoyado sobre el marco de la ventana, con una camiseta interior que le dejaba las axilas insolentemente a la vista, y la barbilla levantada. Tenía celos y todo eso, pero al mismo tiempo estaba tremendamente excitado. Eso es. Podía enfurruñarme y estar triste, pero mi obsesión era indubitable y bárbaramente carnal. Incluso confesaré que, aunque en el fondo no le daba ningún crédito, me encandilaba mucho la historia de la ablución profiláctica. Yo estaba acostumbrado a cierto patrón: manoseos a medio vestir, confusos tratos de muslos, secuelas de resoplidos (cosas que sucederían en escaleras, en callejones y en ruinas de bombardeos; o encima de una alfombra o contra una mesa, con la familia en pleno amontonada al otro lado de una puerta cerrada con llave. El alivio «oral», de medio minuto de duración, era el acto sexual que la necesidad convertía en más frecuente. Y consigno esta observación final (muy vulgar, pero no enteramente gratuita) con espíritu pedagógico, porque muestra cómo las mujeres, hasta en sus intercambios más íntimos, se hallaban marcadas por la realidad socioeconómica. En los años de la posguerra, no había mujeres que «no tragaran» en la Unión Soviética. Ni una sola.

Sin ese pequeño floreo de entusiasmo, la atmósfera sexual se volvía de coerción: mi insistencia sin gracia, la sumisión vacilante de aquellas a quienes solicitaba. Así que en la pequeña torre de Zoya, bajo su cima de bruja, de apagavelas, aguardaba algo más futurista que el consentimiento de la fémina o incluso su abandono. Me refiero a la lujuria femenina.

—¿Sabes lo que pareces cuando estás con ella?

Lev dijo esto —pensé— con disimulada malevolencia: yo acababa de rechazar su ofrecimiento de una partida de ajedrez con un abstraído movimiento de la mano que indicaba cierta imputación de frivolidad. Así que me preparé para lo que iba a oír.

—Si quieres te digo lo que pareces.

Él, con diecisiete años, sabía mucho más de chicas y tenía más escarceos amorosos que los que yo había tenido a su edad. Y también sus amigos. Además, la escasez de vivienda se veía compensada ligeramente por la escasez de gente; había apenas algo más de espacio y aire (aunque nunca estuve muy seguro de hasta dónde llegaba Lev en aquellos intervalos de reclusión con sus varias Adas y Olgas...). El tempo de la edad se estaba acelerando, o al menos se detectaba esa tendencia. Uno no puede verse a sí mismo en la historia, pero ahí es donde estás: en la historia; y, después de la Primera Guerra Mundial, de la Revolución, el Terror, la hambruna, la guerra civil, el terror y la hambruna..., y el terror de después, y la Segunda Guerra Mundial, y la hambruna subsiguiente, había un sentimiento de que las cosas no podían sino cambiar. La insatisfacción universal tomó la forma siguiente: todo el mundo, en todas partes, se quejaba de todo. Todos percibíamos que la realidad iba a cambiar. Pero el Estado percibía nuestra percepción, y la realidad no cambiaba.

Está bien, dije. ¿Qué es lo que parezco?

Tenía cierta expresión, a veces, que yo conocía bien, y que temía: un enfoque acerado, un regocijo con algo de salvaje.

—Pareces Bronski cuando empieza a no dejar ni a sol ni a sombra a Anna. «Como un perro inteligente que sabe que está haciendo mal.»

Transcribo la forma de hablar de Lev como si fuera normal, pero lo cierto es que era tartamudo. Y el tartamudeo es algo que la prosa no puede transcribir. Escribir «pe-pe-pe-rro» sería de una desidia rayana en el insulto. Y la palabra «tartamudeo», en cualquier caso, no refleja ni pálidamente lo que le sucedía a Lev. Era algo más parecido a una súbita pérdida de la capacidad de hablar —o incluso de respirar—. Primero era la tensión creciente, y el momentáneo destello de odio hacia sí mismo, luego la pequeña nariz se alzaba y empezaba la lucha. Mi hermano no daba la mejor imagen de su persona en tales momentos, con la cabeza echada hacia atrás y las narinas mirándote como un par de ojos pertinaces. Cuando la gente tartamudea, uno no puede hacer otra cosa que quedarse quieto y esperar. No puedes apartar la mirada o darte la vuelta. Y, en el caso de Lev, yo siempre quería saber lo que iba a decir. Incluso cuando era un niño, antes de que se le declarase el tartamudeo, yo siempre quería saber lo que iba a decir.

—Sí, me temo que sí —dijo, apuntándome con el cigarrillo—. Y de todas formas ya tiene novio.

Dije: Ya lo sé. Y estoy esperando a que lo deje.

—... Sí, ya sé —concluyó con satisfacción (como quitándose el polvo de las palmas)—. Ya sé lo que pareces. Pareces un perro que sabe que le van a dar una buena tunda.

Mi hermano empezó a fumar muy pronto. Empezó a beber también muy pronto, lo mismo que a tener novias. La gente cada vez va haciendo las cosas antes en Rusia.

Porque no queda mucho tiempo.

5. ENTRE LOS COMEMIERDA

La gente siempre hablaba de la extraña luz que se veía en los ojos de un comemierda. De ese destello del comemierda. Me conturbó mucho identificar esa extraña luz como coqueta y peculiarmente femenina. Como el brillo húmedo en el ojo de una tía imprevisible que ha bebido mucho en Pascua, y está a punto de ceder ante un impulso que ella sabe poco recomendable: un beso, un abrazo apretado, un pellizco... Furtivo al tiempo que cómplice, el destello del comemierda tenía algo que decir y algo que preguntar. He cruzado la línea, decía. Y preguntaba: ¿Por qué no la cruzas tú también?

Estábamos entre ellos, los comemierda, Lev y yo, junto a la puerta cerrada con cerrojo de las cocinas, en la oscuridad, bajo la fina lluvia. La fina lluvia, que ni siquiera caía sino que flotaba, como los mosquitos y diminutos bichos de julio. Lev apuraba su primer día en el campo, y yo había elegido ese lugar para mantener la conversación que ambos necesitábamos tanto mantener. Los comemierda rondaban y merodeaban bajo la única bombilla, a la espera de que vaciaran por la ventana trasera los últimos cubos de desperdicios. Los cerdos ya raras veces se acercaban por allí, raras veces los molestaban, porque por mucho que los apalearan era imposible alejarlos de donde se arrojaba la bazofia. No parecía haber mucho dolor físico allí, donde ellos vivían, más allá de la línea que habían cruzado.

Pero hasta en el estrato de los comemierda, Venus, existían dos niveles. Había unos comemierda a los que los demás comemierda miraban por encima del hombro. Eran *los comemierda que andaban a cuatro patas...* Te cuento estos detalles, querida mía, estos detalles de gente que utiliza punzones y cinceles, de hombres con estudios, hombres cultivados que comen bazofia a cuatro patas, porque quiero que pienses en su carácter *extraño*. Violencia salvaje y directa, degradación drástica: todo ello es terriblemente extraño.

—¿Por qué está todo tan oscuro aquí, maldita sea? —dijo.

Era una queja, no una pregunta. Lev, el geógrafo empollón, sabía por qué todo estaba oscuro a su alrededor.

—Sí, sí —dijo—. Esto es el Ártico y estamos en febrero. El sol saldrá en marzo. ¿Qué hago, hermano? ¿Qué hago?

Yo estaba preparado para aquello. La mayoría de los fascistas condenados a diez años en 1937-1938 habían vuelto a ser detenidos, por orden alfabético, y condenados de nuevo en 1947-1948. Y todos tenían el mismo aspecto que Lev. Más viejos, más delgados, más delirantes... Pero todos se parecían a Lev: el rápido parpadeo de la *inteligencia*, los zapatos imposibles (grandemente disímiles, pero todos un verdadero

lío de cuerda deshilachada y goma de neumático), el medio libro y la chaqueta veraniega hecha jirones. Y siempre cuidando con mimo las gafas rotas. Mientras que los fascistas nuevos eran hombres que se habían pasado cinco años en el Ejército Rojo. Para nosotros el campo no era sino una prolongación de la guerra, con una sorprendente diferencia. Nosotros habíamos combatido a los fascistas —el enemigo—. Y ahora el Estado ruso, que se había vuelto fascista él mismo, nos decía que *nosotros* éramos los fascistas, y que por ello nos detenían y nos esclavizaban. Ahora el enemigo éramos nosotros; nosotros éramos quienes debíamos ser borrados de la faz de la tierra para siempre. He advertido que tú y los tuyos tenéis un alto grado de tolerancia para con la autocompasión ajena, así que añadiré lo siguiente. Lo que hizo muy difícil que pudiera olvidar este vuelco del destino fue el hecho de que la herida de guerra me dolía intensamente en el frío de septiembre a junio. Pero no debo darme lástima; ni debo ser un llorón. Hay otras cosas que no debo ser: un tipo duro, un mártir. Y no debo indignarme. Ni ponerme demasiado serio. Esto no me cuesta tanto. Los norteamericanos son serios; los rusos, cuando les da por ahí, son serios. Pero yo prefiero las culturas más jocosas, y a esos irónicos marchitos que podemos encontrar en la franja noroccidental de la llanura eurasiática.

¿Qué haces?, empecé. Está bien, ya llegaremos a eso. Pero antes que nada..., ¿no vas a decirlo?

—Decir ¿qué?

Ya sabes: «Tiene que haber habido un error.» O: «Si se lo contasen a Iósif Vissariónovich...»

—... Y ¿por qué cojones iba yo a decir eso? Detienen por *cupos*. Eso es lo que hacen. Te apuesto lo que quieras.

Lev tenía razón. El Terror, también, funcionaba por cupos: tal cantidad de gente de tal o cual zona y grupo social, en tal o cual tanto por ciento, cuota, norma, mínimo...

—¿Sabes lo que ha pasado? —dijo—. Que a ti y a mí nos han vendido como esclavos. Toda esa mierda de los interrogatorios y las confesiones y los documentos y demás. No es más que el proceso de nuestra venta como esclavos. Suena romántico, ¿no crees?, ¿que te vendan como esclavo?

Miró a su alrededor. No, no había nada de romántico en Norlag, en Predposilov.

—Se supone que lo de los esclavos tendría que ser en sitios calurosos... Dios...

Lev tenía diecinueve años. Y estaba viendo muchas más cosas de las que yo había visto (yo no tenía cabeza para la política, como pronto se verá). Mirando ahora hacia atrás, puedo recordar el miedo febril que me invadió cuando caí en la cuenta de que el hermano menor entendía más que el mayor. Sucedió sobre el tablero de ajedrez. Me vi expuesto a capacidades superiores de combinación, de permutación y penetración. Y él siempre se apartaba de la opinión general, del estado desánimo general. Menos

cuando coincidía que le convenía, jamás se alineaba con nada ni nadie. Siempre hacía sus propios cálculos. Sacaba hacia fuera el labio inferior, ligeramente ladeado, bajaba la mirada y hacía sus cálculos.

Le pregunté: ¿Qué cárcel?

—Butyrki.

Butyrki es genial, ¿no?

—Sí. En mi celda había tres catedráticos rojos, dos compositores y un poeta. Ah, sí..., y un informador. Me sentía orgulloso de estar allí. Butyrki es una maravilla.

Una maravilla. ¿Cómo te iban las cosas? Antes.

—Lo normal. Me sacaron del aula del Técnico. Con bastante educación. Luego, durante un par de semanas, tuve que ir de vez en cuando a la Caseta del Perro a tragar mierda.

Un comemierda salió de la oscuridad y se dirigió hacia nosotros; luego reculó con el brazo envuelto en una manta en alto. Dije:

¿De qué te acusaban? ¿O no te lo dijeron?

—Sí, había una acusación —dijo Lev. Dejó escapar como un bufido suave, y dijo —: Alabar a América.

Yo sabía que eso era un delito, sin duda alguna, y un delito en el que cabían varias categorías. Muchos de los fascistas recién llegados lo habían cometido: elogiar la Democracia Americana o elogiar la Técnica Americana o Humillarse ante América. O la variante de Humillarse ante Occidente. No pocos de quienes estábamos en aquel campo habíamos visto ya algo de Occidente; y Occidente, incluso en ruinas, nos humillaba... Había montones de *americanos* en Norlag, y hasta un americano *americano*. Llegado al país para participar en el experimento soviético, le dijo al camarada del partido que le expidió el pasaporte que estaba dispuesto a dar un gran recorte a su nivel de vida. Ese mismo día le dictaron una *cuarta parte*: veinticinco años.

¿Y de verdad andabas elogiando a América?

—No. Andaba elogiando las Américas. Estaba en una cola con Kitty e hice las alabanzas de las Américas.

Y entonces los dos hicimos algo que ninguno esperaba poder hacer en mucho tiempo: nos echamos a reír —el vaho del aliento se alzaba y se alejaba en el aire—. Comprendí. «Las Américas», en nuestro código entre hermanos, significaba Zoya. Y era un nombre que le cuadraba *de maravilla*, porque describía sus andares. La relación espacial entre los dos continentes, Venus, la ha evocado como nadie el exiliado Nabokov: dos figuras en el gran trapecio, una debajo de la otra, en el momento de salir del límite posterior del bamboleo. Pero los andares de Zoya lo expresaban, lo encarnaban también a la perfección: la vertiginosa disyunción entre norte y sur, y la cintura, tan fina como Panamá. Kitty era de la familia, la hermana

entera de Lev, como Vadim, el otro hermano.

¿Y Kitty estaba *criticando* a las Américas?

—Ya sabes. Un poco. Zoya le hace sentirse como un lápiz a Kitty. No. Como Chile. Eso era lo que le decía. Estás celosa de las Américas porque te hacen sentirte como Chile.

Le dije: Pensaba que a Kitty le caía muy bien Zoya.

—Kitty siente fascinación por Zoya. Pero dice que va a ser mi perdición. No a propósito. Pero que eso es lo que va a suceder al final.

Recordaría esto más tarde. Desde el principio mismo había aventurado que Zoya sería una diezmadora de poetas, y un poeta (acmeísta, mandelstamiano) era más o menos lo que Lev, en aquel tiempo, quería llegar a ser... Se oyó ruido en el interior, y un sonido de voces. Los comemierda levantaron la mirada, con bocas finas y ojos rientes.

—Chile —dijo Lev de pronto—. Tendrías que ser una *isla* para estar menos atada a la tierra que Chile.

Se sorbió la nariz, se la limpió y enderezó los hombros. El labio superior, fugazmente en forma de pico, y su mirada recelosa: parecía lo que era, un adolescente que temía el ridículo después de haber hecho un comentario vulnerable... Lev siempre tuvo esa capacidad de búho para sentirse entusiasmado por la geografía. Recuerdo que una vez dijo: «El Pacífico es el príncipe de los océanos. El Atlántico es un mero *estrecho* comparado con él.» Y tenía toda una teoría sobre la geografía de Rusia: cómo ésta determinaba tanto su historia como su destino. Oh, Venus, qué *buenos* chicos éramos, al principio. Creo que ya te conté que nuestra madre era maestra. De hecho era un ser humano de una categoría completamente diferente: era directora de colegio. Y por lo tanto una verdadera arpía de ambición. «¡Sois *inteligentes!*», solía gritarnos, muchas veces sin venir a cuento. «¡Servís a la *nación*, no al Estado!» Y allí nos tenías a Lev y a mí, con nuestros libros y gruesas revistas, nuestro alemán, inglés y francés básicos, nuestras pesadas piezas de ajedrez, nuestros mapas y cartas náuticas.

Dije, como tenía planeado: Acabas de llegar al infierno. No tengo que decírtelo. Aquí, el hombre es un lobo para el hombre. Pero lo gracioso del asunto es que es igual que en cualquier parte.

—No, no es así. No es como en cualquier parte.

Sí, sí lo es. Tú has crecido dominado por Vad, ¿no?

Vad —Vadim— era el hermano gemelo de Lev (fraternal..., profundamente no idéntico), un chico receloso, esquinado, intrigante, y «*muy* socialista», como nuestra madre solía decir mientras se abanicaba y se soplaba el flequillo de la frente. Martirizar a Lev era la afición primera de Vad, y su principal proyecto durante quince años. Yo le decía: Devuélvele los golpes, devuélveselos. Y sigue devolviéndoselos. Y

Lev se los devolvía. Pero siempre era sólo un golpe, y acto seguido volvía a hacerse un ovillo para seguir recibiendo el castigo. Vad, en 1948, estaba en el ejército desempeñando tareas políticas con categoría de juvenil, pero era hiperactivo, y se hallaba destinado en Alemania del Este. Por cierto, se parecía mucho más a mí que a su hermano gemelo. Un dicho tácito de la familia explicaba que Vadim, implacable incluso en el útero materno, había arrinconado a Lev de mala manera a fin de absorber él todo lo bueno.

Dije: Hasta el día en que le devolviste el golpe y seguiste golpeando... ¿Qué cambió, entonces?

Los comemierda, de uno en uno y de dos en dos, habían empezado a replegarse hacia el sector central. Algunos de los que quedaban parecían desanimados por la defección, y su consiguiente pérdida de esperanza; otros parpadeaban con frescura..., soñando con la parte del león, con ojos codiciosos...

Lev dijo:

—Yo era diferente por dentro.

Mierda, dije yo. Me acabo de dar cuenta. ¿Qué ha sido de tu tartamudeo? ¿Ya no eres tartaja?

Hizo un tenso gesto de asentimiento, y dijo:

—Fue ella. Después de la primera noche, me desperté y ya no tartamudeaba. ¿Te imaginas? ¿Sabes lo que eso significa? Significa que no puedo morirme. Todavía no.

No, no puedes morir. Todavía no.

Venus, es probable que te estés maravillando... —yo sé que yo sí, al menos— ante mi calma y mi solicitud, y la magnífica urbanidad de mi fraternal trato con el marido de la mujer que amaba, el marido de Zoya, sanadora de tartamudos. Lo cierto es que yo estaba en estado de shock. No «aún en estado de shock»: apenas empezaba a estarlo. Y seguí así durante todo un mes, a flote gracias a sustancias químicas que me levantaban el ánimo. Me hicieron mucho bien, moralmente. Y cuando el efecto pasó, empeoré a ojos vistas.

Dije: Aquí *todo el mundo* es Vad. Vad con una llave inglesa y un destornillador. Y no vas a disponer de quince años para adaptarte a ello. Ni siquiera dispones de quince horas. Tienes hasta mañana por la mañana.

Mi aliento quedó colgado en el aire. Incluso en junio se quedaba el aliento en el aire, como si estuvieras fumando un enorme y ardiente cigarro. Ascendía hasta casi dos metros de altura y volvía sobre ti y te envolvía como una bufanda de aliento.

Se apagó la última luz de la cocina, se cerró de golpe la última puerta interna, y se alejó llorando como un niño sobre los puños el último comemierda rezagado.

Dije: Eso es lo que tienes que hacer.

—Dime.

Se lo dije. Y luego dije: Eres la persona a la que ella le está dando la juventud de

sus veinte años. Dios. Piénsalo. Y cuando hace este frío no comas nieve. Te harás sangrar los labios y la lengua. La nieve quema.

Ahora describiré brevemente la conclusión de mi asunto con Zoya. Ahora describiré brevemente mi humillación ante las Américas.

El 20 de marzo de 1946 sucedió que me encontré a solas con ella, en el ático cónico, a la una y media de la mañana.

En realidad ella no me pidió que subiera. Simplemente me sumé a un grupo que iba a visitarla. No éramos buenos comunistas, ya no; pero éramos excelentes miembros de la comunidad. La Comunidad: la fuerza cardinal de Rusia, aun cuando el Estado ahora la temiera y odiara. Los rusos se cuidaban unos a otros. Sí, lo hacían... Nos sentábamos con los abrigos puestos. Sin lumbre ni luz. Sin comida ni bebida. Teníamos, recuerdo, una bolsa de papel de un té de naranja sin marca, pero no teníamos agua. El té resultó ser peladuras de zanahoria. Así que nos las comimos. Todos eran más jóvenes que yo; se esperaba quizá que no hablara demasiado. No me importó lo más mínimo lo obvio, lo adustamente obvio que pudiera resultar... mi determinación de ser el último en marcharme.

Porque ahora sentía que había una fecha límite. Zoya, aquel día, había hecho algo, dicho algo que no podía por menos de hacer que la detuvieran, o así me lo pareció a mí. A ti, Venus, te sonará a poco serio; pero no era en absoluto poco serio. En el Técnico no se hablaba de otra cosa. Después de las clases Zoya asistía a la sesión plenaria del Komsomol, o Juventudes Comunistas. Recuerdo las convocatorias del Komsomol: trata de imaginarte un híbrido entre una reunión de la liga antialcohólica y un congreso de Nuremberg. Al salir, Zoya dijo, con voz perfectamente audible, que en las dos horas que había durado el Discurso Programático (su título completo, me acuerdo, era: «La Escoria de la Desviación Anarcosindicalista y la Decisión del Comité de la Administración Municipal sobre la Reunión del Partido en el Instituto de la Minería») «se le habían aburrido hasta las tetas». Y no, no, no, no, no... Eso no se podía decir de *ningún* modo. Había sido doblemente provocador, así que se hallaba en un triple peligro: por lo de soporífero y lo de los pechos, y por judía. Aquella noche, cada vez que oía un coche o un camión en la calle, pensaba: Ahí están. Son ellos.

Un par de días antes, íbamos Zoya y yo andando en dirección al Técnico, y un hombre que pasaba en bicicleta gritó algo en lo que distinguí la palabra «judía». Y le pregunté: Judía ¿qué?

—Puerca judía del demonio —me contestó ella, sin el menor énfasis.

Seguimos andando. Dije: ¿Te pasa muchas veces?

—¿Sabes qué me gustaría? Me gustaría ser una persona vulgar en América. Me gustaría ser judía en América..., una judía bien llamativa. ¿Que si me pasa mucho?

Pues a lo mejor no me pasa en una semana. Pero un día va y me pasa nueve veces.

Lo siento.

—No es culpa *tuya*.

Algo extraño estaba teniendo lugar en la Unión Soviética después de la guerra contra el fascismo: el fascismo. Y con ello me refiero a una exaltación anormal en el *pueblo* (los Grandes Rusos), junto con una anormal xenofobia. Se acercaban los pogromos. Así que había razones sensatas, y en verdad cínicas para que Zoya me mirase con buenos ojos. Una cosa era tener enredos amorosos conspicuos con tus compinches bohemios, sobre todo con los judíos; y otra ser la compañera inseparable de un héroe de guerra alto y guapo, con sus medallas y su insignia amarilla, que indicaba que había sido gravemente herido en combate. Nada divertido, el asunto aquel. Pero te digo, querida mía, que ése es el sentido, que ése es el significado día a día, hora a hora, de los sistemas del Estado.

Estaba sentado de espaldas a la ventana y la luz de la luna. Las paredes respiraban o se erizaban en la oscuridad. Alargué la mano: un traje (terciopelo), plumas de avestruz, una pandereta con borlas. Con la luz a la espalda pude mirar fijamente a Zoya, y verla entera, íntegramente, con una inaudita indiferencia ante el detalle. Yo me sentía —de todas formas— lleno de emoción. De manera atípica para un ruso, mi madre me había educado en la creencia de que el antisemitismo era un reflejo del arroyo; y la vergüenza que sentía por mi país era tan intensa que para entonces había arruinado ya mi memoria de la guerra. Al mismo tiempo la admiración que sentía por Zoya me perdía —por el modo en que ni siquiera se había inmutado en la calle y por su aguante, ahora, cuando todos los que se hallaban en su lugar liaban ya mentalmente el petate—. Tú tienes dentro de ti una conciencia de esto, Venus, que yo no tengo: cómo se siente al ser «el otro». Por las autobiografías sabemos del dolor, del dolor físico, de llevar la estrella, también amarilla, el crisantemo quemante de la estrella. Tú llevabas la estrella en carne propia... La mitad de los judíos soviéticos murió a manos de los alemanes. Y ahora los rusos han empezado a mirar con ira a la mitad restante. Viene de arriba, pero también viene de abajo, de las profundidades.

En la puerta, Zoya estaba dándole las buenas noches a su penúltimo invitado (cada adiós lo remataba con un violento bostezo). Durante todo ese tiempo me había estado preguntando cómo había sucedido..., cómo había permitido —sin la menor resistencia por mi parte— que alguien tuviera tal poder de herirme... En la boca no sentía el habitual babeo lento sino una aridez humilde: la garganta doliente de quien está perdidamente enamorado. Actuaría, sin embargo; actuaría. Y Rusia acudiría en mi ayuda. Ya sabes, cuando las profundidades se agitan de tal modo, cuando un país emprende el rumbo hacia la oscuridad, tú no lo vives como horror sino como irrealidad. La realidad no pesa nada, y todo está permitido. Me levanté. Me levanté, y me fui hacia ella.

Zoya me puso una palma en el pecho, para marcar distancias, pero aceptó el beso, o lo toleró; y al apartar la boca, sin embargo, retuvo mi labio inferior durante un segundo entre los dientes, y sus ojos se movieron hacia un lado, meditabunda. Estaba dándole vueltas; aunque no a fondo. Yo dije dos palabras, y ella dijo tres palabras. Las suyas fueron: «Me das miedo...» Una incitación de novela rosa, podría pensarse. Y en otro tiempo yo lo habría tomado como tal. Pero en mi interior supe que no le había gustado el sabor de mis labios.

—Lo siento.

Por espacio de varios segundos seguí allí quieto, con las manos enredadas en el mutuo abrazo. Y entonces yo, el violador condecorado; yo, que había desplegado durante toda una semana toda la panoplia del halago y las falsas promesas y el soborno y el chantaje —por no hablar de la aplicación pura y llana de la corpulencia masculina...—, emití un ruido parecido al amortiguado arrullo de una paloma, le besé la palma de la mano y salí casi dando tumbos, y me alejé girando y girando escaleras abajo.

No vinieron por ella, por supuesto. Vinieron por mí. Y comprenderás que, cuando diez semanas después me condenaron a diez años, no me pareció en absoluto lo peor que me había pasado en la vida.

Era su primera mañana y estaba fuera, en el sector central.

Y esto es lo que le conté, mientras estábamos entre los comemierda y sus remolinos de aliento, y sus ojos rientes. Le dije que se convertiría en uno de ellos si no lograba encontrar un asesino en su corazón. Le dije que lo que se le exigía en aquel campo era la aceptación del asesinato.

Así estaba Lev en el patio. Su cara, ya de tonalidad rojo ladrillo, mostraba una frente hendida y un labio partido. Durante el fallido recuento (y re-recuento, y triple recuento), muchos de los hombres de su brigada —una brigada fuerte— corrían sin moverse del sitio, o agitaban los brazos en el aire. Y Lev hacía movimientos dislocados, como una marioneta.

Segunda parte

1. DUDINKA, 2 DE SEPTIEMBRE DE 2004

La expresión «viejo sucio»^[4] tiene dos significados, y uno de ellos es el literal. Hay un viejo sucio a bordo que es de ese tipo de viejos sucios. Puede que sea también un viejo sucio en el otro sentido, pero sospecho que las dos vocaciones son difíciles de combinar. Dime, Venus, ¿por qué me siento tentado de seguir la senda de este viejo sucio? Cada día odio más lavarme, y afeitarme, y odio meter mi ropa sucia en bolsas de plástico y escribir: «calcetines, cuatro pares». La otra mañana casi me echo a llorar cuando me di cuenta de que tenía que cortarme *otra vez* las uñas de los pies. Un viejo sucio de verdad no se molestaría en hacerlo. Qué claridad e intrepidez, qué audacia y orgullo. Me doy cuenta de que admiro profundamente a este viejo sucio. Su barba infestada de restos de comida, su aliento que huele a rayos y su abrigo raído y con varias capas de mugre son cosas que a todo el mundo *salvo a él* preocuparían seriamente. El olor que deja a su espalda, que le precede, es tan veloz como la luz: sabes al instante que ha entrado en el comedor (incluso a una distancia de quince metros). Se comporta como si no fuera culpa suya, como si fuera inocente. Él está limpio: en cierto modo misterioso, está limpio. Ayer desembarcó; vi, de lejos, cómo lo llevaban en un bote, en medio de la bruma (quizá una bruma que él mismo iba creando), hacia lo que parecía una fábrica de conservas que se entreveía bajo los aleros de la orilla occidental.

A las mujeres no les importa la limpieza, porque los baños y las duchas son, como mínimo, «deliciosas y calientes» (tal es la frase empleada por una dama inglesa amiga mía, a quien conocerás); y es interesante la admiración femenina por la calidez, combinada con una bien acreditada tolerancia al frío. Pero el varón, creo, acaba aburriéndose hasta el extremo de la demencia con el asunto de no estar sucio. Por otra parte, veo que es algo necesario, y que cada día lo es más. Ochenta y muchos años: también esto tiene connotaciones poco afortunadas. De mucha edad, casi nonagenario..., poco importa. Ochenta y seis años no van a sonar demasiado bien en ningún caso.

Me doy cuenta de que seguro que te sobresaltas unas tres veces por párrafo en cada página. Y no es sólo la invariable morbosidad del asunto que trato, y mi normalmente pobre forma de exponerlo, lo que sin duda va a empeorarlo todo. No, me refiero a mi disponibilidad para afirmar y sacar conclusiones, mi apetito de generalizaciones. A tus compatriotas les aterrorizan tanto las generalizaciones que ni siquiera pueden decidirse a emitir un juicio declarativo. «¿He ido a la tienda? ¿A comprar zumo de naranja?» Muy bien, que siga siendo algo hipotético, por mucho que ya haya sucedido. Y de igual forma decís «OK» cuando alguien de más edad diría (en caso de decir algo) «ya veo», o «oh, ya». «¿Me llamo Pete?», «OK.» «¿Nací en Ohio?» «OK.» Lo que estáis diciendo, con esos «OK», es lo siguiente: de

momento no me he ofendido. *Aún* no me habéis hecho ninguna afrenta. Nadie ha sido humillado *hasta ahora*.

Una generalización podría entenderse como un intento de estereotipo, y eso no podemos admitirlo. Yo estoy en el otro extremo. Yo adoro las generalizaciones. Y cuanto más abarque, mejor. Me muero por las generalizaciones de más amplio abanico.

Vuestra ideología —por si a alguien se le ocurre preguntar— es el Occidentalismo. Y de nada os serviría aquí.

Ahora, a mediodía, los pasajeros y la tripulación del *Georgi Zhukov* están desembarcando en Dudinka con todo el triunfalismo que les permite su número. La megafonía atruena, y mi resaca y yo bajamos por la pasarela al compás de una briosa marcha militar. Y a eso es a lo que se parece un puerto: a una loca banda de música, con sus embudos y sus pitorros curvos, sus sirenas y bocinas, y, a media distancia, los timbales de las cubas de almacenaje.

Pero esto es diferente. Esto es un Marte de herrumbre, de variadas concentraciones y tonalidades. Algunas de las superficies se han atenuado hasta un modesto tono albaricoque, después de perder los moluscos adheridos y otras asperezas. En otras el tono es de sangre arterial recién vertida, recién seca. El óxido hierve y se eriza, y la quilla del transbordador un poco hundido de proa refulge en el agua con una furia personalizada, como si la oxidación fuera un crimen que a uno pudiera imputársele.

Bamboleándome y renqueando sobre el bastón, pienso en aquellas palabras más o menos ridículas —que vienen del griego— que nombran los miedos irracionales, muchas de las cuales describen trastornos más o menos ridículos: antofobia (miedo a las flores), pogonofobia (a las barbas), deipnofobia (a las cenas), triscaidecafobia (al número trece). Sí, son almas sensibles. Pero existe una fobia al óxido (iofobia), y creo que yo la tengo. Tengo iofobia. Es un trastorno que a mí ahora no me resulta en absoluto ridículo —ni en absoluto irracional—. La herrumbre es el fracaso del trabajo del hombre. El proyecto, el empeño, el experimento: un fracaso, un abandono (sin siquiera adecentar lo que se deja detrás).

Un estupor de satisfacción con uno mismo: *ése* es el estado en el que se ha de estar cuando la vida llega a su fin. Y no en este estado: no en mi estado. No es la muerte lo que parece tan pavoroso. Lo que me asusta es la vida, mi propia vida, y lo que aún me espera.

Hay una carta en mi bolsillo que aún no he leído.

Los grandes errores... Llegas a un punto en el que los tiendes a un lado y se

duermen. Y es entonces cuando los pequeños errores despiertan y muerden con sus dienteillos ruines.

Lo que me resulta enojoso ahora es la mojigatería dictada por el Estado que imperaba en la década de 1930, mis años de adolescencia; mi punto de partida, pues, pudo haber sido mucho más amable. Me veo con emocionado afecto volando la cometa con Katia, buscando setas con Masha, deslizándome en trineo con Bronislava..., el primer beso, el primer amor. Pero el Estado no lo iba a permitir. El «amor libre» estaba oficialmente clasificado como una deformidad burguesa. Era lo de «libre» lo que en realidad no les gustaba. Pero tampoco les gustaba lo de «amor».

Apenas este mismo año ha salido a la luz una suerte de estampa de las costumbres sexuales de la corte de Iósif Vissarionovich. Y a nadie sorprende que lo que se ha puesto de manifiesto es que la energía revolucionaria tenía su dimensión erótica. El círculo del Kremlin era, en pocas palabras, un avispero de adulterio y de derecho de pernada.

Era como la comida y el espacio para respirar. Ellos podían tenerlo. Y nosotros no. ¿Por qué? El sexo no es un recurso finito; y el amor libre no cuesta nada. Pero el Estado —como creo que señaló Nikita Serguéievich— quería dar la impresión de que Rusia era ajena al conocimiento carnal. En expresión sencilla y llana, vendrían a decir: ¿De qué va eso?

En el muelle espera una pequeña flota de monovolúmenes para llevar a Predposilov a los pasajeros más impacientes. No, no somos muchos; lamentablemente, somos sólo unos pocos. El tour del Gulag, me dijo el sobrecargo con un indulgente encogimiento de hombros, siempre daba pérdidas —y acto seguido hizo como que bostezaba—. De forma parecida, en el vuelo desde la capital a mi punto de embarque, oí claramente a una azafata referirse a mí (ella y una colega estaban preparándome lo que había pedido de beber) como «el pelmazo del Gulag del 2B». Conforta comprobar que su indiferencia ante la esclavitud rusa —abolida, es cierto, apenas en 1987— ha ido calando hasta en la casta del turismo. Dejé que la azafata se fuera de rositas. Si montas una bronca en un avión en los tiempos que corren acabas con quince balas en la cabeza. Pero el sobrecargo indulgente (muy curtido, muy enriquecido) sabe hoy que tiene delante a un hombre que aún maldice y llora, que tiene delante a un hombre que aún odia y se enciende.

Decimos adiós a nuestros compañeros de travesía y me quedo solo en el muelle. Quiero llegar a la ciudad ártica como la primera vez, y voy a coger el tren. Al cabo de diez o quince minutos, y al cabo de unos cuantos juramentos (aunque sin regateo), un estibador razonablemente sobrio se aviene a llevarme a la estación en su camión. ¿Qué me pasa; por qué tanta maldición y tanta propina? Quizá lo hago porque quiero que mi conducta sea ejemplar. Mis transgresiones de las normas son frecuentes, es

cierto, pero al menos siempre me muestro presto a repararlas, a pedir disculpas en forma de dinero contante y sonante.

La luz incierta del Ártico —caigo en la cuenta— hace que mi reloj corporal funcione demasiado rápido o demasiado lento; todos los días siento como si me hubiera levantado en plena madrugada o —para mi vergüenza— hubiera dormido hasta muy tarde. Los colores de los coches tampoco me parecen completamente normales; es como si no fueran los de siempre sino vistos al alba bajo la luz de las farolas. La resaca no se me ha pasado. Todos los edificios, todos los bloques de techo plano y media altura se alzan sobre pequeños y firmes pilotes que se hunden en el permafrost semihelado y en el lecho de roca. Es el mundo de los huecos inferiores.

La teoría geográfica de Lev sobre el destino de Rusia no la sustentaba sólo él, sino que en la actualidad era compartida por varios historiadores serios. La llanura eurasiática septentrional, con sus temperaturas extremas, su suelo nada generoso, su lejanía de las rutas comerciales meridionales, su falta de otro océano distinto del Ártico...; y el Estado ruso, con su expansión compulsiva y autoprotectora, su imperio territorial de veinte naciones, sus fronteras de dimensiones continentales... Todo ello exige un centro fuertemente autoritario, una vasta y vigilante burocracia, porque de otro modo Rusia acabaría desmembrándose.

También nuestra galaxia se desmembraría si no fuera por los gigantescos agujeros negros de su núcleo, cada uno del tamaño del sistema solar, y la presencia por doquiera de la materia oscura y la energía oscura, velando por la atracción hacia el centro.

Esta explicación atraía a mi hermano porque —decía— era del «tamaño justo»: del mismo tamaño que la masa continental. Podemos sacudir la cabeza y decir que lo ha hecho la física. Que lo hizo la geografía.

Con su yeso azul claro y su orla crema, la estación de tren tiene el aspecto de un pabellón de verano, aunque el bar, donde estoy esperando, está oscuramente atestado (de lugareños, no de viajeros) y ello me reconforta. Hasta ahora, la escasez humana de Dudinka me ha producido una sensación de caída libre o de inminente levitación. Y los recuerdos de mi primer viaje aquí, en 1946, son como un horrible sueño de constricción humana, de inconcebible amontonamiento y apelmazamiento y estrujamiento.

Un litro de vodka norcoreano de cincuenta grados —caigo en la cuenta— cuesta menos que un litro de cerveza aguada rusa. Hay una impresionante dedicación, por parte de los parroquianos, al «oloroso», o vino reconstituyente («jerez dulce»). Este oloroso es una bebida de borrachos, y no viene precisamente de Jerez. Ésa es la

distinción que hace Dostoievski, cuando en una mesa que de forma nada auspiciosa desborda ya de alcohol, incluye «una botella del jerez más fuerte de la bodega nacional».

Mi resaca sigue empeorando. ¿O debería decir que mi resaca sigue mejorando? Porque, en efecto, va francamente bien. Quiero mucho alcohol, necesito mucho alcohol, pero llevo quince años sin estar *borracho*, ¿te acuerdas? Estaba en la cama, un sábado por la tarde, y me moría en silencio. De cuando en cuando susurraba *agua*, en ruso. Señal de una auténtica necesidad animal de ella. Tú entraste en el cuarto con paso tenso, con la cabeza baja, intensamente concentrada: no querías derramar el líquido claro del vaso de una pinta que llevabas entre las manos. «Toma», dijiste. Alargué una mano esquilmada. Y dijiste: «Es *vodka*.» Y capté la maliciosa inteligencia de tu mirada. Entonces estaba casado con tu madre. Tenías nueve años.

En el televisor, suspendido en la pared sobre una ménsula, aparece la familiar y pavorosa visión del edificio de ladrillo rojo en forma de E. Me acerco a él, a tiempo para oír otra falsedad: que «no hay planes» para asaltar la escuela. Entonces, de súbito y sin explicación alguna, la pantalla chisporrotea, y la Escuela de Enseñanza Media Número Uno es reemplazada por una telenovela sudamericana *in media res*, y, como siempre, con más de un centímetro de maquillaje cada uno de ellos, una vieja vampiresa llorosa le endilga una sarta de reproches a un altivo gigoló. La interrupción pasa inadvertida —o nadie comenta nada, al menos—. Mi instinto me pide montar otra rabieta, otro número costoso —pero ¿dirigida a quién, y para qué...?—. En cualquier caso no lo soporto, así que pago, dejo la propina y salgo con la maleta rodante al andén, y me quedo mirando las vías —de ferrocarril de vía estrecha— que conducen a la ciudad ártica.

No, señorita, no tengo desconectado el teléfono. Es que he estado usándolo muchísimo —Escuela de Enseñanza Media Número Uno, en Osetia del Norte—. Cuando me marché yo era —como sabes— un pez bastante gordo en Rusia, con muchos contactos en el estamento militar. Quizá también recuerdes el problema no demasiado grave que esto me ocasionó hasta 1991, cuando se expidió —y enmarcó en París— el diploma que certificaba la muerte del experimento ruso. De ese experimento ruso en concreto. Mis contemporáneos, por supuesto, hace mucho tiempo que han muerto, y en muchos casos trato con los hijos de los hombres que conocí. Me hablan. Y me entero de algunas cosas increíbles.

Los niños, a estas alturas, están en ropa interior y sentados con sus padres y profesores en el suelo del gimnasio sembrado de bombas. De las canastas de baloncesto penden minas tachonadas de tomillos. Cuando los niños gritan pidiendo agua, se les hace callar disparando un tiro al techo. Para facilitar la ventilación, algunas de las ventanas del gimnasio han sido deferentemente destrozadas, pero los

asesinos, al parecer, siguen decididos a lograr la deshidratación de sus rehenes —si es que eso es lo que son—, y han destrozado a golpes los grifos de la cocina y los baños. Los niños se ven ahora abocados —y a algunos incluso se les fuerza— a beber sudor y orina filtrados a través de capas de ropa. ¿Cuánto puede sobrevivir un niño sometido a altas temperaturas y sin agua? ¿Tres días? Por supuesto que hay planes para asaltar la escuela.

Se sabrá, una vez hechas las autopsias, que los asesinos estaban bajo los efectos de la heroína y la morfina, y algunas de las dosis serán descritas como «más que letales». A medida que el efecto analgésico de estas sustancias se desvanece, lo que estaba insensibilizado empieza a sentirse en carne viva. Pienso una y otra vez en el miembro pelirrojo del comando, y en cómo la barba de color de óxido le escuece y le pica. Pogonofobia... Osetia del Norte ha empezado a recordarme otra masacre en otro centro de enseñanza, perpetrada con arrogancia, atizada por las drogas: Columbine. Sí, ya lo sé. Columbine no fue nada político sino puramente recreativo, y acabó en cuestión de minutos. No fue sino una brevísima visita a aquel universo paralelo donde el asesinato de unos jóvenes puede considerarse algo ocurrente.

Ahora dicen que los asesinos, que no formularon ninguna «exigencia», eran yihadistas de Arabia Saudí y Yemen. Tal vez sean yihadistas, pero casi con toda certeza son de Chechenia, y lo que quieren es la independencia. La razón por la que eso no puede ser, Venus, es que Chechenia, después de siglos de ocupación, de opresión, de deportaciones en masa y (en tiempos más recientes) de bombardeos por parte de Rusia, es ahora un ente orgánicamente demente. Así que el líder está metido en un buen lío, lo mismo que a Iósif Vissariónovich le pareció estarlo con la cuestión de los judíos en 1948: «No puedo tragarlos, y no puedo escupirlos.» Lo único que podía hacer era masticarlos.

Al principio del asedio del Teatro Dubrovka de Moscú, tomado en 2002, los asaltantes dejaron salir a algunos de los niños. En Osetia del Norte se tiene la sensación de que, de liberar a alguien, sería a los adultos. Y todos recordamos cómo acabó lo de Dubrovka. Con la mejor voluntad del mundo, la policía secreta hizo algo que se habría hecho acreedor de un mayor oprobio en otras partes del planeta —en el Kurdistán, por ejemplo—. Gasearon a sus propios ciudadanos civiles.^[5] Te horrorizaste, recuerdo, lo mismo que todos los occidentales; pero aquí se consideró todo un éxito. Sentado ante la mesa del desayuno en Chicago, desrusificado y anglófono y leyendo el *New York Times*, hasta yo me sorprendí susurrando: Mmm... No está mal.

Por supuesto que hay planes para asaltar la escuela. Decir *planes* quizá roza el exceso, pero de una forma o de otra van a tomar la escuela por asalto. Lo sabemos porque la Spetsnaz, nuestras fuerzas especiales de élite, está comprando balas a los vecinos que se arremolinan en el exterior con mosquetes y fusiles de chispa.

A tus pares, a tus iguales, a tus confidentes de Occidente el único escritor ruso que les sigue diciendo algo es Dostoievski, aquella vieja cotorra, aquel presidiario, aquel genio. Todos vosotros lo amáis porque sus personajes están bien jodidos *a propósito*. Y es esto, al fin y a la postre, lo que no puede soportar Conrad del viejo Dusty^[6] y sus chiflados sagrados, sus personajes encopetados sin blanca, sus estudiantes famélicos y sus burócratas paranoicos. Como si la vida no fuera ya lo bastante dura, se dedican a la invención del dolor.

Y la vida no es lo bastante dura, no para ti... Estoy pensando en tu primera tanda de novios —hace ocho o nueve años—. En la expresión de cagados que tanto les gustaba cultivar, con los vaqueros holgados a la altura de la cadera y las zapatillas de deporte evisceradas. Estilo cárcel: nada de cinturón ni de cordones, no vayas a ahorcarte con ellos. Al mirar a aquellos chicos, de cabeza rapada y nariz llena de muescas y orejas escarificadas, me sentía como si hubiera vuelto a Norlag. ¿Será esto la invención del dolor? ¿O una pequeña recreación de los dolores del pasado? El pasado pesa. Y mucho.

No estoy diciendo en absoluto que tu anorexia fuera de ningún modo *voulue*. La dureza de todo aquello me despojó de toda valentía, y tu madre y yo lloramos cuando vimos en la cinta de la CCTV tu figura oscura, como de bastón lleno de nudos, haciendo flexiones en mitad de la noche junto a la cama del hospital. Sólo añadiré que cuando fuiste al otro sitio, que llamaban Manor, y vi a un centenar de seres como tú a través de la alambrada que rodeaba el aparcamiento, no pude evitar pensar que me encontraba ante otra escena paradigmática del siglo xx.

Perdóname. Y no son sólo los jóvenes, de todas formas. En el varón occidental se da un fenómeno llamado crisis de los cuarenta. Con frecuencia viene precedida por un divorcio. Lo que la historia podría haberte hecho traumáticamente, tú lo provocas a propósito: la separación de la esposa y los hijos. No me digas que tales hombres no están gustando los antiguos sabores de la muerte y la derrota.

En Norteamérica, con la consecución del divorcio, al hombre de edad mediana le cabe esperar una vida más recreativa, más discrecional. Puede casi diseñar el tipo de crisis que va a padecer: motocicleta, novia quinceañera, vegetarianismo, *jogging*, coche deportivo, novio maduro, cocaína, dieta de choque, motora, otro bebé, religión, trasplante de cabello.

Aquí, ahora, no hay modo alguno de encauzar la crisis masculina de los cuarenta. Te viene dada, y siempre es la misma. La muerte.

El tren avanza bamboleándose y traqueteando por los accidentes simplificados de la tundra: la gran página en blanco de Rusia, a la espera de los personajes y frases de

la historia. No hay colinas ni valles, sólo montículos y hondonadas. Aquí, las variaciones topográficas son obra del hombre: gigantescas concavidades y movimientos de tierra y pirámides de escoria. Si de pronto vieras una montaña, una meseta, un acantilado, tendrías la sensación de que se cierne sobre ti como un planeta. Hay una colina hueca en Predposilov a la que llaman montaña: el monte Schweinsteiger recibe el nombre del geólogo (ruso-alemán, creo; de la cuenca del Volga) que descubrió allí el níquel a finales del siglo XIX. En las planicies de árboles sin ramas se alzan torres de alta tensión en las que no se ve cable alguno.

Nuestro pequeño tren de cercanías es un diligente barquero de almas: las transporta de las ciudades dormitorio al Kombinat. Entre los pasajeros hay muchas caras consumidas, y también algunas muy frescas (cabezas de chorlito bien rapadas sobre sólidos chándals), pero todas ellas llevan la máscara de la calma de las ciudades dormitorio, ajenas a todo lo desacostumbrado, ajenas a cualquier pesadilla o cualquier cosa inolvidable.

Así que en este viaje ¿estoy —como suele decirse— rastreando mis pasos para intentar rescatarlos del pasado? Para hacerlo habría tenido que descender por debajo de la línea de flotación del *Georgi Zhukov*, y lograr que pasajeros y tripulación se cubrieran de mierda y vómitos y se pusieran encima de mi persona durante mes y medio. Y, de igual manera, este tren, con las ventanillas cegadas y los vagones subdivididos en diversas jaulas de alambre, con vivos y muertos anclados todos en posición vertical, tendría que ser desviado a una vía muerta y abandonado hasta mediados de noviembre. Y no hay gente suficiente... —sencillamente, no hay gente suficiente.

Cuando aún falta una hora para finalizar el viaje, el tren hace una parada en un humilde municipio llamado Coerción. ¿Cómo es posible esta exhibición de candor? ¿Dónde están las localidades hermanas de Fabulación y Amnesia? Cuando estamos saliendo de Coerción, el vagón recibe la súbita visita de una nube de mosquitos, y los pasajeros, con una unanimidad silenciosa —sin palabras o sonrisas o miradas, sin sentido alguno de empresa común—, se ponen a matarlos a diestro y siniestro.

Cuando hasta el último de ellos está muerto (aplastados entre las palmas, contra las ventanillas), uno alcanza a ver en el horizonte plano una densa neblina, que, como un manto que amarillea por los bordes, cuelga del cielo para caldear esa ciudad imposible.

2. «OH, PUEDO SOPORTARLO»

Le dije a Lev, más de una vez, que sus probabilidades de supervivencia eran razonablemente altas. Era una corazonada. Pero acto seguido podíamos echar mano de las matemáticas.

En el Gulag no es que la gente muriera como moscas, es que las moscas morían como gente. O eso se decía en los años anteriores a la guerra, cuando los campos se hicieron letales como parte de la pujanza del Terror. Había fluctuaciones, pero en general la tasa de mortalidad venía determinada por la disponibilidad de alimento. Ingente y vergonzoso, el sistema del campo era un fenómeno alimentario.

En «el famélico año 33» murió uno de cada diez cautivos; en 1943, uno de cada cinco; en 1942, uno de cada cuatro. En 1948 la tasa descendió de nuevo —en la totalidad del sistema—, y las probabilidades de supervivencia no eran más bajas que en la tosca Unión Soviética, o «la zona grande», como la conocía todo el mundo en el campo: la zona de los doce husos horarios. En 1948 las moscas habían dejado de morir como gente, y la gente había vuelto a morir como moscas. Sin embargo, aquello era el Ártico. Y, en lo que se refería a Lev, estaba la cuestión de su masa física. Lo que el cuerpo hace en el campo es comerse lentamente a sí mismo; mi hermano era ahora más ancho de pecho y hombros, pero con su metro sesenta de estatura no era mucho más que un saco de huesos. Un actuario lo habría expresado de este modo: si en 1948 había diez Levs en Norlag, uno de ellos moriría. Eso seguía sin significar que tuviera muchas probabilidades de sobrevivir a sus diez años de pena. Significaba que tenía bastantes probabilidades de sobrevivir a 1948. Haz las cuentas matemáticas, y verás que sus probabilidades de supervivencia eran exactamente cero. No, menos incluso que cero. Porque a finales de la primera semana, Venus, se sabía ya que mi hermano no era sólo fascista. También era pacifista.

No puedo dar aquí un inventario completo de los problemas de Lev durante su proceso de habituación, y, si en alguna medida lo hago, es porque todo lo que sucedió en Norlag le sobrevino a un tiempo y confluyó en la noche del 31 de julio de 1956, en la Casa de los Encuentros. Fue su cruz rusa. Y también la mía.

El primer día crucial de trabajo general a Lev se le asignó a una brigada de fuerza dedicada al «vaciamiento de tierra». Lo que significaba que lo bajaban a un foso a las seis de la mañana, equipado con media pala, y lo subían doce horas más tarde. La brigada llegaba al sector central poco antes de las ocho de la tarde. Escudriñé sus caras; me quedé mirándolas tan fijamente que me dio la sensación de que mis ojos tenían el poder de tallar la suya de la nada. Sí, mi hermano estaba entre ellos. Con la cabeza gacha, los hombros hundidos y las piernas arqueadas; pero estaba entre ellos.

Supe entonces que Lev había dado la talla. De lo contrario, lo habrían dejado allá abajo hasta cumplir con su parte del trabajo. El jefe de la brigada, el letón Markargan, se habría ocupado de ello. Aquélla era una brigada de fuerza.

A finales de semana su cara ya no era roja como el ladrillo. Era negra y azul.

¿Que eres qué?, dije.

—Pacifista. No quería decírtelo la primera noche. —Escupió saliva con sangre, y se pasó la mano por los labios hechos pulpa—. Soy partidario de la no violencia.

¿Quién te ha hecho lo de la cara?

—Hay un tártaro que quiere mi media pala. Tiene la otra media. No quiero pelear, pero no quiero dársela. Y él ya lo va entendiendo. Ayer casi me arranca la mano de un mordisco en la muñeca. Mira. Tengo diecinueve años. Se me curará. Y no le dejé que me la quitara.

Pero ¿qué estás diciendo?, dije. Tú sabes pelear. Te he visto. Durante un tiempo fuiste bastante bueno peleando, bastante fino. Después de zurrarle a Vad. Y ahora eres aún más fuerte. Te tuvieron cuatro años en la calle cavando putas zanjas. No eres ningún cagueta.

—Ya no soy débil. Pero soy pacifista. Pongo la otra mejilla. Escucha —dijo—. No soy Gandhi. No creo en el cielo. Si veo amenazada mi vida, lucharé para defenderme. Y creo que lucharía también para defender la tuya. Pero no sería capaz de hacer más. Eso es todo. Tengo mis razones. Tengo mi razón. —Sacudió la cabeza, y volvió a escupir—. Tampoco te dije otra cosa. Mataron a Solomon Mijoels.

Solomon Mijoels era el judío más famoso de Rusia: actor venerable, emisario intercontinental. Durante la guerra movilizó a los judíos norteamericanos y recaudó millones de dólares. Una vez actuó para Iósif Vissariónovich en el Kremlin. Shakespeare. *El rey Lear*.

—Lo mataron los Órganos. Un «accidente de circulación». Lo mataron a palos, y le pasaron por encima con un camión. Y es sólo el comienzo. Zoya vomitó cuando se enteró.

Dije: Tú no puedes hacer nada. ¿Cómo se llama ese tártaro? No estás allí. Estás aquí.

—Es cierto. Estoy aquí.

Ya ves, Lev me acababa de decir que al cabo de una semana en los barracones —uno de los más mugrientos y embarrados de todo Norlag—, seguía durmiendo en el suelo. (Siento la necesidad de ponerlo en cursiva: *en el suelo*.) Y eso tenías que evitarlo a toda costa. En el suelo te amontonabas con blandos comemierda, fascistas decrepitos y (otra subdivisión) Viejos Creyentes que avanzaban paso a paso hacia el martirio. Y el olor, el olor... Cuando las hordas mogolas de la Alta Edad Media se acercaban a tu ciudad, te herían los oídos ya desde muy lejos de las murallas. Pero más aterrador que aquel ruido era el hedor, expresamente cultivado —la

militarización de la inmundicia, de las greñas, de los sobacos, de los culos, de los pies —. Y el aliento: el aliento, exacerbado por la dieta mongola de leche de burra fermentada, de sangre de caballo y de otros mongoles. Lo mismo sucedía en el campo. El hedor era como una pena, como un arma. El suelo de los barracones era el sitio donde se acumulaba..., todo el aliento de la zona, condensado.

—Todo se te viene encima —reconoció—. Me meto la mano en la camisa para coger un puñado de piojos. Y si son muy pequeños pienso, joder, y me los dejo ahí dentro.

Había unas quince razones por las que no podía seguir allí abajo. Tenía que conseguir subir al segundo estrato. Los tablados más altos eran, por supuesto, las *perchas* inalienables de los urkas, de las bestias, de las putas; pero Lev tenía que conseguir subir al segundo de los tablados.

Así que volví a repetírselo todo, con una seriedad de tono suave. Markargan va a guardarte las espaldas, le dije. Necesita tu trabajo; necesita tu sueño, tu salud. No vas a durar en esa brigada, así que empieza a soltar guantazos *ahora mismo*. Hazte respetar. Quítale la litera de abajo a alguien que esté a media ración. No la defenderá mucho. Y luego cámbiala por la de más arriba. Quítasela a una sanguijuela. Habrá subido a fuerza de untar a los que estaban antes. Y échalo para abajo.

—Pero ¿con qué derecho?

Supuse que si alguna vez se paraba a pensar en ello, Lev me vería mucho más pobre humanamente. Y eso es lo que de pronto parecía estar haciendo. Para mí, a aquellas alturas, la violencia era un instrumento neutro. No era ni siquiera diplomacia por otros medios. En moneda corriente, como el tabaco, como el pan. Le dije:

¿Con qué derecho? Con el derecho a la vida. Te han catalogado como fascista. Actúa como tal.

Lev no quería hacerlo. Siguió en el suelo. Y, a resultas de ello, estaba siempre enfermo. «Tienes la pelagra», dijo Janusz, el joven médico-presos, y extendió las manos. Se trataba de una deficiencia que se manifestaba en forma de dermatitis, diarrea y desorganización del pensamiento. Con accesos de calor en los hielos de la tundra y sudores fríos en el horno de los barracones, y tiritonas, continuas tiritonas, Lev seguía trabajando como un mulo en la brigada.

A una de las escuetas características de la vida rusa que aventura Conrad —la frecuencia de lo excepcional— yo añadiría otra: la frecuencia de lo total. Estados totalitarios, en los que tus sufrimientos los seleccionan —como si de un menú se tratara— tus peores enemigos.

Antes he dicho que estaba conmocionado por lo de Zoya, y era verdad. Me duró hasta el día en que salió el sol. Sólo se le podía ver la corona, un líquido nacarado que manchaba el horizonte de la tundra. El largo eclipse había acabado: los dedos

apuntaban, y los hombres lanzaban vítores gruñones y guturales. Y yo también salí del eclipse y del oscurecimiento. Ya no me sentía amortiguado por las sustancias químicas de la calma.

Empecé a calibrar mis pérdidas. Y eran muy graves. Caí en la cuenta de que ahora no había nada, nada en absoluto, que me apeteciera pensar... En el campo se practicaban con profusión pecadillos más o menos lamentables, pero el onanismo no era uno de ellos. Los urkas sí lo hacían, y en público. Y supongo que los rústicos más jóvenes se las arreglaron así durante un tiempo. Para el resto de nosotros pasó a ser parte del pasado. Pero todos teníamos pensamientos. Creo que todos seguíamos albergando esos pensamientos.

Yo seguía teniéndolos. Noche tras noche hacía mi experimento. Entraba en el cuarto donde Zoya estaba durmiendo. A últimas horas de la tarde. Estaba echada en el lecho, entre almohadas que brillaban como estrellas, en combinación o con un camisón corto (en esto, y sólo en esto, podían darse algunas variaciones). Me sentaba a su lado y le cogía una mano. La besaba en los labios. Luego venía el momento de la transformación, cuando ella se incorporaba, se desbordaba e iba a caer en mis brazos, y todo comenzaba.

Esta Fata Morgana nocturna solía resultarme una fuente de fuerza —una reconexión con las potencias vitales—. Pero ahora estaba debilitándome, y corroyéndome. Y mientras el sol seguía su camino hacia lo alto en el horizonte, empecé a decirme a mí mismo, al principio en un susurro de insomnio y luego a gritos a la luz del día, empecé a decirme: No tenían intención de hacerlo, pero eso es lo que me han hecho. Han atacado mi voluntad. Y eso es lo único que tengo.

Eres un tipo con suerte, le dije.

Era su segundo día de descanso, y Lev estaba sentado sobre el muro bajo del patio, rascándose. Levantó la vista, me miró con ojos entrecerrados y dijo:

—¿Suerte, dices?

Acabo de recibir mi carta anual. Kitty.

—¿Dónde la tienes?

Cuando se la tendí Lev se puso de pie..., pero se estremeció y retrocedió. Comprendí. En el momento de la detención te sientes ya desaparecido a medias. En la cárcel eres alguien que fuiste, y ya estás muerto. En el campo estás casi seguro de que nunca has existido. Las cartas de casa son como comunicaciones de un debilitado médium, de una Madame Sosostriis enferma, con sus posos de té y su tablero roto de la ouija.

No puedo dejártela ver entera, dije. El censor soy yo. Pero son buenas noticias.

En lenguaje esópico, Kitty me contaba la detención de Lev, y su inminente partida hacia un «destino desconocido». Como resultado de esta segunda desaparición, la

familia, «por desgracia», había perdido el apartamento. Y Madre el empleo. Kitty seguía diciendo que «la gripe» era muy virulenta en la capital, y que Zoya y su madre habían vuelto a Kazán.

Dije: Donde la gripe ha sido más leve. Otra vez buenas noticias.

Se apoyó en mí y me pegó la cara al pecho.

—Me haces muy feliz, hermano. Eso es... *Sacarla de la ciudad*. Y ya no me importa qué más pueda contar Kitty.

Mejor así. Kitty decía que le parecía increíble que Zoya pudiera «esperar» a Lev. Según ella, Zoya tenía ya otro favorito en el Técnico, y estaba siempre «encima de él» en la cantina. Es mi deber solemne, Venus, admitir el gozo grosero que me produjo esta frase.

Dije: ¿Qué esperabas? Es Kitty.

—Tienes razón. Es Kitty.

Sí, era Kitty: una narradora muy poco fiable. Habría preferido alguien con más autoridad para decirme que era verdad... lo de que Zoya se había volcado sobre su nuevo favorito. Que fuera alguien como Georgi Zhukov o, mejor aún, Winston Churchill quien me dijera que era verdad.

—¿Puedes contestarle? —dijo él.

Se supone que sí. Pero no les gusto. Aunque de todas formas nunca hay nada con que escribir. Ni encima de qué escribir.

—¿Por qué no les gustas? Bueno, puedo pensar en un par de razones. Pero cuál es la razón.

Por los perros.

—Ah, los perros.

Yo era bastante famoso en el campo por la forma que tenía de tratar a los perros. La mayoría de los presos, incluido Lev, les tenían un miedo cerval. Pero yo no. Cuando era muy pequeño teníamos una perra borzoi del tamaño de una mula. Ni siquiera me acuerdo de ella; pero me dejó algo antes de irse. No tengo miedo a los perros. Así que solía hacer que se agacharan al verme. No son más que perros, con alma de cerdos. No hacen más que gruñir, pero enseguida se agachan y encogen. A veces me arriesgo a una paliza por hacerles agacharse.

Lev dijo:

—Fui a la oficina de los guardias y pregunté. En mi informe pone: Sin Derecho a Correspondencia. Pensé que, en código, era ejecución inmediata. Y también lo pensó el cerdo. Se quedó mirándolo, y luego me miraba mí. No tengo derecho. Pero seguiré insistiendo. Y lo conseguiré.

Dije, faltando a la verdad: Me alegro de que no te preocupes por Kitty. Ni por Zoya.

—¿Preocuparme? Soy de los que se preocupan demasiado. Cuando empecé a ser

su amigo, bueno, antes, solía preocuparme por que alguien la dejara preñada. Pero no se quedó preñada. No puede. Tuvo un aborto cuando tenía dieciséis años, y no puede tener hijos. Luego me preocupaba que fueran a detenerla o a matarla a patadas en la calle. ¿Pero por otros hombres, quieres decir? No. Lo que pasa con ella... Zoya es única ciento por ciento. Y yo también, ahora. Mi..., bueno, mi condición de no combatiente. Es por ella. Es por nosotros.

Hablas en adivinanzas, Lev. ¿No entiendes que lo que hagas aquí no cuenta?

—¿No? ¿Es que no va a importar nada? Tú no lo ves, ¿verdad? Importará, ya lo verás.

Y por si fuera poco estaba la bestia enorme, Arbachuk, que sentía debilidad por mi hermano —aunque de una forma que parecía ser la peor de todas—. Lo buscaba todas las noches. ¿Para qué? Para revolverle el pelo y meterse con él y darle besos y hacerle cosquillas. En aquella época estaba de moda que una bestia tuviera a un fascista de mascota, aunque Lev decía que más bien era justo lo contrario. «De repente soy íntimo amigo de un mandril», dijo, y fue muy animoso por su parte, porque estaba muy asustado (y con razón). Cuando Arbachuk se abría paso a empujones en los barracones, con sus tatuajes y su sonrisa húmeda y tachonada de oro, Lev cerraba los ojos durante un segundo y la luz se le iba del semblante. Lo único que podía hacer yo en relación con lo de Arbachuk era indicarle a aquel gigante, con una mirada y un gesto de los hombros, que si la cosa se ponía fea el gigante tendría que vérselas también conmigo. Lev dijo que era mucho peor cuando yo no estaba presente. Así que siempre estaba cerca. Y cuando no podía, confiábamos en Semyon o en Johnreed, dos de los oficiales veteranos de más alto rango, coronel y capitán, y ambos Héroe de la Unión Soviética (honor del que, una vez detenidos, fueron por supuesto despojados...). Te estarás quizá preguntando por este nombre: Johnreed. Montones de gente de su edad se llamaban Johnreed, en honor de John Reed, autor de *Diez días que estremecieron al mundo*. Había tantos Johnreed en el campo que se habían ganado el estatus de *phylum* o grupo específico, los *Johnreed*. Como los *norteamericanos* y, más tarde, los *doctores* —los médicos judíos—. En su agitada crónica de la Revolución de Octubre, el libro de John Reed apenas mencionaba a Iósif Vissariónovich, quien pese a ello lo prohibió, quitándoles la alfombra —por así decir— de debajo de los pies a todos los Johnreed.

Arbachuk solía regalarle exquisiteces a Lev, pero mi hermano siempre se negaba a aceptarlas. No eran solamente chuscos de pan, sino carne —picada, salchichas—, y en una ocasión una *manzana*. «No tengo hambre», le decía Lev. Yo no daba crédito: él allí sentado, con la lengua de Arbachuk pegada a su oreja, y media chuleta de cerdo bailándole bajo la nariz, y diciendo: «No tengo hambre.»

—¡Ábrela! —dijo Arbachuk, apretándole con la mano la articulación de la

mandíbula.

—No tengo hambre. Ese tatuaje, Ciudadano. No puedo ver más que la última palabra. ¿Qué dice?

Lenta y sombríamente, Arbachuk se remangó la manga. Y dejó al descubierto las palabras amoratadas: *Podrás vivir, pero no amar.*

—Un bocado. ¡Ábrela!

—Me como toda mi ración. No tengo hambre, Ciudadano. Trabajo en una brigada dura.

Como esos hombres que no pueden olvidar o perdonar el pasado de una mujer, y que de cuando en cuando tienen que sentarla por la noche para volver a hacérselas pasar moradas una vez más («Te tocó... ¿dónde? Le besaste... ¿qué?»), yo instaba a Lev una y otra vez a que me contara sus más dolorosas intimidades. Conozco ese tipo de hombres, porque yo soy él —y él es yo—. Años después era la única forma en la que podía estar seguro de que me interesaba una mujer: quería que confesase, que denunciase, que informase. Y al principio les gustaba mucho, porque quería decir que les dedicaba atención. Y pronto llegaban a temerlo. Pronto caían en la cuenta... Este rasgo mío, entre la guerra y el campo, en realidad no tuvo tiempo ni ocasión para afianzarse. Verás, casi todos los ex amantes de casi todas mis novias estaban muertos. Y si estaban muertos no me importaban. Sería un ruso muy raro si no perdonara a los muertos. Los muertos no me importaban. Los que me molestaban eran los vivos.

Cuando, poco antes de que me detuvieran, Lev me pidió permiso para probar suerte con Zoya, ni siquiera me tomé la molestia de reírme en su cara. Le respondí con un «¿Tú?», y eso fue todo. Y, sinceramente, no pensé en ello ni un segundo más. Pero Lev era como esos hermanos pequeños listos que hay en todas partes. Observaba lo que yo hacía y luego hacía lo contrario. Llegó a Zoya sin intensidad.

Oh, bien *hecho*, dije, en una de nuestras últimas conversaciones en libertad. Eres su chico de los recados. Y su mascota.

—Eso es —dijo él, tartamudeando. Siempre estaba tartamudeando—. Venga, ¿cómo de cerca has llegado con ella? Yo estoy en su cuarto. Estoy en su cuarto todo el día. Estoy con ella cuando se está *cambiando*.

¿*Cambiando*?

—Detrás de la cortina.

¿Cómo es de grande la cortina? ¿Y cómo de gruesa?

—Gruesa. Va desde el suelo hasta aquí arriba. Y deja la ropa colgada, encima.

¿Qué ropa?

—Combinaciones y cosas.

Santo Dios... Y ahora se está follando a ese lingüista... No sé cómo puedes soportarlo.

—Oh, puedo soportarlo.

La cosa siguió así durante casi un año —un año en el que Zoya tuvo otros tres romances.

—Uno cada trimestre —me estaba diciendo ahora.

Y fue allí sentado, en el ático cónico, cogiéndole la mano, y escuchándole hablar de su último desengaño, donde Lev dio el siguiente paso.

—Se lo dije como tomándole el pelo. Dije: «Tienes mala suerte en el amor porque te atraen los hombres que no te convienen. Los tipos demasiado creídos. Prueba con tipos más pequeños, y más feos. Como yo. Somos mucho más atentos.» Ella se echó a reír, y luego se quedó callada unos cinco segundos. La siguiente vez que se lo dije se echó a reír también, y se quedó callada unos diez segundos. Y así muchas veces. Y entonces tuvo otro.

¿Otro qué?

—Otro romance. Uno en toda regla.

¿Es posible, dije, que tú y yo tengamos una sola gota de sangre en común? ¿No estabas celoso?

—¿Celoso? No habría podido soportarlo ni un minuto si hubiera estado *celoso*. No tenía derecho a estar celoso. ¿A santo de qué? Estaba demasiado ocupado aprendiendo.

Esperé.

—Aprendiendo lo que tenía que hacer para quedarme con ella.

... Pequeño cabrón...

Son cosas que pasan. En mi vida quizá he visto tres ejemplos de esto. Y tú, Venus, eres uno de ellos. Tú y ese Roger. Como dije en su día, puede que con bastante dureza: *Tú estás adiestrada como al setenta y cinco por ciento en el pensamiento de que todo el mundo tiene el mismo aspecto. Es la ilusión que tu gente se endilga a sí misma. Así que piensas que es esnob que no te gusten los tullidos. Y ahora llevas a ese murciélago enfermo pegado a los talones.* Sigo pensando que mayormente es lo de siempre, Venus: lástima y devoción. Me dijiste que había compensaciones, y te creí. Hablaste de su gratitud..., de su gratitud y de tu liberación de ciertas preocupaciones. Y veo que hay mujeres obviamente atractivas que a veces acaban hartas de hombres obviamente atractivos: con sus prerrogativas, sus expectativas, sus corazones anodinos. Así que una mañana la princesa besa al sapo, y le gusta.

¿Y luego?

—Era domingo. Caía la tarde. Estábamos tumbados en el ático, y lo repetí. Se quedó muy callada. Y al final se puso de pie y se quitó...

Basta. Se quitó la ropa, supongo.

—Se había quitado ya la ropa. Casi toda. No, me cogió la...

Basta.

Estuvieron nueve meses; y luego, como todos los compañeros y profesores de Lev iban cayendo uno tras otro, fue ella la que tomó la decisión. Movilizaron al rabino escrofuloso en su sótano. Fue algo clandestino, y supongo que de dudosa legitimidad. Pero pisaron y rompieron el vaso, envuelto en el pañuelo —la destrucción del templo, la renuncia a los lazos anteriores—. E hicieron los votos.

Me quedó una pizca de consuelo (en el banquete de la aflicción se dan esas migajas de alivio). Su eficacia no resultará quizá muy clara para aquellos que están acostumbrados al ejercicio del libre albedrío. Supe que Zoya, aunque no se mostraba indiferente a hombres mayores (a punto estuvo de provocar un escándalo con un recién casado de treinta años), jamás tuvo aventura alguna con ninguno de mis más estrechos pares: los veteranos de guerra. Así que pude decirme a mí mismo que cuando nos besamos, y ella me retuvo el labio inferior durante un segundo entre sus grandes y cuadrangulares dientes, el sabor que no le gustó fue el hormonal y ferroso de la guerra.

Y ello me reconfortó, porque podía atribuir mi fracaso a las fuerzas históricas — junto con todo lo demás—. La historia tenía la culpa.

El toque de diana, en el campo, se hacía de la forma siguiente: una especie de mazo de metal, blandido por una mano que parecía una garra, golpeaba de arriba abajo, durante un minuto completo, dos barras de hierro paralelas. Era algo a lo que no te acostumbrabas nunca. Mañana tras mañana, mientras te preparabas para la jornada en el patio, te quedabas mirando aquel artilugio tan simple y te preguntabas cómo podía tener tal potencia acústica. Hoy sé que, por alguna razón bárbara (la más rápida detección, tal vez, del animal más diminuto), el hambre agudiza el oído. Pero no es que fuera sólo más estentóreo; era mucho más agudo y estridente, y en cierto modo incluso más articulado. Aquel sonido parecía anunciar el advenimiento de un nuevo reino (más salvaje, más estúpido, más cierto) y repudiar la laxitud y el amateurismo de los días precedentes.

Hasta que Lev llegó al campo mi primer pensamiento, al despertar, era siempre el mismo, no admitía modulación alguna. Y era el siguiente: daría la vista por diez segundos más... Ante ti hacían que «arrancara» un nuevo día; el día mismo, el alba oscura (el brillo vítreo del sector central y la neblina como de tiza que los pulmones rechazaban) era como el resultado del trabajo de toda una cuadrilla, de un turno de noche —el resultado de horas y horas de dura faena—. Me espera el frío, pensaba; me está esperando, y todo está ya listo. Cuando sales a la lluvia, querida mía, ¿no sientes que siempre dispones de un instante de gracia antes de sentir las primeras gotas en el pelo? El frío no es así. El frío tiene frío, obviamente, y quiere todo tu calor. Y se pone encima de ti. Y te agarra y te cachea en busca de todo tu calor.

Luego, tras la llegada de Lev al campo, la conciencia del despertar me encontraba

cada día incorporado sobre el tablado. El cerdo seguía fustigando las barras de hierro y yo me dejaba caer al suelo. Siempre era el primero en salir del barracón, y siempre lo hacía con la sensación de que me esperaba un regalo algo morboso pero bastante sustancioso. ¿Qué tipo de regalo, exactamente? Mi primer vistazo a Lev, y contemplar cómo se le suavizaba el ceño en la carne de la frente. No sucedía en el instante mismo en que ponía la mirada en mí. Exhibía su tensa, estirada sonrisa, pero el ceño —el galón invertido de la preocupación— le duraba un poco más, para desaparecer luego como un artilugio que midiera mi poder para tranquilizarlo. Y a veces siento que jamás estuve más cerca de la cima que durante aquellos intercambios o transfusiones —jamás más vivo.

Lo cual parece normal, ¿no es cierto? Morboso, entonces, ¿en qué sentido? Veo que no puedo evitar lo morboso. Otro sol había amanecido en mí. Un sol negro, cuyos rayos, cuyas llamas estaban hechas de esperanza y de odio.

Lev, dicho sea de paso, no duró mucho en la brigada, la brigada de fuerza que dirigía Markargan. Aunque para entonces ya estaba en plena forma. Muy enfermo y muy en forma: era posible estar así en aquel campo, y seguir así durante bastante tiempo. Pero no. Era raro que un fascista durase mucho en una brigada de fuerza. En una brigada de fuerza se daba una unanimidad de esfuerzo que tenía el peso de un convenio sindical o un juramento militar: cumplías con la norma a ración completa. Era una forma de soportarlo —entonar la atronadora canción del trabajo, apurar el cubo de sopa, dormir el sueño de los muertos—. Un campesino que lleva a cuestas su milenio de ética esclava..., un campesino podía arreglárselas sin demasiado coste interior. Pero un miembro de la *intelligentsia*... Eso es lo que te pasa, en un sistema de esclavitud. Tarda un par de meses. Va montándose, como un ataque de pánico gradual. Es esto: la asunción del hecho de que, a pesar de tu obvia inocencia de cualquier crimen, el cumplimiento de la pena no es involuntario. Ahora bien, entra con tal pensamiento en una brigada de fuerza. Lo intentas y lo intentas, pero la idea de que estás haciendo un trabajo *excelente* al servicio del Estado... hace que las manos te pesen y se te caigan a ambos lados. Tus costados, tus caderas, las sienten al caer. Huelga decir que una brigada de trabajo suave, con sus comemierda de raciones magras, tampoco era muy buen asunto. Así que ¿qué haces? Haces lo que hacen todos los fascistas. Holgazaneas y remoloneas y finges y engatusas, y subsistes.

En cuanto le quitaron la ración completa, la infección intestinal de Lev empeoró. En el campo, hasta la hospitalización por disentería obedecía al imperio de la norma; y a principios de 1949 Lev podía cumplirla. ¿Y cuál era la norma? La norma era: más sangre que mierda. Fue a ver a Janusz, que le dio unas píldoras y le prometió una cama. El día anterior a su ingreso, Lev tuvo una bronca a gritos en su barracón, por una aguja de coser (es decir, una espina de pescado), y lo denunciaron de inmediato

—metieron su nombre en el buzón de sugerencias de la oficina de los guardias—. En lugar de una semana en la enfermería se pasó una semana en la celda de aislamiento, en ropa interior, en cuclillas sobre un banco, en un suelo con dos palmos de altura de aguas inmundas.

La asiduidad de lo total. El estado total: la obra maestra del sufrimiento.

Aquella semana tuvo para mí un color de turbulencia. Seguro que te acuerdas de mi «prueba» —enmarcada en el otoño de 2001— de la inexistencia de Dios, y lo satisfecho que me sentía de ella. «No te preocupes, de momento, de las hambrunas, de las inundaciones, de la pestilencia, de la guerra: si Dios se preocupase de verdad por nosotros, jamás nos habría dado la religión.» Pero este flojo silogismo se desmonta con facilidad, y todas las cuestiones de la teodicea sencillamente desaparecen..., siempre que Dios sea ruso.

Y nosotros, el pueblo, seguimos pidiendo más. ¡Maldita sea, nos encanta! Aquella semana tuvo para mí un color terrible, pero cuando Lev salió, andando de aquel modo, y con la cabeza ladeada en aquel ángulo, más o menos acepté el hecho de que Norlag no iba a acabar con él (no Norlag por sus propios medios, al menos). Lev iba a aguantarlo.

3. «¡LOS FASCISTAS NOS ESTÁN VAPULEANDO!»

—Lo que me preocupa —dijo (medio año después)— es en qué condiciones voy a estar cuando salga, si salgo. No me refiero sólo a lo delgado o lo enfermo que pueda estar. O lo *viejo*. Me refiero a aquí arriba. En la cabeza. ¿Sabes en qué creo que me estoy convirtiendo?

En un idiota.

—Exacto. Bien. Así que no soy yo sólo...

Nos pasa a todos.

—Qué mal, entonces. Porque seguramente significa que es cierto. Mis pensamientos... ya no son pensamientos. Son impulsos. Todo muy en el orden de «frío, caliente». Sopa fría, sopa caliente. ¿De qué voy a hablar con mi mujer? Todo lo que se me ocurre es sopa fría, sopa caliente.

Tendrías que hablar con ella como estás hablando conmigo.

—Pero es tan *agotador* hablar contigo. Ya sabes a lo que me refiero. Dios. Imagínate que no estamos aquí. Juntos, quiero decir.

El atardecer era cálido y luminoso, y estábamos fumando sentados en las escaleras de la fábrica de juguetes. Sí, la fábrica de juguetes, porque la economía del campo era tan variada como la economía del Estado. Producíamos de todo, desde uranio a cucharillas. Yo, por ejemplo, trabajaba en la producción en masa de unos vulgares conejitos de cuerda con baquetas en las patas delanteras y un pequeño tambor pegado a la cintura.

Dos jóvenes presos pasaron por nuestro lado con paso profesoral, uno con las manos enlazadas a la espalda y el otro haciendo grandes gestos.

—Lo único que me importa, a fin de cuentas —estaba diciendo el segundo hombre—, son las tetas.

—No —decía el otro—. No, las tetas no. El culo.

—... Novatos —dijo Lev.

Me encogí de hombros. Los varones jóvenes, después de su llegada al campo, hablaban de sexo y hasta de deportes durante un par de semanas, luego de sexo y comida, luego de comida y sexo, luego de comida.

Lev bostezó. Su color había mejorado. Había pasado por la enfermería, y Janusz le había puesto una tanda de penicilina suave. Pero tenía los labios y las uñas azules —por el hambre, no por el frío—, y una pigmentación parduzca alrededor de la boca, más intensa que cualquier bronceado. Todos la teníamos: hocico de gran simio.

—Se hace difícil cuando estás cubierto de piojos —dijo—. Pero es bueno pensar en el sexo.

Lamento mucho decir, Venus, que éste era para mí un tema *extremadamente* delicado. Ya ves, me las había arreglado para convencerme de que los lazos de Lev

con Zoya eran en gran medida espirituales. Que eran, de hecho, bastante platónicos. Qué alivio para ella, me decía a mí mismo, después de todas sus vicisitudes amorosas. E incluso experimentaba cierto placer al imaginar el tipo de velada que tendrían juntos normalmente. Quitaban los platos de la cena sencilla, los fregaban por turnos en la pila; Gretel, un poco tímida, se ponía los calcetines gruesos y el camisón de tela basta, y Hansel, en camiseta y calzoncillos largos, suspiraba y le daba un besito en la mejilla, y se volvían cada uno hacia un lado, espalda con espalda, y dejaban escapar sendos gruñidos de complacencia, y se entregaban al merecido sueño... Y mientras Lev yacía en su pequeña muerte, la otra Zoya, el sudoroso súcubo, se levantaba como una niebla y venía a mí.

—Pero no es *pensamiento*, en realidad, ¿no? Es algo que se parece más a «sopa fría, sopa caliente».

Está la poesía, dije.

—Cierto. Está la poesía. A veces soy capaz de empeñarme en un verso o dos durante medio minuto. Pero enseguida doy un respingo y vuelvo a lo que estaba haciendo.

Le conté lo de la profesora de treinta años del bloque de las mujeres. Se recitaba a sí misma *Eugenio Onegin* todos los días.

—¿Todos los días? Ya, pero hay días en que no tienes ganas de leer el..., el jodido *Jinete de bronce*.

Es cierto. Hay días en que no tienes ganas de leer el..., el jodido *Cantar de las huestes de Igor*.

—Es cierto. Hay días en que no tienes ganas de leer el...

Y seguimos así otra hora, antes de echar a andar a tientas hacia los barracones.

Luego vinieron los cambios. Pero antes de llegar a ellos es necesario que describa un breve rodeo interno: un golpe de suerte. Sugiero, querida mía, que te aproveches de este interludio o respiro, y que lo utilices, quizá, para tomar nota de mis mejores cualidades. Porque pronto voy a empezar a hacer cosas muy malas.

Nunca llegamos a ver al administrador jefe Kovchenko, pero oíamos hablar de él —de su abrigo de oso polar, de sus botas de piel de foca hasta las ingles...—. De vez en cuando aparecía una nota en el tablón de anuncios, en la que se pedía los servicios de internos músicos, actores, bailarines, atletas para que entretuvieran a sus invitados (colegas administradores jefes o inspectores de la central). Después de su actuación, los artistas recibían una cuba con las sobras. Era fascinante: algunos volvían enfermos de tanta comida, e incluso había quien moría víctima del atracón.

Un día Kovchenko puso una nota firmada en la que pedía «un preso con experiencia en la instalación de “televisores”». Yo nunca había instalado un televisor, pero había destripado uno en el Técnico. Le dije a Lev que me acordaba

perfectamente de cómo lo había hecho, y nos presentamos voluntarios. Pasó una semana sin que sucediera nada. Y por fin un día nos llamaron por el nombre, nos alimentaron y asearon y nos montaron en un jeep y nos llevaron a la finca de Kovchenko.

Lev y yo esperamos de pie, escoltados por unos guardias, en lo que hoy describiría como un pabellón, una especie de glorieta octogonal, con calefacción, banco de trabajo y herramientas. Entró Kovchenko, enjuto y extrañamente profesoral con sus pantalones de montar y su chaqueta de tweed. Empujaron con solemnidad hasta el interior del recinto un cajón de metal provisto de ruedas, y dos hombres, que parecían jardineros, empezaron a desembalarlo. «Caballeros», dijo Kovchenko, respirando honda y ruidosamente, «preparense para contemplar el futuro.»

Levantaron la tapa y miramos dentro, y vimos un amasijo de válvulas y cables y tubos.

Así que empezamos a ir al pabellón todos los días. Día tras día salíamos del aliento espeso del campo y entrábamos en un mundo de temperatura ambiente, ventanales, comida abundante, café, cigarrillos americanos y fascinación continua.

Al cabo de dos meses logramos ensamblar algo parecido a un pez abisal especialmente poco agraciado, amén de —en el porche trasero, al aire libre— una torreta de antenas. Lo único que llegamos a conseguir en pantalla fueron fugaces representaciones de la temperatura exterior: ventiscas nocturnas, aguanieve oblicuo contra un vacío negro carbón. Una vez, en presencia del jefe, captamos lo que podía o no ser una carta de ajuste, lo que complació mucho a Kovchenko, cuyas expectativas ya no eran demasiado elevadas. El aparato fue trasladado a la casa principal. Más tarde oiríamos que fue colocado sobre un pedestal en el vestíbulo, para exhibirlo como una pieza de metalistería antigua o una escultura brutalista.

También nosotros habíamos querido contemplar el futuro. Ahora retornábamos al pasado, a los mecanismos de cojinetes, de hecho, en los que apenas «entrabas en sintonía» cada cinco segundos y pensabas «sopa fría, sopa caliente». Por aquella época llegué a la convicción de que el aburrimiento era el segundo pilar del sistema (el primero era el terror). En la escuela, Venus, nos enseñó gente dispuesta a mentir a los niños a cambio de un medio de subsistencia; estabas allí sentado recibiendo información que sabías que era falsa (ni la escuela de mi madre era distinta). Más tarde descubrías que todos los temas interesantes eran controvertidos e imposibles y nadie se atrevía a estudiarlos. El discurso público era tedioso, los periódicos y la radio no eran más que ese runrún que viene de la habitación de al lado, y los mítines eran soporíferos, y toda conversación fuera de la familia era mortalmente aburrida, porque nadie podía decir lo que le habría salido espontáneamente. La burocracia era aburrida. Hacer cola era aburrido. El sitio más estimulante de Rusia era la prisión de Butirka, en Moscú. Entiendo por qué necesitaban el terror, pero ¿por qué necesitaban

el aburrimiento?

Ésa era la gran zona. Ésta era la pequeña zona, el otro extremo, el del trabajo esclavo. En libertad, todo ciudadano que no perteneciera a la *nomenklatura* conocía el hambre perpetua —las contracciones y sorbetones involuntarios del esófago—. En el campo, el hambre te daba patadas parecidas —imagino— a las del feto en el vientre de la madre. Y pasaba lo mismo con el aburrimiento. Y el *aburrimiento*, a estas alturas, ha perdido toda asociación con la mera lasitud e insipidez. El aburrimiento ya no es la ausencia de emoción; es en sí mismo una emoción, y una emoción violenta. Un berrinche mudo de tedio.

Otra cosa, que podía contabilizarse en el lado del haber, era que los dos nos hicimos muy amigos de Janusz, el preso médico. Hacía todo lo que estaba en su mano por nosotros, y sólo con estar cerca de él diez minutos te sentías una pizca menos enfermizo. Alto, ancho, de veinticuatro años, tenía un pelo negro y selvático que le crecía con fuerza anárquica; solíamos decir que cualquier peluquero que tuviera que adentrarse en él pediría un plus de peligrosidad. Janusz era un médico judío íntimamente atrapado en una impostura. No fingía ser cristiano (poco importaba ser una cosa u otra allí en el campo). Fingía ser médico. Y no lo era —no todavía—. La más comprometida de las situaciones. Aunque no habría sido tan dura para él si no hubiera sido tan amable, tan bueno, tan constantemente conmovido por todo lo que veía. En aquellas operaciones del principio tenía que aventurarse al tacto en el interior del cuerpo humano con un cuchillo en la mano. Lo primero es no hacer daño.

Camiones y tropas, decía el rumor. Camiones y tropas. Eso significaba Moscú, y cambio de política. El Comité Central había tomado una decisión, que llegó hasta nosotros en forma de reflectores y ametralladoras.

En todo momento y en cualquier época del año la población del campo era un flujo continuo, con diversas multitudes reubicadas, liberadas, reencarceladas, trasladadas, internadas (y fue asombroso, por cierto, el hecho de que a mi hermano y a mí nos separaron sólo una vez, y durante sólo un año). Nuestro empeño, a la sazón, era escudriñar en esta aritmética del movimiento, y tratar de discernir algo que pudiera recibir el nombre de *intención*...

Lev estaba junto a la ventana del barracón, mirando hacia fuera, levantando y bajando casi imperceptiblemente la cabeza —su modo de liberar la ansiedad—. Dijo:

—Escucha. Anoche Arbachuk me acorraló detrás de la carpintería. Pensé que al fin iba a conseguir violarme, pero no. Estaba sin habla, acongojado, muy triste. Y entonces fue y me cogió la mano, y me la apretó... Ya ha estado así otras veces. Pero ahora creo que me estaba diciendo adiós. Van a trasladar a las bestias.

Dije que aquello tenía que ser bueno para nosotros.

—¿Por qué bueno? —Se volvió—. ¿Desde cuándo nos hacen algún bien? Sé

cómo sobrevivir aquí. Tal como están las cosas. ¿Qué van a hacer a continuación?

Estábamos encerrados en los barracones, y nos pasábamos los días mirando y mirando por la ventana. Y no teníamos ningunas ganas de estar en la zona central, no en aquel momento, con aquellos perros y aquellas columnas de hombres y aquella nueva correlación de fuerzas. Las torres de vigilancia... —los reflectores desviados y las cúpulas semejantes a cascos militares, y el abanico de cañones asomando bajo el ápice, en ángulos rectos, como dientes escorbúticos—. En momentos así, yo solía pensar que estaba jugando un partido —de hockey sobre hielo, por ejemplo— a cámara lenta (como en un sueño, pero un sueño letal: suma cero, muerte súbita); en la que yo era el portero, es decir alguien excluido de la acción salvo cuando ha de responder a ominosas situaciones de emergencia.

Aislaron a las bestias, y se las llevaron en camiones —la forma más sencilla, supusimos, de poner término a la guerra entre las bestias y las putas—. Pero luego aislaron también a las putas. Y en cuanto se las llevaron aislaron a las langostas, y luego a las sanguijuelas. Si no contabas a los comemierda, a los que tampoco trasladaron, sólo quedamos en el campo los políticos y los informadores: los fascistas y las serpientes.

Lev dijo, mirando hacia el exterior:

—Dios, ¿alguien lo quiere más claro? Nos están aislando a *nosotros*.

... Van a soltarnos a todos, dije.

—O a fusilarnos a todos —dijo Lev.

Durante las semanas siguientes nuestro sector, recién diezmado, empezó a poblarse de nuevo. Y todos los que llegaban eran fascistas. Nos estaban aislando a *nosotros*. ¿Por qué? ¿Por qué nos estaban dando —en todos los ámbitos del sistema— exactamente lo que queríamos —por qué nos liberaban, por qué nos despertaban de nuestro sueño?

Para leer la mente de Moscú, en 1950, habría sido necesario estar: en las antenas, en la torreta de vigilancia, en la babosa que devoraba sin método el cerebro del líder. Pero no estábamos en aquella torreta. Digo esto con un encogimiento de hombros, pero la hipótesis más verosímil, hoy día, es que Iósif Vissarionovich había empezado a temer por la integridad de los delincuentes comunes.

El poder que se nos atribuía —incluido el poder de contaminación— no era real (aún no éramos una fuerza). Y ahora ese poder se estaba manifestando en nosotros. El proceso llevó cosa de un mes. Éramos como ciegos que recuperaran la vista. Era cuestión de ojos que se volvían hacia otros ojos y mantenían la mirada. Despuntaba en nosotros la conciencia. Los políticos se miraban unos a otros a la cara —y se convirtieron en políticos.

Dos cosas siguieron a esto. El cambio político en Moscú supuso el final —el

suicidio involuntario— del sistema del trabajo esclavo. Supuso asimismo que Lev y yo nos hiciéramos enemigos. Se toma una decisión alrededor de una mesa, en un recinto situado a mil quinientos kilómetros de distancia..., y dos hermanos deben ir a la guerra. Éste, Venus, es el sentido —el alcance hora a hora— de los sistemas políticos.

Pero no voy a hacerte perder el tiempo con la política. Te diré lo que necesitas saber. Y me temo que no puedo dejar de contarte la historia de un guardia llamado Uglík, la terca historia del camarada Uglík. Mirando hacia atrás, hoy veo lo que era aquella política: la política de los hermanos siameses, de los tritones, de las mujeres barbudas. La política de esa babosa llamada arteriosclerosis.

—¡Los fascistas nos están vapuleando! ¡Los fascistas nos están vapuleando!

Este grito (no carente de cierto encanto, incluso entonces) habría de oírse a menudo en el verano de 1950. Empezamos a apalear a las serpientes, los «uno de cada diez». Ya no se demoraban en las mesas del comedor, besándose las puntas agrupadas de los dedos para indicar cuánto habían disfrutado con sus dobles raciones. Ahora, cuando volvían por el patio hacia la oficina de los guardias, no era para hacer una delación extra a cambio de un cigarrillo: era para suplicar que les dejaran refugiarse en el bloque de castigo, con su par de palmos de aguas inmundas y sus orondas chinches.

Nuestro método preferido para castigarlos era lo que llamábamos «el lanzamiento». Algo tradicional entre los campesinos, siempre conscientes de la escasez de materiales. No hagas que el cuchillo pierda el filo, ni maltrates el garrote: deja que se encargue de ello la ley de la gravedad. Un hombre por cada extremidad, tres balanceos preparatorios, y al aire van, como troncos, y se estampan contra el suelo. Vuelta a empezar, y un nuevo lanzamiento. Hasta que ya no agitan en el aire brazos y piernas. Entonces los dejamos para que se encarguen de ellos los cerdos: bolsas y bolsas de lona llenas de huesos rotos.

Pareces disgustado, hermano, dije, al entrar en el barracón sacudiéndome las manos.

—Tú no eres mi hermano.

Aguardé. Todo el mundo acudía en tropel y se arremolinaba para ver un lanzamiento. Lev no: él siempre se iba.

—Lo que estoy diciendo —dijo— es que no te reconozco. Eres igual que Vad. ¿Sabes qué? Te has unido al rebaño. De repente eres igual que todos los demás.

Lo cual era absolutamente cierto. Estaba irreconocible. En cuestión de semanas me había convertido en un estajanovista de la subversión, un agitador «de choque»: exigencias y manifestaciones, piquetes, reclamaciones, protestas, provocaciones. Ah, estás pensando en: sustitución, transferencia; el mecanismo de la sublimación. Y es

cierto que deliberadamente abrazaba el calor químico de la emoción de masas, y la intensa euforia del poder. Pero nunca perdí de vista la posibilidad de un resultado, y de un posible futuro.

—Te pido que tengas en cuenta mi posición. Has elegido un camino, tú y tu rebaño —me estaba diciendo—. La violencia y la escalada. Sabes de sobra lo que va a suceder.

Durante un brevísimo período de tiempo pareció que el aislamiento de los políticos, como política, tenía un trasfondo: íbamos a ser explotados hasta la muerte (menos comida, más horas de jornada). Pero los cerdos seguían con sus cuotas, y ahora se nos había brindado el arma de la huelga.

En cualquier caso, yo me hallaba en situación de decir, con cierta indignación: Oh, ya entiendo. Quieres la jornada de dieciséis horas y la ración de castigo. Bien, pues nosotros no.

—Has ganado esa batalla. Dios, eso fue hace ocho o nueve peleas. Y los cerdos no van a seguir reculando. Sabes perfectamente lo que va a pasar. O puede que no. Porque estás corriendo con el rebaño. Mírate. Con el rebaño, armando un estruendo de mil demonios.

Aguardé de nuevo.

—Lo que vais a conseguir es una guerra con el Estado. Una lucha a muerte contra Rusia. Contra la Cheka y el Ejército Rojo. Y esperáis ganar, ¿no es eso?

No lo dije, pero siempre supe lo que se nos venía encima. Siempre lo supe.

—Muy bien. Te lo pediré por última vez. Y te estoy pidiendo mucho. Aquí hay tres o cuatro hombres que tienen en su mano la posibilidad de hacer que el rebaño se detenga. Y uno de ellos eres tú. Por favor, ten en cuenta mi posición. Tengo que pedírtelo. Y es la última vez que te pido algo de hermano a hermano.

Me pides la Luna, Lev.

—Entonces va a morir uno de los dos —dijo, apartando los ojos de los míos y cruzando los brazos.

No todos nosotros tenemos una buena razón para vivir, dije. Algunos moriremos. Y otros no.

Sé cómo te sientes en relación con la violencia. Sabía lo que pensabas de ella desde el principio. La película que íbamos a ver en la televisión, en el cuarto de estar de Chicago, era de hecho una comedia; pero había un puñetazo, y una nariz que sangraba. Saliste corriendo de la sala, llorando. Y al abrir la puerta hacia dentro el pomo de latón te dio de lleno en el ojo. Así de alta eras cuando descubriste que el mundo era duro.

El día de Año Nuevo de 1951, las autoridades tomaron represalias: tres hombres de nuestro centro fueron confinados en el bloque principal de castigo, donde habían

encontrado refugio treinta o cuarenta informadores. Aquella noche, oímos, éstos iban a recibir hachas y alcohol, y los guardias iban a dejar abiertas todas las celdas.

Así que, de inmediato, enviamos un mensaje. También nosotros cambiábamos de política. Ya no íbamos a pegar más a las serpientes. Dejaríamos de vapulearlas: les daríamos muerte. Yo mismo maté a tres.

Y ahora arráncate esos ojos occidentales. Arráncatelos, y coge el otro par... Estos otros no son los ojos de un Temachin o un Hugalú, oblicuos y de párpados caídos, ni los de Iván el Terrible, paranoides y píos, ni los de Vladímir Ilich, a un tiempo pueriles y oteadores de horizonte.^[7] No, estos otros son los ojos de la vieja campesina de ciudad (drásticamente urbanizada), que está a gatas en el arcén de la carretera, y es testigo del hambre y la desesperación, de la injusticia permanente y universal, de atrocidades sin cuento. Unos ojos que dicen: basta... Pero ahora veo tus ojos ante mí, tal como son en realidad (de iris castaños, de blancos vergonzosamente limpios); y amenazan con la retirada decisiva del amor, al igual que hizo Lev hace medio siglo. De acuerdo. Al poner mi historia por escrito creo un espejo. Me veo a mí, a mí mismo. Mira esta cara. Mira estas *manos*.

Una vez Lev me vio cuando acababa de matar a un hombre: mi segunda víctima. Me describiría su encuentro conmigo años después. Voy a reseñar cómo recordaba él el episodio, su versión..., porque yo no tengo buena memoria. Y no tengo ninguna versión.

Manchado de sangre, jadeando como un perro que se ha pasado el día corriendo, empujé a Lev hacia un lado en la entrada de las letrinas. Alcé el antebrazo y lo pegué contra la pared y dejé caer la cabeza sobre él, y con la otra mano tiré de la cuerda que me ceñía la cintura y vacié la vejiga copiosamente y (me dijeron) con un gruñido de gratitud. Hice una pausa y emití otro sonido: una espiración con la boca abierta, mientras sacudía la cabeza hacia la derecha y me liberaba la frente del calor cosquilleante de una guedeja. Levanté la mirada. Esto sí lo recuerdo. Me estaba mirando fijamente, con los dientes al descubierto y un ceño muy profundo. Señaló con el dedo y dirigió mi atención al cinto de cuerda deshilachada, a los pantalones bajados. No puedo evitar pedirte que imagines lo que vio.

—Sé dónde has estado —dijo—. Has estado en la *mojada*.

Que es como llamábamos a matar. La *mojada*.

Dije: Bueno, alguien tiene que hacerlo. Barracón Tres, Preso 47. No tenía la conciencia limpia.

—No es cierto que no tuviera la conciencia limpia. Ahí está el asunto.

¿De qué diablos estás *hablando*?

—Mira tus ojos. Eres como un Viejo Creyente. Ah, besa la cruz, hermano. Besa la

cruz.

Besar la cruz: era nuestro modo abreviado de referirnos a la práctica de la religión. Porque eso era lo que hacían en la iglesia antes de que se ilegalizara el cristianismo (al igual que todos los demás credos): besaban la cruz, el instrumento de muerte. Lev me estaba diciendo que mi mente ya no era libre. Que era como decirme que mi percepción de todo aquello, en aquel momento, no era mental sino física. Yo era un esclavo que había recuperado su cuerpo. Y ahora volvía a ofrecerlo —esta vez libremente—. Todo era cierto. Pero nunca dejé de albergar el otro pensamiento y los otros cálculos.

Años después, en una fase muy diferente de mi existencia, sentado en el balcón de un hotel, en Budapest, bebiendo cerveza y comiendo frutos secos y aceitunas después de una ducha y antes de salir para una cita nocturna con una dama amiga, leía las famosas memorias del poeta Robert von Ranke Graves (de padre inglés y madre alemana). Estaba muy impresionado, y también muy reconfortado por su confesión de que le había llevado diez años recuperarse —moralmente— de la Primera Guerra Mundial. Pasó su década de convalecencia en una isla del Mediterráneo. Yo pasé la mía en el Círculo Polar Artico, en trabajos forzados.

Tardé algún tiempo en comprender lo que había querido decir Lev al afirmar, de la serpiente que yo había matado: «No es cierto que no tuviera la conciencia limpia. Ahí está el asunto»... En libertad, en la gran zona, el informador arruinaba vidas. En el campo —la pequeña zona—, el informador empeoraba, y a veces acertaba, las vidas ya arruinadas. Denuncias anónimas, para mejorar la situación propia: algo profundamente criminal, sin duda, y profundamente ruso, porque sólo los criminales rusos piensan que no lo es. Todos los demás criminales, en todo el mundo, piensan que lo es. Pero los criminales rusos —tanto los compañeros de reclusión de Dostoievski («a un informador no se le somete nunca a la más leve humillación; a nadie se le ocurre nunca reaccionar con indignación contra él») como el presidente actual, sí, Vladimir Vladimirovich (que ha expresado lisa y llana consternación ante la idea de arreglárselas sin su *taiga* de soplones anónimos)— piensan que no lo es.^[8] En el exterminio de las serpientes, por consiguiente, soy culpable de lo siguiente: sabían lo que estaban haciendo, pero no sabían que lo que estaban haciendo estaba mal. «¡Los fascistas nos están vapuleando! ¡Los fascistas nos están vapuleando!» Ahora veo ese oscuro hechizo..., el *pathos* de ese grito escandalizado. Luego dejamos de atizarles, y empezamos a matarlos. Yo maté a tres. No podría haber matado a un cuarto, Venus, pero maté a tres.

El campo no era más que más guerra, Venus, más guerra, y la degradación moral de la guerra... La guerra entre las bestias y las putas fue una guerra civil o sectaria. La guerra entre las serpientes y los fascistas fue una guerra «delegada». Ahora que las serpientes ya no estaban (habían sido trasladadas y barridas como clase), las tropas,

en formación de batalla, se aprestaban para una guerra revolucionaria: la guerra entre los fascistas y los cerdos.

En la primera guerra, Lev fue un inocente espectador (todos lo fuimos), y un objetor de conciencia en la segunda. Nadie pudo evitar la tercera guerra. Y él resultó herido muy poco después de que rompieran las hostilidades.

4. «LES PRESENTO AL CAMARADA UGLIK»

Los cerdos.

Eran todos semianalfabetos, pero hasta yo podía recordar las postrimerías de un tiempo en el que los cerdos eran tan diversos en lo humano como los propios presos —ora crueles, ora amables, ora indiferentes—. Teníamos otras cosas en común. Estaban casi tan helados, famélicos, sucios, enfermos, esclavizados y aterrorizados como nosotros. Pero ya habían evolucionado. Ahora eran de segunda generación: cerdos, e hijos de cerdos. Y lo que estábamos viendo era el nacimiento de unos seres humanos de nuevo tipo. Y uno de ellos era el camarada Uglík.

Yo fui la sombra de mi hermano a lo largo de los años, y di algunas palizas discretas en su nombre. Pero nada pude hacer en el caso de Uglík. Lev tuvo mala suerte, eso es todo.

Le pregunté: ¿Por qué lloras?

Eran las primeras palabras que le dirigía en diez u once meses. En aquella época (enero de 1953) el estatus de Lev en el campo era parejo al de los comemierda —e incluso más bajo, durante un tiempo, porque a los comemierda simplemente se les tenía lástima, y se les ignoraba, mientras que Lev estaba condenado al ostracismo—. Ahora había gente que lo respetaba un poco más. Lo cual tenía algo que ver con su tamaño y figura: pequeña y encorvada, de hombros caídos bajo una cara arrugada, siempre sola, distante, antagónica. Un tipo sin barbilla, por supuesto, pero todo él tan desafiante como un enano de quijada exigua que plantara cara a todo el mundo en una calle urbana. No es que cruzara la línea de un piquete ni se apartara de una sentada ni nada parecido. Su oposición era moral y pasiva y silenciosa. No participaba del espíritu del entorno. No quería entrar en el redil. Lev tenía entonces veinticuatro años.

Le pregunté: ¿Por qué lloras?

Se estremeció, como si mi voz —que le había dejado de ser familiar— entrañase alguna dureza contra él. O quizá entrevió la impía mixtura de motivos que se escondían tras mi pregunta... De todas las libertades conseguidas en el curso de los dieciocho meses anteriores, la que más me importaba a mí —había caído en la cuenta — era que me hubiera podido quitar el número de la espalda. La que más le importaba a Lev, sin embargo, era el derecho a la correspondencia. *Su* derecho: no el de nadie más. Luchó por él en solitario, y lo logró para él solo; y también por esto le daban de lado. Ahora estaba sentado en el tocón de un tronco, en el bosquecillo de detrás de la enfermería, con la primera carta de Zoya en una mano y la cara sollozante sobre la otra. Si me preguntaran si albergaba la esperanza de que todo hubiera

acabado entre ellos, la respuesta —bajo los efectos de la droga de la verdad— habría sido algo como: Bueno, eso sería un *comienzo*. Y espero que ella no se haya andado con lindezas. Porque eso tampoco creo que me hiciera ningún bien.

—Estoy llorando... —Agachó la cabeza, y se quedó absorto en la tarea de meter las hojas de papel de seda en su faltriquera arrugada; pero cada vez que estaba a punto de lograrlo tenía que levantar un dedo para quitarse el picor de la nariz—. Estoy llorando —dijo—, porque estoy tan *sucio*...

Me quedé callado unos segundos. Dije: ¿Y todo lo demás está bien?

—Sí. No. En la libertad se habla de Birobidzhán. Están construyendo barracones en Birobidzhán.

Birobidzhán era una región de la frontera nororiental de China (en su mayor parte —y con muy buen juicio— deshabitada), y desde la década de los años treinta se hablaba de reasentar en ella a los judíos.

—Están levantando barracones para ellos en Birobidzhán. Janusz cree que van a colgar a los médicos judíos en la Plaza Roja. El país está histérico con eso, la prensa... Y los judíos tendrán que apechugar con lo que les viene e irse a Birobidzhán. Ahora, si me disculpas... No me llevará más que un minuto.

Y durante un minuto lloró. Lloró de un modo musical. Lloraba —dijo— porque estaba tan sucio... Le creí. Estar tan sucio te hacía llorar más a menudo que tener tanto frío o pasar tanta hambre. Y ya no teníamos tanto frío ni tanta hambre —ya no—. Pero estábamos tan sucios. Teníamos las ropas tiesas, casi como si fueran de madera, de corteza, y llenas de mugre. Y, debajo de esa madera, cochinillas y carcomas.

—Ah, mucho mejor. Me asombra cómo las mujeres están tan limpias —continuó, como hablando consigo mismo—. Quizá se lamen, como los gatos. Y nosotros somos como perros que se revuelcan en la mierda. Bueno —dijo, volviéndose hacia mí—, tengo un dilema. Tal vez puedas ayudarme a resolverlo.

Fijó los ojos en mí y sonrió —sus bonitos dientes...—. Me di cuenta de que seguía dándome miedo aquella sonrisa.

—Este sitio —dijo— no es bueno. No puedo quedarme aquí. Me voy. Se acabó. *Esto* no es bueno. Aquí todo el mundo va a morir.

Dije: Viene un tiempo en el que tendrás que...

—Oh, no me vengas a mí con eso... Todo el mundo me viene con eso aquí en el campo. La cuestión es que se me necesita urgentemente fuera, libre. Para proteger a mi mujer. Así que... Tengo dos opciones. Puedo fugarme.

¿Adónde? ¿A Birobidzhán?

—Puedo fugarme. O puedo hacerme informador.

Dije: Hoy vamos a las duchas.

—Venga, tómame en serio. Piénsalo bien. Piénsalo bien. Si me hago informador,

es posible que me indulten. Tal como están las cosas. Ya sabes, darles una lista de todos los cabecillas de las huelgas. Podría intentarlo. Y tú, entonces, podrías matarme. ¿Y sabes lo que conseguirías si me mataras? —Cerró los ojos y movió la cabeza de arriba abajo, y volvió a abrirlos—. Que se te pusiera dura.

Dije: Hoy vamos a las duchas.

Miró al suelo, y dijo:

—Esa es otra razón para llorar.

Siempre íbamos juntos a las duchas. Incluso cuando no nos hablábamos ni nos mirábamos a los ojos. Y para ducharse había turnos. Seguro que piensas que a las duchas quería ir todo el mundo, pero muchos hombres se exponían a una paliza con tal de librarse de la ducha (o de posponerla, al menos). Ninguna de nuestras innumerables acciones de agitación tuvo el menor efecto en las duchas. Era bastante posible, por ejemplo, salir aún más sucio de lo que habías entrado. Y una de las razones de ello era institucional o sistémica: la falta de jabón. No faltaba siempre el agua, pero parece ser que siempre faltaba el jabón. Incluso en una fecha tan tardía como 1991, los mineros del carbón fueron a la huelga por el jabón. *Jamás* ha habido jabón en la Unión Soviética.

Estábamos en fila india bajo el aguanieve. Luego, de pronto, estábamos un centenar de nosotros en un vestuario en el que había apenas doce colgadores. Y de repente hubo jabón: pequeños glóbulos negros, que nos fueron repartiendo de un cubo. En este punto, todo lo que llevábamos encima menos el abrigo lo echábamos en un montón (luego nos redistribuirían la ropa de forma aleatoria), y como nos duchábamos por turnos podríamos vigilar nuestros bienes más preciados: un trapo extra para los pies, una cuchara de más... Lev entró primero, con su cazo de agua templada. Miré mi glóbulo negro. Me lo llevé a la nariz. Olía como si en su creación hubiera sido transgredida alguna sacrosanta ley física.

Y fue entonces cuando me di cuenta de que, en el bolsillo del pesado fardo que sostenía en los brazos (la ropa de Lev), estaba la carta... Después de cuatro años de guerra y casi siete de campo, mi integridad —pensarían quizá algunos— había soportado cierta tensión. Violador sólo en tiempo de guerra (o eso parecía entonces), ejecutor a sangre fría (aunque también tumefacto), pretendía —siempre que pensaba en ello— volver a ser la clase de hombre que había sido en 1941. Y ahora, por supuesto, lloro al pensar que creí que tal cosa era posible. La clase de hombre que llamó la atención de un librero sobre el hecho de que le había cobrado de menos; la clase de hombre que cedía el asiento a los ancianos y a los enfermos; la clase de hombre que jamás leería primero la última página de una novela, sino que llegaría a ella por medios honrados; y así sucesivamente. Pero allí estaba la carta de Zoya, y la cogí.

Existen razones utilitarias y egoístas para portarse bien, descubrimos al cabo.

Pasé muy malos tiempos en el campo, no hay duda, pero aquellos cinco minutos, bajo los vahos parduzcos de las duchas, me engendraron medio siglo de dolor... Las noticias familiares (la mala salud de su madre, su mejora), su nuevo trabajo en la fábrica textil de Kazán, la idea de una «patria» en el este, las ardientes y repetitivas declaraciones de amor..., todo esto lo ventiló en el primer párrafo. El resto —cuatro caras densas— era, por supuesto, de estilo esópico. Y la fábula se desarrollaba en tres fases: Zoya describía la disposición de un florero, y luego la preparación e ingestión de una comilona. La traducción era sencilla: una *toilette* maratoniana (con mucha pose y mucho acicalamiento), una saturnal de juegos preliminares y una misa negra de copulación contorsionista. Hasta su letra —pese a ser diminuta— parecía absolutamente indecente, libertina..., entregada a la impudicia.

Lev salió y yo entré.

Las visitas conyugales, en la Casa de los Encuentros, no habían empezado todavía. Para la de él aún faltaban tres años y medio.

La brigada de Lev, aquella mañana (14 de febrero de 1953), recibió nuevas asignaciones y nuevo equipo, y empezó su jornada más tarde que de costumbre. Los cerdos, al verlos cruzar el sector central, detuvieron la columna. Y uno de ellos dijo:

—Tenemos un visitante distinguido, caballeros. Les presento al camarada Uglik.

¿Uglik? Si le quitabas el uniforme (y las botas de montar y el pañuelo de cuello), parecía más un urka que un cerdo. Y los urkas —he de decir— estaban llenos de vitalidad física. A veces te sorprendías pensando que si la vida humana acababa de todas formas a los veinticinco años, resultaba harto recomendable ser un urka. Mientras que, en el caso de los cerdos, el único atisbo de humedad y movilidad en sus grises y herméticas caras era el vago vaho de retrete que despedían cuando se les hostigaba para que despertasen. Uglik sólo estuvo una semana entre nosotros, y de forma activa durante apenas un día y una noche. Pero jamás lo olvidó nadie.

Tenía la cara tersa y de una sensual tonalidad rosada, con labios carnosos y húmedos y un tanto prominentes. Sus ojos eran decididamente flamígeros. Si mirabas aquellos ojos, sentías no sólo miedo sino también ese tipo de depresión que normalmente tarda una semana en gestarse. Eran unos ojos de un vigor apabullante. Uglik, creo, venía del futuro. Hasta entonces, el guardia estándar del Gulag era producto de esos residuos adormecidos que suelen encontrarse en toda sociedad: sádicos y subnormales (y los onanistas más pálidos, fríos y húmedos), que tenían en sus manos un poder enorme; y en sus mejores momentos, en sus momentos de claridad y franqueza, todos ellos se daban cuenta de eso. Por eso preferían con mucho torturar a un cosmólogo o a un bailarín de ballet que a un violador o a un asesino. Querían a alguien bueno. Criado como un cerdo, y por un cerdo, Uglik era diferente. Nunca se sintió subnormal. Y saberse libre de una vergüenza consciente le había

facultado para desenvolverse como un extrovertido. Por otra parte, era alcohólico. Y eso explicaba por qué estaba allí, degradado como castigo a toda una serie de escándalos en varios campos de Asia central meridional. Nos estaban mandando a su gente sin remedio. En aquel momento, a Uglík le quedaban dos meses de vida.

—Les presento al camarada Uglík.

Los guardias detuvieron a la cuadrilla de trabajo (la brigada de Lev), y pidieron al camarada Uglík que la inspeccionara. Él fue pasando de espantajo en espantajo, airoso, flexionando las rodillas y con una sonrisa cortés, como si —contaría Lev— estuviera eligiendo pareja para un baile. Que era lo que de hecho hacía. Y quería que ésta fuera joven y fuerte, porque quería que el baile durase mucho tiempo. Al final se decidió por uno de los hombres (Rovno, el ucraniano grande y corpulento), y dictaminó la infracción: tocado no reglamentario. Entonces Uglík se enfundó los dedos alzados en un par de guantes de cuero negro.

Normalmente, un cerdo te pegaba más o menos según un método, como alguien que cortara con un hacha el tronco de un árbol. Uglík, como es lógico, intentó montar un espectáculo, y lo logró, con numerosas fintas y giros, y vueltas y paseillos de nalgas prietas de torero —pequeñas pausas para el aplauso tácito—. No estaba muy gordo ni muy manchado —a aquella hora, en efecto, aún no respiraba pesadamente ni sudaba demasiado, aún no estaba muy borracho—. La cosa se le torció a Lev cuando alguien, muy cerca de él, gritó una sola palabra, que, dadas las circunstancias, resultó ser la peor de todas. La palabra fue «maricón». La cabeza de Uglík se volvió hacia él —contó Lev— como una veleta girada por el viento. Uglík se acercó al grupo, y eligió a mi hermano (supongo que porque aquella vez le apetecía alguien pequeño). Un doble golpe en las orejas, con las palmas bien abiertas. Todos los que estuvieron allí recuerdan una sacudida seca, con eco, pero Lev recuerda una detonación.

Éste no fue el último logro de Uglík en el breve tiempo que estuvo entre nosotros. A última hora de la tarde visitó el barracón de las mujeres. También allí se aplicó lo suyo: no violó a ninguna; se limitó a atizarles. Y, por último, ya de vuelta a la oficina de los guardias, logró caer a plomo y perder el conocimiento bajo el soportal de madera de la fábrica de juguetes. Uglík estuvo cinco horas a la intemperie, con una temperatura de cuarenta grados bajo cero. Llevaba puestos los guantes.

Rovno, el gigante labriego, se recuperó pronto. En cuanto a Lev... Aquella noche en el barracón, echado boca arriba en el catre, tenía dos «gusanos» de flema sanguinolenta saliéndole de ambos lados de la cabeza. A su alrededor no hacía más que hablarse de cómo y cuándo iban a desquitarse, pero Lev era Lev, incluso entonces.

—Es una provocación —repetía—. *Uglík* es una provocación. —Y algunos hombres, en esta ocasión, le hacían caso—: No reaccionéis ante esto. No reaccionéis. —Luego levantó la cabeza hacia mí y se quedó mirándome, y de pronto dijo—:

¿Alguno de vosotros oye mi voz?

¿Oír tu voz?, dije.

—Sí, oír mi voz. Porque yo no la oigo. Sólo puedo oírla desde dentro.

Tres días después tuvimos la oportunidad de estudiar durante una hora entera a Uglyk. E incluso en nuestro mundo, Venus, incluso en nuestro mundo de hermanos siameses y tritones y mujeres barbudas, era algo digno de verse.

Estábamos en la carpintería, un recinto eternamente sin sol bajo la sombra de su alero largo, y teníamos una vista clara del porche de la enfermería, donde Uglyk estaba sentado en una mecedora, tapado con una colcha, con sobretodo y botas. No llevaba puestos los guantes. En silencio, nos congregamos en torno a la ventana. Lo que Uglyk estaba a punto de hacer —no había duda— era fumarse un cigarrillo, algo que ya no le resultaba tan fácil como podría parecer. Janusz le puso el cigarrillo en la boca, y se lo encendió, y se retiró a sus cosas.

Y allí estábamos nosotros, seis o siete hombres, junto a la ventana, con las herramientas en la mano. Nadie se movió... Uglyk parecía chupar el cigarrillo sin gran dificultad, pero de tanto en tanto levantaba primero una muñeca y luego la otra, ambas vendadas, para llevársela a la boca antes de percatarse una y otra vez de que no tenía manos. Al final, después de escupir la colilla por encima de la baranda, se le ocurrió, al cabo de un rato, que no tardaría mucho en querer fumarse otro. Se las arregló para tirar el paquete al suelo, y empezó a darle con el pie de un lado para otro; se puso de rodillas, y trató de utilizar los antebrazos truncados a modo de palancas y pinzas; luego se echó boca abajo y, como un hombre que tratara de poseer el suelo de madera, de penetrarlo, de besarlo, se contorsionó y refrotó contra él hasta que consiguió aprehender un cigarrillo entre los labios ávidos.

Y había más cosas, claro está. A saber: ver cómo un cerdo se equivoca en el recuento de presos, o en un mero recuento de cuencos o cucharas; ver cómo se detiene, frunce el ceño y vuelve a empezar... es como volver por espacio de un instante a la escuela, cuando contemplabas lo absurdo, lo (secretamente) ilegítimo de la autoridad adulta. Te entraban ganas de echarte a reír. Pero eso era en la libertad. En trabajos forzados era diferente. Así que seguimos allí de pie, en la ventana de la carpintería. Nadie se rió. Nadie dijo nada, nadie se movió.

Con grandes muestras de satisfacción Uglyk volvió a la mecedora, con la cabeza echada hacia atrás: el cigarrillo enhiesto parecía un flautín dispuesto a entonar con sus trinos las alabanzas de Uglyk. Se dio unos golpecitos en los bolsillos y oyó (sin duda) la sonaja amigable de la caja de cerillas. Y trató de cogerla con un muñón. Se hizo un paréntesis insoportable de quietud perfecta, al cabo del cual Uglyk llamó a Janusz con gritos desgarrados.

—*No sabía* —le oímos decir, en tono de querer pegar la hebra (y lo dijo más de

una vez)—, *no tenía ni idea de que hiciera tanto frío aquí en el Ártico.*

Y cuando Janusz se disponía a volver al interior de la enfermería, Uglyk, con gesto brusco, le ofreció fugazmente una mano derecha inexistente.

Ya ves, Uglyk tenía algo más en mente: un miedo mortal. Sus actividades en el barracón de las mujeres —aquella noche primera— había dado lugar a una denuncia, una manifestación y, por último, una huelga. Convenía tomar nota. Y al final todo se fue sumando para perder a Uglyk —sí, fue un destino ciertamente duro el del camarada Uglyk.

Nos contaron la historia entera aquella primavera (un grupo al que trasladaron de Kolima). Llamado a Moscú, Uglyk fue juzgado y sentenciado con escarnio a un año en las minas de oro del más remoto noreste. Incapaz de encontrar oro alguno, no ganaba para su sustento, por lo que se convirtió casi instantáneamente en un comemierda, y —encima, y por fuerza— en un comemierda a cuatro patas. Murió de hambre y demencia en menos de un mes. El haber sabido de antemano su sino no hubiera aliviado nuestros pensamientos y sentimientos cuando estábamos allí de pie mirando por la ventana de la carpintería.

Estaba en la naturaleza de la vida del campo el que uno sufriera incluso por Uglyk —por Uglyk, con Uglyk...—. Y también Lev, en cuya cabeza había un continuo gong interno y cuyo oído izquierdo infectado ahora le burbujeaba por el peróxido que le había puesto Janusz y cuyos ondulantes giróscopos internos le producían vértigo y náuseas. Seguimos mirando, todos nosotros, con horror séptico. No era únicamente la pavorosa simetría de sus heridas (como si hubiera sido el resultado de un bárbaro castigo). No. Uglyk nos estaba mostrando cómo eran realmente las cosas. Aquel hombre era nuestro amo: un hombre al que el terror lo volvía tan estúpido que no hacía más que olvidarse de que no tenía manos.

Miré a Lev. Y entonces, creo, a mi hermano y a mí nos vino a la cabeza una sospecha de lo que aquello podía significar en un nivel más profundo. Se me antojó una sospecha inconcebible, y la deseché con un estremecimiento. Pero ya había oído su susurro, que decía... que los Uglyks, y los hijos de los Uglyks, y la realidad que los producían: todo ello pasaría. Y había, además, otra cosa; algo que jamás pasaría, y que no había hecho más que empezar.

Uglyk escupió la colilla de su segundo cigarrillo, se limpió la nariz en un muñón y, empujando la puerta con los hombros, entró en la enfermería.

El 5 de marzo se nos congregó en el patio y se nos comunicó la muerte del gran líder de los seres humanos libres de todas latitudes. Se hizo un silencio en todo el sector central, un silencio de una naturaleza extraña: me recuerdo escuchando los ruidos subterráneos de mis contactos y cables sinusales. El silencio del vacío. En el campo, durante cinco o seis años (como mínimo) había circulado con intensidad el

rumor —un rumor renovado a diario, o incluso hora a hora— de que Iósif Vissariónovich se hallaba cada vez más cerca de las puertas de la muerte. Y lo que ahora teníamos era un vacío. Ahora él no estaba en ninguna parte. Cuando antes estaba en todas.

Desde aquel día se abrió ante nosotros un rumbo de confrontación. No hubo amnistías (no para los políticos), se daban provocaciones más frecuentes y oprobiosas (más Ugliks), los hombres se impacientaban de forma más incontrolable cada día... Todos menos Lev. Así que nos amotinamos. Y los cerdos no pudieron contenernos. Y la cosa terminó el 4 de agosto, con tropas de la Cheka y coches de bomberos y camiones blindados armados con ametralladoras.

Tenemos un rato, dije. Tenemos un rato, tú y yo. Y vas a tener que salir a estar aquí conmigo.

Lev estaba solo en el barracón. Sentado a la mesa, junto a la estufa (apagada durante el mes de verano), con las manos juntas delante de él, como un juez.

—Ah, Espartaco —dijo—. *Dios*, ¿qué ha sido eso? ¿Una barricada?

Estaban ocupándose de toda la zona, sector por sector. El sonido de los gritos, de los alaridos, de los disparos, y la demolición de los muros iba y venía con el viento caliente.

Dije: Las mujeres están ahí fuera. Todo el que puede andar está ahí fuera, en fila india. Cogidos del brazo. No hay otra opción. Cuando esto acabe, ¿crees que los hombres van a poder soportar verte?

—Mmm..., las mujeres. No sé si quedarán hombres cuando termine esto. No me extrañaría nada que mataran también a los cerdos. Échate un pitillo, hermano. Sí, venga, un pitillo contemplativo...

Hablaba con una voz nueva, con una nueva entonación: precisa, casi legalista, y ligeramente ida. La voz de un solitario.

—¿Sabes? —dijo—. Las masacres quieren suceder. No son neutrales. Acuérdate de aquel recuento de fascistas en el patio, en el año... ¿50? Cuando se vino abajo por el sobrepeso la torre de vigilancia. Fue gracioso, ¿no crees? Cómo cayó..., como un ascensor al que le cortan el cable. Pero cuando oímos cómo montaban todos aquellos fusiles... Y todo el mundo con la risa dentro del pecho, un volcán de risa. Una sola risita y la habríamos armado. La masacre de los hombres que se reían a carcajadas. En ese momento supe que las masacres quieren suceder. Las masacres quieren que haya masacres.

Bien, pues será mejor que tú también quieras que haya una. Y una sonada.

—Sí, ya me han amenazado. Es como una unidad de bloqueo en el ejército, ¿no te parece? Posible muerte con honores en primera línea de combate. O una muerte segura con ignominia en la retaguardia. Fuma. He estado cantando esa canción:

«Fumemos».

Y hay otras razones, dije. Si te quedas aquí sentado en el banco, vas a sentirte una mierda durante el resto de tu vida.

—Bueno, pues entonces *no* me sentiré una mierda mucho tiempo, ¿no? He estado escuchando la radio con Janusz. Las cosas están mejor en la libertad ahora. Han indultado a todos los *Doctores*. «La gripe»... se ha muerto con él. Zoya no está en Birobidzhán. Volverá a Moscú. A su ático. El futuro tiene un aspecto estupendo.

No volverás a escribir otro poema. Y no volverás a follar con tu mujer.

—... Al final me has convencido, hermano. Puedo salir ahí fuera y subirme a una caja y decirles que no hagan caso a las provocaciones, y que se vuelvan a sus jodidos barracones a esperar. O puedo salir ahí fuera y quedarme de pie, quieto. Sabes que van a matar a todos los líderes. Es diez veces más probable que te maten a ti que a mí. No me había dado cuenta hasta ahora —dijo— de lo romántico que eras...

Creo que, provocada o no provocada, la Rebelión de Norlag fue algo de una heroica belleza. Nadie me convencerá de lo contrario. Estábamos dispuestos a morir. He conocido la guerra, y no fue como la guerra. Déjame explicártelo. Estás confundida, querida mía, mi preciosa, si piensas que en las horas previas a la batalla los hombres están llenos de odio. Ésa es la ironía y la tragedia del asunto. El sol se alza sobre la planicie donde los ejércitos se miran cara a cara. Y el corazón de cada hombre está lleno de amor: de amor por su propia vida, por toda vida, por cualquier vida. Amor, no odio. Y no puedes encontrar realmente el odio —que es lo que necesitas hacer— hasta que das el primer paso en el interior de la vorágine de hierro. El 4 de agosto el amor aún estaba allí, incluso al acabar el día. Era..., era como Dios. Y no un Dios ruso. Era magnífico, el modo en que estábamos allí en fila cogidos del brazo. Todos, las mujeres, Lev, todo el mundo, hasta los comemierda, todos allí de pie cogiéndose del brazo.

Dos días después yo estaba en un campo de filtración en la tundra, para recibir otra sentencia o ser ejecutado. A Semyon y a Johnreed los habían acribillado a tiros cuando los aviones llegaron de Moscú. Beria había caído en desgracia. El hombre designado para prenderlo fue mi mariscal, Georgi Zhukov. Me encanta que así fuera. Lavrenti Beria, el brillante perverso, alzó la mirada de su escritorio y vio a su némesis: el hombre que ganó la Segunda Guerra Mundial. A mí me trasladaron absurdamente a Krasnoyarsk, y la primavera siguiente me subieron a una barcaza que me llevó de vuelta Yenisei arriba. Cuando volví, a un lado del monte Schweinsteiger estaban acondicionando un viejo barracón que habría de hacer de Casa de los Encuentros.

El 5 de agosto de 1953, después de veintiocho horas de operaciones de urgencias, Janusz se miró en el espejo: pensó que se había puesto la gorra con un poco de talco dentro. El pelo se le había vuelto blanco.

Por esa misma época, en otro acontecimiento familiar relacionado con la muerte de Iósif Vissarionovich, a Vadim, mi medio hermano y fraternal gemelo de Lev, lo mataron a palos mientras reprimía las huelgas y revueltas de Berlín Este.

5. «ESTO ES UN MALDITO PARAÍSO»

Así que pasamos a las visitas conyugales. Y recuerda: la vida era fácil en 1956.

Las esposas habían empezado a llegar al campo dos años antes, pero era un derecho concedido sólo a los trabajadores fuertes entre los fuertes. Así que en eso se convirtió Lev, una vez más. Cuando ahora lo recuerdo, veo una versión de tamaño infantil de los carteles y pinturas de un tiempo pasado —los grandes goterones de sudor, las venas abultadas en los antebrazos, y hasta la mirada de hierro fija en el futuro—. Hizo el trabajo y se ganó el derecho. Hoy, sin embargo, la pregunta es la siguiente: ¿lo deseaba él?, ¿lo deseaba alguien?

Teniendo en cuenta la variedad e intensidad del sufrimiento que casi siempre causaba, me dejaba perplejo cuán anhelada y perseguida seguía siendo aquella casita de la colina. Yo fui un estudioso atento de aquel rito de paso (aunque bastante irreflexivo, he de admitir, sobre todo al principio). Para los maridos, la visita conyugal significaba el afeitado de cabeza, la desinfección, el largo chorro con la manguera de incendios. Salían de las duchas irreconociblemente restregados, escocidos, alertados, con ropas tiesas no por la suciedad sino por efecto de los detergentes feroces. Luego, como la viva estampa del apetito y el brío, flanqueados por una pequeña escolta, se encaminaban con prisa hacia la Casa de los Encuentros. Y al día siguiente, viéndolos bajar uno por uno, tambaleantes, hechos auténticas ruinas o apariciones, yo solía sorprenderme pensando: lo pedíais a gritos; luchamos por ello. ¿Qué os pasa ahora?

Pero muy pronto fui viendo claro lo que aquello significaba, y agaché la cabeza ante aquel poder más grande. Era como si ése fuera precisamente el objetivo del sistema imperante: quería empujarnos a todos y cada uno de nosotros contra el rincón más angosto y apretado posible. «Vivir en rincones» lo llamaban en la libertad. Cuatro personas o cuatro parejas o cuatro familias en una habitación, viviendo en los rincones. Las mujeres que venían a la Casa de los Encuentros pertenecían a una categoría propia: eran mujeres de enemigos del pueblo, y vivían en un estado de persecución específica —allá fuera, en la gran zona—. Y no sólo las mujeres, sino sus familias enteras. Aquellas habitaciones espaciosas y aireadas de la casita de la colina estaban de hecho muy atestadas; los tentáculos líquidos de la injusticia y la culpabilidad salían de la cabeza del pulpo, de la cual tú eras el pico.

Los hombres eran todos diferentes. ¿Lo eran? Algo tenían en común, creo. Y ese algo era la anemia crónica. Trataban de ser fogosos, pero su sangre era de un blanco aguado. La cara de estos hombres delataba fracaso, y su cuerpo también: la boca torcida, la debilidad algodonosa de los miembros. Y cada uno de ellos reivindicaba luego sus triunfos: te empujaba contra la pared y, con un susurro amenazador, con la mirada más allá de ti, o en la lejanía, te contaba lo que ella le había hecho y lo que él

le había hecho a ella. Y también su corazón se hallaba inerme. A este hombre se le acaba de decir que su matrimonio se ha roto y que sus hijos están bajo la tutela del Estado, y mientras te lo cuenta está a punto de echar a andar hacia la alambrada. Este hombre parece más o menos convincentemente a flote, aunque siempre está meditabundo y muchas veces lloroso: está calibrando y reajustando sus pérdidas —y esto es con toda probabilidad lo mejor que cualquiera podría anhelar en su situación—. Lo que le está llegando es la primera ola del resto de su vida. Y ve la acumulación de toda la complejidad que le espera en la libertad. Todos pasábamos con sigilo al lado de estos hombres y de su manto de soledad.

Ya ves, la Casa de los Encuentros era también y siempre una casa de las despedidas eternas —incluso en el mejor de los casos—. Había un encuentro, y había una despedida, y los años de separación volvían a sucederse.

Ahora bien, siempre que el trabajo me hacía subir por la empinada ladera de la pequeña colina, y veía el tejado blanco de la casita, aquel pulcro tejado blanco contra la mole negra del monte Schweinsteiger, sentía lo mismo que cuando pasaba por las celdas de aislamiento y su doble cerco de alambre de espino.

Llegó el día: 31 de julio de 1956. Cayó la tarde.

Fui a recogerlo a las duchas. Estaba solo, en los vestuarios, al fondo, de pie, en una franja de luz amarilla. Lo que existía entre nosotros era una especie de interdependencia. Amor, también, pero en un perpetuo malentendido —algo nunca más cierto que aquel día, aquella noche.

Ya ha llegado, dije. Las Américas está aquí. La han puesto a rellenar los formularios.

Él asintió con la cabeza, y suspiró profundamente. Ya no solían darse ese tipo de cosas, pero podía haberseles ocurrido mandar a Zoya por donde había venido, y con escarnio, o podían haberle concedido a él media hora con ella en la casa de los guardias, con un cerdo sentado entre los dos limpiándose los dientes con un palillo... Lev tenía la cabeza rapada, estaba despiojado y lo habían rociado a conciencia con la manguera contra incendios. Estaba «botando» ligeramente, como un peso gallo antes de una pelea que espera ganar.

Salimos, escoltados, de la zona, hasta el otro lado de la alambrada, y pisamos la alfombra de flores silvestres, y subimos por el pequeño sendero empinado y los cinco escalones de piedra del anexo, de aquel sueño corpóreo y viable de refinamiento y reposo, con sus cortinas, su pantalla de lámpara, su bandeja del ágape sobre la silla sin respaldo. El termo de vodka, las velas que en aquella noche blanca no habrían de ser estrictamente necesarias. Hasta entonces no había percibido demasiada ansiedad en mi hermano pequeño. Era joven. Estaba en plena forma. Su oído izquierdo estaba muerto, pero ya no lo tenía infectado. Dormía en el nivel de arriba y comía una ración

completa más un veinticinco por ciento extra.

Entonces vino el respingo: las uves invertidas en la frente, el rictus implorante. No podía faltar: el miedo al fracaso. Miedo al fracaso, que acaso debería hacer que los hombres se mantuvieran castos, pero que lo que en realidad hacía era volverlos locos.

¿Recuerdas lo que le dije? Esto es un maldito paraíso. Y le dije también: Mira, mándame a tomar por el culo y todo lo que se te ocurra, pero voy a darte un consejo. No esperes mucho. *Ella* no espera mucho. Así que no esperes mucho tú tampoco.

—No creo que yo esté esperando mucho.

Nos abrazamos. Y mientras estaba saliendo vi el pequeño objeto sobre el alféizar de la ventana: un tubo de ensayo sobre una peana de madera tallada a mano, y una única flor sin tallo: una amorosa flor color borgoña.

Ya te he contado lo de la tarde del 31 de julio.

En el Café del Conde Krzysztov. Tratando de no reírse, el conde me tendió una taza de jugo de estiércol negro y caliente. Tratando de no reírme, me la bebí.

Eh, Krzysztov, le dije. ¿Por qué necesitas todas esas «z» y demás en tu apellido? ¿Por qué no te llamas simplemente Krystov?

—*Krystov* no —dijo—. ¡*Krzysztov*!

Había una conferencia sobre Irán a la que no quise ir. Tuve la cita con Tania: su boca con muescas —una especie de cicatriz—, que marcaba el paso del tiempo en lo que un día había sido su cara. Tenía veinticuatro años. Llegó la medianoche, la medianoche pasó.

Hacerse pasar por un hombre razonable: agotador. Hacerse pasar por un hombre razonablemente bueno: agotador, también. Tendría que haber dormido, por supuesto. Pero ¿cómo iba a dormir? Acababa de ver a una mujer que parecía una mujer: Zoya, de costado, con todo el cuerpo en movimiento bajo el vestido de algodón blanco, con una mano levantada para mantener en equilibrio la gabardina que se había echado al hombro, y la otra balanceando un bolso de paja atiborrado de cosas, el trasero brasileño, los pechos californianos, y todo ello en síncope, a contratiempo, mientras bajaba por el sendero hacia la Casa de los Encuentros, donde esperaba Lev.

Alrededor de mí, en la oscuridad, los presos daban cuenta de una comida de ensueño; la engullían, la devoraban. Conocía aquel sueño, todos conocíamos aquel sueño, lleno de hogazas de pan de color de miel o de mostaza que pasaban flotando ante nuestros ojos para convertírse nos luego en niebla en las manos, en los labios, en la lengua...

Yo tenía algo distinto en la boca. Me había pasado la noche caminando y arrastrándome por un paisaje de grava, un desierto donde cada grano de arena, en un momento u otro, acababa entre mis dientes.

Cuando lo volví a ver, más allá de la barrera del perímetro, juro por Dios que pensé que se había quedado ciego durante la noche. Lo llevaban agarrado del brazo, o tirándole de la manga. Luego el cerdo se limitó a empujarlo hasta el interior del patio. Lev dio un giro completo sobre sí mismo, se tambaleó, recuperó el equilibrio, y al final echó a andar hacia delante.

Recordaba su llegada en febrero de 1948, cuando salió a tuestas del cobertizo de descontaminación y se adentró paso a paso en la oscuridad... Pero no despacio, porque ya sabía que eran siempre grandes distancias las que había que atravesar. Sin embargo ahora se movía despacio. Ahora parecía con ceguera nocturna al mediodía. Al acercarse pude ver que todo era más sencillo: lo que estaba haciendo era mostrar su desinterés por todo lo que no tuviera a medio palmo de la cara. Sus ojos se hallaban más bien vueltos hacia dentro, donde llevaban a cabo la labor de merma, de demolición interna. Lev pasó por mi lado. Tenía las mandíbulas ocupadas, como si estuviera chupando con afán una pastilla o un dulce. ¿Algún caramelo de regalo, quizá, que al despedirse le había metido en la boca Zoya? Me respondí que no. Me respondí que estaba tratando de librarse con saliva de un sabor nuevo que le había quedado en la boca.

Por supuesto, no tenía ni la menor idea de lo que había pasado entre ellos. Pero lo sentía gravitando sobre mí de un modo que durante un tiempo siguió antojándose tangencial y perverso, y misteriosamente impersonal. Y todo pasó sin apenas un lamento —así se desvaneció toda mi esperanza social—. Más específicamente, abandoné la creencia, allí y entonces, de que la sociedad humana pudiera arribar a algo siquiera *un poco mejor* de todo lo que había venido siendo hasta entonces. Sé que debes de pensar que esa fe mía se estaba esfumando con una lentitud desazonadora. Pero yo era joven. Y durante dos meses en la primavera y el verano de 1953, había conocido —incluso aquí— la utopía, y paladeado la sublimidad y el amor.

Durante setenta y dos horas estuvo tendido boca abajo en su camastro. Ni los guardias intentaron que se moviera. Pero aquello no podía durar. La tercera mañana esperé a que el barracón quedara vacío y me acerqué. Permanecí de pie sobre su cuerpo acurrucado. Entre susurros y murmullos, le froté los hombros hasta que abrió los ojos. Dije:

Hoy al trabajo, hermano. Hoy tienes que comer.

Y lo despegué de las tablas, y lo ayudé a bajar.

Escucha, dije. No puedes seguir sin hablar toda la vida. ¿Qué es lo peor que podría suceder? De acuerdo. Va a dejarte.

Su mejilla se alzó de pronto y me encontré mirando sus narinas. No creo que Lev se diera cuenta hasta aquel momento. Volvía a tartamudear.

—¿Dejarme? —acertó a decir al fin. Y continuó, trabajosamente—: No. Quiere que nos volvamos a casar. Como es debido. Me dijo que me seguiría a cualquier parte. «Como un perro.»

Entonces todo está claro, dije. No pudiste hacerlo. Nadie puede. Aquí nadie puede. ¿Sabes? En toda la historia de la Casa de los Encuentros, no creo que nadie haya podido follar ni una sola vez...

—Yo pude. Todo fue bien.

Cuéntame, entonces.

—Te lo diré antes de morir. —Le costó mucho tiempo articularlo—. He cruzado la línea —dijo, debatiéndose, oponiéndose a ello con todas sus fuerzas— de la segunda mitad de mi vida.

Lo único que se podía hacer por él era ayudarlo con las normas y las raciones. Pero no quería comer. Lo intentaba una y otra vez, pero no podía hacerlo. Apartaba la cara. Bebía agua, y a veces conseguía tomarse el té. Pero nada sólido pasó por sus labios hasta septiembre. Nadie bromeaba ni sonreía ni decía nada. Sus tentativas de trabajar, de comer, de conversar... las respetaban en silencio todos los presos.

Por otra parte, yo también había pasado ya a la otra mitad de mi vida: la mejor mitad. Él había cruzado la línea y yo también. Los dos la habíamos cruzado.

Para entonces el campo estaba desapareciendo a nuestro alrededor. Todo se venía abajo, y los internos no eran sino meros engorros —siempre estábamos en medio, estorbando—. En cuanto la libertad se vislumbró en el horizonte, me acogí a la inactividad. Lev, gradualmente, volvió a su anterior régimen: los brincos en aspa, la cuerda de saltar; volvió a boxear, pero de forma reacia y con el aire somnoliento de quien se ve instado a pelear por el título de un peso muy superior al suyo. Fuimos casi los últimos en abandonar el campo. Estaban prácticamente arrancando las vigas del techo, en lo alto de nuestras cabezas. Y cuando ya no quedaba presidio alguno, dejaron que los presidiarios se fueran de él. Y Lev se fue antes que yo.

Tuve que esperar tres semanas para que me estamparan el sello. Pero nada me daba miedo ni me preocupaba —ni me molestaba siquiera—. No me importaba nada: ni que no apareciera mi Certificado de Rehabilitación, ni el cupón de ferrocarril de «prioridad baja», ni la «ración de viaje» de pan. Ni siquiera me importaba la estación de tren de Predposilov —a primera vista un lugar imposible, con decenas de personas peleando por cada asiento—. Me arremangué y ocupé mi sitio en la cola.

Veinticuatro horas después, con sangre apelmazada en mejillas y nudillos, cuando estaba ocupando mi rincón junto a la ventanilla del vagón, me volví para ver la cara que se apretaba contra el cristal. Me puse de pie encima del banco y grité a

través de la abertura:

¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Desde el primer día. Quiero volver.

Pues claro que quieres volver.

—Allí no. —Movi6 la cabeza hacia el otro lado—. All6.

As6 que otra pelea, otro abrirme paso a trav6s de miembros y torsos ya inamoviblemente encajados en sus huecos, y de nuevo hacia atr6s, y de nuevo hacia delante, a medida que hac6a que Lev ocupara mi sitio.

No pasa nada, no pasa nada, gritaba yo mec6nicamente. No pasa nada... Es peque6o. Abulta menos que yo. Es peque6o. No pasa nada, no pasa nada...

Tercera parte

1. 3 DE SEPTIEMBRE DE 2004: PREDPOSILOV

Hoy el periódico local trae un artículo sobre los perros salvajes de Predposilov.

El periodista llama «salvajes» una y otra vez a estos perros, pero en lo que hace un hincapié aterrizado es en su disciplina y su *esprit de corps*. Cuenta los «ataques coordinados» que lanzan contra puestos y tiendas, sobre todo contra una carnicería en la que entraron por el patio trasero y «se hicieron» con cinco pasteles de carne, tres pollos y una ristra de salchichas. Antes de la razzia —cuenta— el perro «explorador» reconoció el terreno, y luego le dirigió el ladrido de «camino despejado» al perro «alfa».

Bien informado, el periodista compara los perros de Predposilov con los perros «mutantes» de Moscú. A los perros de Moscú no se les llama mutantes porque tengan dos cabezas y dos rabos. Se les llama mutantes porque viven en el metro y viajan en él de un lado a otro. Es posible que a alguien le interese saber que yo en cierta ocasión, en el metro londinense, compartí vagón con una paloma mutante. Se subió en Westminster y se bajó en St. James's Park.

Una «fuente oficial» afirma que los perros salvajes de Predposilov eran responsables del reciente y brutal ataque a un niño de cinco años en un campo de juegos municipal. Hay una fotografía del parque —en bonitos tonos pasteles—. Y una fotografía de la criatura de cinco años —totalmente destrozada—. Ahora, en cuanto se oye hablar de perros salvajes en los alrededores, se vacían las calles, las plazas.

Me dicen aquí en el hotel que los perros vienen por el callejón de detrás de las cocinas todos los días, a la una y veinticinco. El hombre dice que puedes poner en hora el reloj con ellos. Tendré que echar un vistazo más de cerca a los perros salvajes de Predposilov.

Sea lo que fuere lo que te apetezca añadir sobre el lugar, Dudinka es una propuesta perfectamente razonable. Si tienes madera, y carbón, y estás en un gran río, estás hablando de un lugar muy parecido a Dudinka.

Dudinka lleva aquí desde hace casi tres siglos. Predposilov existe desde 1944. Y no es una aglomeración urbana, como Dudinka, sino algo plantado en el terreno en su totalidad: Panorámica Leninsky, Casa de la Cultura, Teatro Central, Palacio de los Deportes, Sede del Partido y, más recientemente, Museo Histórico Social. ¿Por qué una ciudad? Una estación minera, de acuerdo; un racimo de fábricas, muy probablemente; y, si se me apura, un campo de trabajo que esclaviza a sesenta mil personas. Pero ¿por qué construir una *ciudad* tan cerca del Polo Norte?

Cuando salí de Norlag sentí, durante casi un año, que caminaba sobre las cáscaras

de huevo de la libertad. Tal sensación vuelve a mí aquí: la desagradable vibración de las espinillas, la sensación de grima en el espinazo. Predposilov es hueco. Debajo de la ciudad hay minas de más de un kilómetro de profundidad. El terreno mismo es una cáscara que uno puede atravesar con el pie. Y en él se alza el monte Schweinsteiger, un huevo negro en su copa, absolutamente vaciado.

Ya no estamos en el Segundo Mundo. Ni siquiera en el Tercero. Estamos en el Cuarto. Es decir: lo que sucede *después*. Ya inhabitable conforme a cualquier criterio de cordura, Predposilov ha ido más allá y se ha convertido quizá en el sitio más sucio de la tierra. En el hotel se hospedan incrédulos ecologistas de Finlandia, Japón, Canadá. Sin embargo, los ciudadanos bullen, y las chimeneas del Kombinat siguen vomitando con orgullo.

Soy el hombre de más edad de Predposilov, con una diferencia de treinta y cinco años.

Bien entrada la noche recaló en un club llamado el Sesenta y Nueve (nombre que hace referencia al paralelo). Hay un cantante melódico de estilo Elvis Presley (último período), con pantalones acampanados blancos que se le arremolinan de forma espectacular en torno a las piernas. Y hay camareras en tanga, y prostitutas que pululan y películas de porno suave en pantallas suspendidas de lo alto. No, no siento asco. Siento que doy asco. La gente me mira fijamente, como si nunca hubiera visto a un viejo. Ahora que lo pienso, seguramente es verdad: jamás han visto a un viejo antes. La gente de mi edad existe, Venus, o incluso gente mayor que yo, ¿no es cierto? Pero todo esto ya ha durado demasiado.

Mi idea es emborrachar a la resaca. Pero no la llevo hasta el final. Mi resaca no es una resaca. Estaba equivocado. Es la muerte. Tengo algo en el centro del cerebro, algo como un estornudo atravesado. Que me hace cosquillas. Y el aire ambiental hace que me piquen los ojos, y me lloren.

Y por si fuera poco ahora vivo en un estado de mal genio permanente. Perdí los estribos hace tres días, y aún no los he recuperado. También soy muy locuaz, y se me teme mucho en el bar, tanto los camareros como los clientes. Después de haber estado callado tanto tiempo, ahora soy una versión mucho más escandalosa del Viejo Marinero. El trato que tenemos en el bar es que yo lo pago todo pero también lo hablo todo. A veces cojo un fajo de billetes de la cartera y salgo disparado de la habitación en busca de alguien a quien gritar.

He estado leyendo un poco, y esto va a interesarte especialmente, Venus, pues perteneces a una generación de automutiladores. Me refiero al destino histórico de los urkas.

No tengo intención de reabrir nuestro debate (llamémoslo así) sobre tu *piercing* de la barbilla. El blando lóbulo de la oreja, de acuerdo, pero ¿por qué la barbilla? Ya sé: es extrañamente consolador (explicaste) focalizar todas tus tiernas sensaciones en una parte concreta del cuerpo, que ahora te duele pero pronto cura; y de ahí en adelante el adorno implantado marcará el punto de tu herida autoinfligida. Muy bien. Pero ¿qué me dices de los «cortes», Venus? Doy por supuesto que tú no te los haces: cuando nos vemos, sueles llevar los brazos elegantemente desnudos, con manga corta. Pero hay muchos que lo hacen. Unos veinte millones de norteamericanos jóvenes —me entero— recurren con regularidad a esa válvula de purga.

La cultura urka, en su fase de decadencia, se volvió bastante más homo (los pasivos se encogían, los activos se erguían altivos), hasta el punto de que te preguntabas si no habría sido criptohomo desde el principio. Veo cómo te estremeces. Esas palabras son como pinchos candentes en tu piel, ¿no es cierto? A tu censor o comisario interno no le gustaba esto, ¿verdad? En tu cabeza habita un censor —algo no tan horrible como pueda parecer, ya que en tu cabeza vive también una radiante animadora deportiva—. Así que no es tan malo, no, *tener una ideología*, como es tu caso... Pero entiéndeme, Venus: dicen que lo que vemos en el escenario de un asesinato pasional homosexual es algo que quita el aliento, pero el impulso homosexual es a todas luces pacífico. A los criptohomosexuales se les supone heterosexuales; limitan su actividad a las mujeres, y son de los hombres más peligrosos que existen.

La cultura urka, además, llegó a volverse automutiladora, con todo el rigor propio de los urkas. Llevaron la batalla hasta sus mismísimas entrañas, y se tragaban clavos, cristal machacado, cucharas y cuchillas metálicas, alambre de espino. Además de las autoamputaciones, el autocanibalismo, la autocastración. Mi país siempre ha sido extrañamente hospitalario con los que se castran a sí mismos. La cosa empezó en el siglo XVIII, con una secta —los *castrados*— que sostenía que la extirpación del «instrumento» era prerrequisito ineludible —condición *sine qua non*— de la salvación.

Los cortes... Se dan para combatir la insensibilización, ¿no es eso? Los urkas eran presos, y combatían la insensibilidad de la prisión. Pero vosotros... ¿Qué combatís vosotros? Si lo hacéis para combatir la insensibilización de la democracia avanzada..., no puedo solidarizarme con vosotros. Otros sistemas, ¿sabes?, te anegan las glándulas de líquidos y juegan con las puntas de tus nervios.

Al entrar me señalaron el Museo Histórico Social, que tiene aspecto de tintorería o de restaurante coreano de comida para llevar. Y está cerrado a cal y canto, quién sabe si por reformas o por clausura definitiva.

Pero cuando paso por allí por la tarde las persianas están subidas. Mi soborno — mínimo— es aceptado por un joven rubicundo que lleva un mono blanco. Me dice que es electricista. Manipula convincentemente, en todo caso, una serie de cajas de plomos, y los arregla, o los desmonta. Me alquila una de sus tres potentes linternas.

El haz tambaleante de la linterna revela una breve arcada, con cuatro vitrinas a cada lado: *tableaux morts*. El cristal de las bombillas rotas se astilla bajo mis pies, a medida que paso ante los vogules, los yeniséi, los ostiacos, los nganasanos y demás pueblos del Artico absorbidos, aniquilados o alcoholizados. Y llego a los zeks: a nosotros. Miro a mi alrededor, a las otras figuras, a los descarnados espectros de las tribus desaparecidas. Lo mejor que hay en mí se siente inclinado a aceptarlos como ennoblecedora compañía, en cualquier forma o escenario. Todos éramos unos pobres diablos, gentes de mala muerte. Pero aquellos seres pertenecían a multitudes mucho más remotas —que de todas formas habrían sucumbido a la mera modernidad.

Sus figuras moldeadas acarician el lomo a renos disecados y dan trocitos de pan a huskies de plástico. Lev y yo estamos representados por el muñeco de un tipo sentado a una mesa baja, ante una estufa abierta, al pie de unas ventanas cubiertas de nieve, junto a un catre revuelto. En los yeniséi vemos el ropaje recompuesto de los chamanes y su simulada yurtas. Nosotros tenemos los mitones cortos y los boles abollados de metal. Todo ello a la luz inestable y ya declinante de la linterna.

—Queríamos lo mejor —había dicho una vez un viejo funcionario del Kremlin, refiriéndose a algún otro desastre, a algún otro horror panorámico—. Pero salió como de costumbre.

La Escuela de Enseñanza Media Número 1 es como un laboratorio y un experimento de control. Muestra cómo se construye la totalidad de Rusia.

Al tercer día llegamos a un punto en que la situación de los rehenes no puede empeorar. Piénsalo. Están muertos de sed, muertos de hambre, sofocados, sucios, aterrorizados —y ahí no acaba la cosa...—. Fuera, los cuerpos en putrefacción de las víctimas del primer día se los están comiendo los perros. Y si los cautivos pueden olerlo, si los cautivos pueden oírlo, los sonidos de los perros carroñeros de Osetia del Norte comiéndose a sus padres, entonces los cinco sentidos están servidos, y la totalidad rusa puesta en su sitio. Ya no hay remedio. La situación no puede ser peor. Sólo la muerte podría empeorarla.

Así que la muerte llega en el instante del aliviamiento, del alivio parcial —porque la totalidad rusa no puede tolerar tal situación—. Los funcionarios médicos, después de la negociación, se están ocupando de los perros y de los cuerpos cuando la bomba cae desde la canasta de baloncesto y el techo del gimnasio se viene abajo. Y para un asesino nato esto es jauja. No les es dado a muchos de ellos la posibilidad de disparar a niños por la espalda mientras corren en ropa interior por entre cadáveres en

descomposición.

¿Sabes?, me resulta imposible encontrar a un ruso que se crea esto: «Queríamos lo mejor, pero salió como de costumbre.» Me resulta imposible encontrar un ruso que se lo crea. No querían lo mejor; ningún ruso se lo cree, al menos. Querían lo que obtuvieron. Querían lo peor.

Y ahora sale un médico en la televisión diciendo que algunos de los niños supervivientes «no tienen ojos».

Gógol, Dostoievski, Tolstói: los tres insistieron en el concepto de un Dios ruso, un Dios específicamente ruso. El Dios ruso no sería como el Estado ruso, pero lloraría y cantaría mientras azotaba con su flagelo.

Estoy en un estado de pánico terminal respecto de mi vida, Venus. Y no lo digo en sentido figurado. El pánico parece llegarme... ¿Parece? El pánico me llega, y no desde mi interior sino desde la tierra o el éter. Aguardo a que pase de largo —es lo único que puedo hacer—. Pasa por mi lado, y se va, y me deja un gusto a metal en la boca, y en todo el cuerpo, como si acabaran de fundirme o galvanizarme. Luego vuelve, no el mismo día, y quizá tampoco el siguiente, pero vuelve y pasa junto a mí y me envuelve. Creo que recorre todo el planeta, y que siempre lo ha hecho. Y los únicos que lo sienten pasar son los moribundos.

El «cálculo de muertos»^[9] es una expresión empleada por los marinos que designa un sencillo cálculo de su posición en el mar. No mediante puntos de referencia o estrellas. Sólo la dirección y la distancia. Sé dónde estoy: el puerto hacia el que me dirijo muestra ya su contorno a través de la niebla. Lo que estoy haciendo, ahora, es un «cálculo de muertos». Estoy haciendo cálculos con los muertos.

Hay una carta en mi bolsillo —en el bolsillo interior de la chaqueta— que aún no he leído y habré de leer. La llevo ahí con la esperanza de que me entre en el corazón por un proceso de osmosis, palabra por palabra, de puntillas. No quiero que tengan que leerla mis ojos, mi cabeza.

Pero la abriré y la extenderé ante mí cualquier día de éstos.

2. CASARSE CON EL TOPO

Desde el principio mismo he fantaseado con las páginas que siguen. No preveo que se te antojen particularmente estimulantes. Pero cuando se te dilatan las ventanas de la nariz y te vibre la mandíbula, aguza el oído para percibir mis cloqueos de satisfacción, los pequeños resoplidos y gorgoteos ahogados de la dicha cuasi perfecta. Nos hallamos en pleno «momento de tranquilidad», como aquellos a los que con frecuencia te plegabas cuando, tras un exceso de chocolate, tras horas de aullidos, de aspavientos, de movimientos convulsos, accedías a sentarte en la mesa de la cocina con un cuaderno para colorear o a escuchar un casete de cuentos en tu habitación..., antes de retomar los aullidos, los aspavientos y los movimientos convulsos.

Soy extranjero en tierra extraña. Se abre ante mí un paisaje deslumbrante en su frescura: hablo de la rutina. Santo Dios, qué perspectiva tan hermosa. Tendrá sus altibajos, como no puede ser de otra manera, especialmente para tu medio tío y su esposa, mas por el momento ambas vidas se alzan y descienden a voluntad. Ya no percibiremos *ininterrumpidamente* la masa plomiza, la respiración adenoidosa ni la cretina mirada inamovible del Estado. ¿Cómo hacer que aprehendas el imposible glamour de lo cotidiano? Estamos a salvo, por ahora; sobre nosotros pende el cliché de la banalidad. Cual vate de otros tiempos, a punto me encuentro de ordenar la estancia tras la marcha de mis invitados. «Zoya sigue siendo tan olvidadiza como siempre.» «No, Kitty jamás encontró el amor verdadero.» He aquí el tenor que se mantendrá a lo largo de dos capítulos casi completos y de veinticinco años. Todo va bien, reina la seguridad, hasta que nos internamos en el túnel de Salang.

Antes de eso, sin embargo, hubo esto.

En calidad de preso político sin rehabilitar, me hallaba efectivamente «a menos cuarenta», al igual que Lev. La expresión no hacía ya referencia a la temperatura que se registraba en Norlag una tarde de otoño. Para nosotros había pasado a significar que cuarenta ciudades constituían zona prohibida. De igual modo nos estaban vedadas determinadas regalías, tales como un alojamiento y un puesto de trabajo... Desde Predposilov me dirigí hacia el este, y llegué hasta el mismo Pacífico (en el que me bañé) antes de emprender el viaje a occidente. Tardé dos meses en llegar a Moscú. Pasé media hora con Kitty en un salón de té del extrarradio llamado La Tetera Cantarina, en el cual cambió de manos un abultado morral. Se trataba del legado de mi madre, que había fallecido —tuvo una muerte serena, dijo Kitty— en primavera. Y después, durante un buen número de meses, fui trasegado de burgo en burgo, adonde llegaba siempre de madrugada: la macilenta bombilla en la salida de la estación, la esfera del reloj que miraba hacia otra parte, la piedra cavernosa de la

escalera. Te internabas a continuación en un apagón y en una ciudad de hojalata. El aire mismo era de ébano, a modo de negación, de refutación de la luz como idea. El ánimo sombrío en su máxima expresión —tal vez estés pensando—. La oscuridad, el silencio y una rigidez palpable, como si los edificios se aferrasen no ya a la superficie del mundo, sino a su centro. Y sin embargo era consciente de que mis pasos producían un sonido que había dejado de inspirar temor, y sabía que las casas levantadas en estrecha vecindad me abrirían sus puertas, si no en ese momento, al día siguiente. Porque la afabilidad se restregaba ahora los ojos y despertaba, la afabilidad rusa, el interés reflexivo por el bien del prójimo. Y yo era libre y estaba cuerdo.

Llegué provisto de algún dinero de mi hermana, de algunas ropas de mi padre y de algunos libros de mi madre, a saber: una introducción a la electrónica avanzada, un método de lengua inglesa y las tragedias de Shakespeare en edición bilingüe (las cuatro principales y las romanas, además de *Timón*, *Troilo y Ricardo II*). Yo amaba a mi madre (y ella debió de adivinarme aquí, en «a menos cuarenta»), como debe hacer y hace todo hombre honrado. Y me preguntaba por qué era tan complicado mi trato con las mujeres... Ciertamente es que me detenían y me ordenaban seguir mi camino constantemente, pero esos meses terminaron por convertirse en un año sabático de nomadismo, en una excedencia remunerada para viajar y estudiar, para la reubicación interior. El peso de Zoya, intuía, también estaba cambiando de sitio. Cuando me recogía por las noches, ella estaba siempre presente en el instante en que cerraba los ojos, despertándose, medio desnuda, con el pelo hermosamente despeinado, con una sutilísima mueca de desdén en el labio superior (cubierto de un leve vello) al calibrarme a mí, su acompañante en el camino hacia el olvido del sueño. Pero ¿qué le ocurría? Con estupor, y con alarma (esto no puede ser normal), veía cómo su efigie, su mofa, se sustraían al dominio de mi voluntad. Aquella marioneta mía había sido deliciosamente severa, draconiana incluso en sus apremios e insistencias. Ya no lo era. Se hallaba vacía de palabras y de deseos, enmudecida y anestesiada; inerte pero inerte, y de una pesadez difícil de manejar. Y el rostro se me ocultaba invariablemente, en una tristeza y una derrota ilegibles. Me decía a mí mismo: Bueno, ahora somos todos libres; o eso supongo, al menos. De manera que claudicaba y desistía, y me limitaba a estrecharla unos momentos en un abrazo fraterno antes de darle a mi vez la espalda y sumirme en un sueño sin sueños.

Esta lenidad sexual que en aquella época me salió al camino, unida a mi respuesta —por lo general débil— ante ella, surtió el curioso efecto de imbuirme de ambición material. La forma eslava, el óvalo de palidez con aderezo de mermelada, los gruñidos de compasión o aquiescencia, los murmullos susurrantes: ya no me bastaban. Me llamaba el centro —sentía cómo tiraba de mí, con sus mujeres y su dinero—. Y a finales del verano de 1958 comencé a orbitar alrededor de Moscú.

Al llegar a Kazán, Lev descubrió que su esposa y su suegra se habían retirado más allá de los límites del término municipal. Y le esperaban. Mi hermana me contó que vivían los tres en «media casucha», situada en los arrabales de otra ciudad (más pequeña, más oscura, que podría calificarse de «miserable»), donde Zoya había conseguido un empleo en el departamento de contabilidad de un silo de grano. La anciana Ester hacía y vendía colchas de *patchwork*, y desde su lecho de enferma seguía impartiendo clases de hebreo (idioma ilegalizado desde 1918) a un arrojado entusiasta y sus tres hijos pequeños, quienes dos veces a la semana se desplazaban hasta allí con tal propósito. Lev no hacía nada en absoluto. Pasaba buena parte del día (según contaban las cartas que Zoya remitía a Kitty) en decúbito supino, una actitud tan comprensible como saludable, apostillaba ella; se proponía así «recobrar las fuerzas». Yo me abstuve de pronunciarle. En los últimos meses de internamiento, Lev había vuelto a ser uno de los hombres de mejor condición física de todo Norlag. Sordo de un oído y con los dedos de la mano-garra derecha permanentemente crispados —aun durante el sueño— alrededor del mango de un pico o de una pala imaginaria, seguía conservando la fortaleza física. Al parecer mantenía que no pensaba trabajar para el Estado, aunque lo cierto era que el Estado tampoco lo quería, a estas alturas, entre quienes trabajaban para él. Y fuera del Estado nada había. Se quejaba de sufrir jaquecas y pesadillas. Fue el principio de un deterioro largo.

Yo corrí mejor suerte. Al principio vivía en rincones, pero luego me instalé en la periferia norte de la capital, y desde allí viajaba al centro cada mañana, en el tren de las siete. Enseguida hice dinero... En 1940 había cuatrocientos televisores en la Unión Soviética. En 1958 eran ya dos millones y medio. Todos y cada uno de ellos pertenecían a camaradas del partido. Ocuparme de los televisores de la *nomenklatura*, en esto consistía mi empleo diurno y mi empleo nocturno: en instalarlos, repararlos o sencillamente adecentar los desbarajustes que causaban, dado que explotaban con frecuencia (incluso apagados; incluso desenchufados). Pronto me permitiría un gran despilfarro: la compra de mi Certificado de Rehabilitación. Un desembolso notable, en aquellos años, dado que Rusia no se había transformado todavía en una sociedad del soborno —o todavía no había vuelto a serlo—. Pero me consentí ese capricho.

En el momento de irme tenía veintiséis años. Cuando regresé estaba a punto de cumplir los cuarenta. La gula y la pereza se vieron discretamente relevadas en su papel de metas vitales por la avaricia y la lujuria; sumadas a la poesía (sí, a la poesía), pasaron a consumir todo mi tiempo libre. Frecuentaba a las gentes de la economía sumergida, y todas mis amigas estaban cortadas por el mismo patrón. Seguramente no faltaría a la verdad si afirmase que todas ellas eran del tipo «crupier». Se trataba de acompañantes de peces gordos y chicas de vida alegre, ya veteranas, con magníficas dotes para los negocios. Y en mis tratos con esas mujeres, Venus, me topé

con una dificultad de índole logística que habría de causarme crecientes desazones. Pensemos en cualquiera de ellas: escojámosla al azar. El inventario de su cuerpo y sus talentos corría siempre parejo, huelga decir, al catálogo de su pasado. Y ese pasado suyo era largo, y agotadoramente populoso. Y seguían coleando..., esos hombres: verás, en aquella época ya prácticamente no se mataba a nadie. Y yo tenía que averiguar cosas sobre ellos. Sobre todos ellos. En consecuencia, no pocas veces me descubría prorrogando un romance naufragado sin remedio, del que llegaba incluso a duplicar su duración natural con el único objetivo de asegurarme de haberle sonsacado todo sobre aquel rudo contrabandista de Vladivostok, sobre aquel atildado bisutero de Minsk.

Entre 1946 y 1957 comí dos manzanas, una en 1949 y la otra en 1955. Ahora no escatimaba esfuerzos para comerme una todos los días. El hombre que solía vendérmelas era consciente de que la fruta fresca constituía una suerte de manjar en la Unión Soviética. Sin embargo, ambos discrepábamos por completo en nuestra concepción de lo que era una manzana. En la cola de su puesto se cruzaban corrientes de identificación y recelo. Si en la cola había cincuenta rusos, siete u ocho de ellos habían estado fuera. Otros siete u ocho habían contribuido a que enviasen allí a los primeros. Mi mirada se encontraba con la de hombres y mujeres que coincidían conmigo en lo que era una manzana. Yo me la comía entera, el corazón, las pepitas, el rabillo.

Se imponía que nos viésemos. Hubo una serie de sondeos por poderes, de vagas propuestas vagamente aplazadas. Por parte de Lev, una sensación de reclusión o parálisis; por la mía, algo semejante a la aprensión del diagnóstico inminente. La marioneta de bolsillo dormía a mi lado, con el ceño relajado en su combinación blanca. ¿Se despertaría? ¿Querría yo que se despertara?

En cuanto tuve en la mano las llaves del nuevo apartamento, di un paso hacia delante. La mía era una invitación que a un ruso jamás se le ocurriría rechazar: una fiesta de inauguración de la nueva casa, en Pascua. Se aproximaba la fecha: el equinoccio de primavera, la primera luna llena sobre la llanura eurasiática septentrional, el viernes, el sábado, el domingo.

Llevaba dieciocho meses sin ver a Lev. Entró directamente en la sala principal, dejando a Kitty y Zoya aún en la puerta, a medio saludo. Registró mi sonrisa, mis brazos abiertos, pero no cejó en su inspección del entorno: las alfombras, los sofás, el televisor —a la altura del pecho en su mueble de madera de nogal—, el cuerno de cobre del gramófono. Aquella expresión de desprecio ligeramente divertido no confería precisamente encanto ni distinción al rostro de nariz tuberosa, carente de plinto. Avancé hacia él y nos dimos un abrazo. O yo le di a él un abrazo. Estaba más grueso, más blando, y olía a tejidos sintéticos sin lavar. Pero entonces Zoya inundó la

estancia con su presencia, y sacamos champán, y empezó la comida que habría de durar siete horas.

—¿Ves a qué me refiero? —dijo Kitty, más tarde—. Le está chupando la vida. Quizá sólo es la impresión que da, dije.

Y es la impresión que daba, porque Lev orientaba el oído bueno (a menudo «amplificado» por la bocina de la mano-garra derecha) exclusivamente hacia Zoya. Y ella hacía las veces de intérprete. Si le hacías una pregunta a Lev, él te devolvía una mirada de rústica incompreensión, una mirada que se desvanecía poco a poco a medida que Zoya, en estrecha contigüidad, lo proveía del murmullo de su glosa. Lev no oía —y tampoco hablaba—. La tartamudez había vuelto a él de forma definitiva. Hasta el punto de que algunas veces, cuando ella le hablaba con profusión de gestos (Zoya gesticulaba siempre) y articulaba con embeleso su discurso sin pronunciarlo en voz alta, parecía que asistíamos a un rito de lectura de labios y lenguaje de signos, y que sin ella Lev habitaría en soledad su universo de mutismo.

Dije: Al final se fue animando un poco.

—Sí —contestó Kitty—. Cuando se emborrachó.

Está mucho más hermosa que antes, creo yo.

—¿Te parece? Sí. Lo está.

Tiene... *gravedad*. Ella no, pero su belleza sí.

—Te he visto mirándola... ¿Es que *todavía*...?

No, no. Ya no, gracias a Dios.

—Préstale dinero a Lev. Dale dinero.

Pero yo dije que ya lo había intentado.

Nuestras reuniones, que llegaron a hacerse bastante regulares, pronto se ajustaron a una pauta —una especie de duelo infantil de afirmación y refutación—. Por regla general eran ellos quienes venían a vernos, pero las normas de la hospitalidad requerían que de cuando en cuando nos desplazásemos nosotros. Lev se mostraba muy diferente en Kazán. Allí mandaba él. Cuando nos citábamos no era en el hotel en el que nos alojábamos Kitty y yo, sino en la calle, en una esquina del barrio fabril — las nieblas de zinc de Zarechye—. Acto seguido nos esperaba una larga caminata, en la que los invitados nos afanábamos por seguir el paso de las dos figuras en trenca y capucha, de los dos pares de rechinantes botas de agua. «En fin, ya estamos aquí. Qué bien», decía él al abrir la puerta empapada de la cantina de un albergue o de un comedor de economato. Mientras los demás dábamos vueltas a la comida en el plato, él nos interpelaba para que nos pronunciásemos sobre su calidad. ¿Está en su punto la carne de caballo? Espero que las gachas estén al dente. Cuando nuestro encuentro llegaba a su fin, nos tomábamos un vaso de burdo vodka en algún bar bullicioso o alguna taberna de tres al cuarto. Y a las ocho y media Lev y Zoya encaminaban sus

pasos rechinantes hacia la estación de autobuses.

Aquellas salidas, por supuesto, respondían a un propósito de patente, e incluso descarada naturaleza punitiva. A Kitty no le molestaban demasiado, y a mí me parecían hasta divertidas, aunque de un tenor un tanto desquiciante. Era Zoya quien sufría. Se abanicaba, mientras mantenía la cabeza erguida en un ángulo orgulloso, e inspiraba con violencia por las rígidas narinas. Cada sonrojo le duraba media hora, y el gran astil de su garganta se asemejaba a un acuario de movedizos carmesíes y morados. En Moscú, como es obvio, yo me desquitaba llevándolos a novedosos asadores de economía sumergida, primero, y a convencionales casinos de economía sumergida después. El camarero de esmoquin, aquel día, nos sirvió chartreuse verde, y yo brindé por los treinta años que cumplía Zoya levantando mi copa bajo los abalorios de lentejuelas y las girantes esferas espejadas.

Al verlos juntos era inevitable sentir ese acuciante embarazo —embarazoso para la Revolución y para todos los sueños utópicos, incluidos los tuyos: la desigualdad humana—. Confío en haber sabido transmitir con claridad que la apariencia física de mi hermano siempre conseguía conmovirme. «Una cara *cara*», como la llamaba siempre nuestra madre, si bien antaño iluminada por la sonrisa y los tiernos ojos azules. Y hacemos encomio de Zoya, ¿no es así, Venus?, por su indiferencia para con las normas y los cupos de la convención romántica —y etcétera, etcétera—. Pero existe algo que llamamos fuerza vital. Y el contraste parecía salido de un cuento de hadas, o de una canción infantil, o de una tarjeta postal jocosa.

Jack Spratt no comía grasa.^[10] Y a su lado Zoya, cuya estatura parecía aventajar en un metro a la de Lev, se movía en incesante balanceo (aquello era Moscú) mientras reía, cantaba, remedaba, rebosaba. En las miserables casas de comidas de Kazán, Lev hacía una escena al llegar la nota, con reconcentrado fruncimiento de ceño y vivo escudriñamiento del trozo de papel que rezaba «cuatro cenas», y enredaba a Zoya en un tenso coloquio sobre el número de livianas monedas que se dejarían en el bote. En todos los demás ámbitos, Zoya pagaba siempre por cada caloría de jovialidad consumida... Lev seguía llevando el pelo muy corto, al estilo presidiario. En los viejos tiempos, en el campo, me gustaba pasarle la mano por la cabeza con suavidad, a contrapelo, y las yemas de los dedos me zumbaban. Ahora, cuando una vez me aventuré a tocarlo, la descolorida pelusa estaba húmeda y aplastada, y había perdido la capacidad de hacerme sentir cosquilleo alguno. Él apartó la cabeza con brusquedad y se llevó otro cigarrillo a la boca arrugada.

Aquellos años fueron el marco de otras mudanzas: adiciones significativas al abanico de atractivos de mi hermano. Un pliegue de grasa descolgado en extremo, como si de un prolapso o de una riñonera moderna se tratase, entre el ombligo y la entrepierna; una calva, perfectamente circular, que parecía un gorro de gamuza rosa; y, algo sobremanera misterioso, una eterna banda de transpiración, del ancho de la

cinta de un sombrero, desplegada de sien a sien. Los tres aditamentos transmitían extrañamente una impresión de uniformidad y normalización en un hombrecillo tan asimétrico. En especial la calva. Un día, al incorporarme de improviso y mirarla desde arriba, me pareció estar viendo una boca abierta, toda ella lengua, orlada por una barba y un bigote chorreantes de sudor.

Las acotaciones ceñudas y monótonas de Lev acerca de mi apartamento, de mi indumentaria, de mi coche y, en el transcurso de un experimento que no se repetiría, de mi chica crupier, eran como ronquidos procedentes de otra habitación. No me despreciaba, o eso creo, por aceptar los dineros del Estado. Despreciaba mi ambición. Yo hacía gala de iniciativa, algo que detestan todos los rusos; existía en ello, con todo, un estrato más profundo. En una de sus misivas a Kitty, Zoya apuntaba desde una actitud neutra que el círculo en el que se movía Lev en el entorno de Kazán se componía enteramente de viejos fracasados. Si nuestra relación hubiese sido menos complicada, podría haberle dicho que sus sentimientos eran similares a los de tantos otros; sucumbía, en suma, a una emoción genérica. Muchos de los que habían estado fuera también abominaban del dinero. Porque el dinero era la libertad, era incluso la libertad política, y ellos ya no querían creer en la libertad. Ojalá nadie los tuviese (dinero, libertad), parecían pensar.

Ahora yo le terminaba las frases cuando tartamudeaba. Tú habrías hecho lo mismo. De otro modo, el asunto se habría eternizado. Además, ahora siempre sabíamos con exactitud la meta hacia la que se encauzaban sus frases. Y él no se molestaba. Había dejado de tomárselo a mal porque había dejado de luchar. Lev había capitulado, sin condiciones, y la tartamudez campaba en él por sus respetos; tras un par de ganchos en la barbilla, le saltaba al pecho para enmudecerlo por estrangulamiento. Ahora, cada vez que echaba la cabeza hacia atrás todo cuanto le permitía la nuca, en este o aquel comedor popular de Kazán, la maniobra no formaba parte de la guerra civil consigo mismo —no pretendía concentrar todas sus fuerzas para una ofensiva—. Era su sumisión reacia a Zoya, que le ordenaba comerse la verdura. Echaba hacia atrás la cabeza, y adentro con la porción de berenjena renegrida o de pepino que no crujía. Daba la sensación de haber dejado de combatir contra la tartamudez, para en lugar de ello alimentarla. Una noche, tras trasegar grandes cantidades de vodka, me contó que había abandonado la lectura. No lo dijo como si tal cosa: fue un acto de desafío. «Si es malo, me disgusta», prosiguió en un tono más suave. «Y si es bueno, lo *aborrezco*.»

Las chicas eran más mesuradas, pero Lev y yo dábamos cuenta del alcohol en las cantidades de rigor. Vivíamos ambos bajo el influjo secular de la borrachera rusa. Y quizá te sorprenda saber que, además, éramos buenos borrachos, tanto él como yo: dóciles, razonablemente silenciosos, poco dados, en general, a armar escándalos o a echarnos a llorar. Normalmente llegaba un punto, hacia la mitad de la tercera botella,

en el que Lev me miraba fijamente a los ojos y casi admitía el momento de la remisión —que acaso no era sino el hecho de que no llegara la siguiente oleada de dolor—. Como bebedor no llamaba la atención. Llamarla —he de decir— le resultaría hartamente difícil. Pero sí llamaba la atención como fumador. Mira, el tabaco (al igual que la bebida) atenúa la ansiedad. Tú intenta no fumar en Rusia y verás lo lejos que llegas. Pero lo de Lev... Comía con un cigarrillo en la mano que manejaba el cuchillo. Cuando iba a apagarlo, su gesto no era sino un paso para encender el siguiente. Fumaba todo el día. Zoya contaba que ni siquiera dejaba de fumar al afeitarse.

Una vez, al verlo aspirar el humo con su acostumbrada vehemencia, me vino a la mente un pensamiento que me erizó el vello. El pensamiento era éste: dientes de loco. Sus bonitos dientes, aun profusamente manchados, todavía parecían bastante sanos. Mas los ángulos se habían reubicado. Ya no se alineaban en posición de firmes; se ladeaban y caían, se cruzaban entre sí. A veces vemos esto mismo, llevado al extremo, en los muy locos: dientes violentados y doblados por fuerzas tectónicas que colisionan muy por debajo de la corteza.

¿Y yo? Creo que podría haberlo superado como es debido, si no hubiera sido por el baile.

Ocurrió tres veces. Y las tres veces ocurrió exactamente lo mismo... Zoya sentía una atracción supersticiosa por el gramófono de mi apartamento, una fascinación que la inducía a merodear en torno, y a entrar en comunión con él. Tres veces me pidió, con aire culpable, que pusiese jazz americano. Escuchó, asintiendo, y luego posó ruidosamente la copa con un giro de cabeza y tendió a su marido una mano afinada con elegancia. «Yo ya no bailo», era la respuesta que podía esperarse de Lev sin miedo a errar. «Y tú no sabes bailar.» De modo que fui yo quien bailó con Zoya —un *jive* exploratorio y rusificado—. Ignoro cuáles serían sus dotes para la danza; lo que me consta es que bailar la colmaba de una dicha loca —hasta el último centímetro de su cuerpo—, de forma tal que uno se sentía envuelto y aun comprometido por el fulgor de su voraz sonrisa. Pero incluso a un brazo de distancia era como vérselas con una judía brincadora del tamaño de una mujer. Había en ella una resistencia —una oposición semejante al contrapeso del hueco de un ascensor, pero alineada de un modo ominoso y erróneo.

Ocurrió tres veces: tres veces desapareció abruptamente de mi vista, y tres veces volví a verla a mis pies, tendida cuan larga era, boca arriba, sacudiéndose con muda risa, con los ojos cerrados con fuerza y las manos en el corazón. La última vez (y hemos entrado en una fase de últimas veces), su vestido de verano, al resistirse a la velocidad de caída, acabó enrollado más arriba de la cintura... Y no fue solamente el impacto erótico, el poder de sus muslos bicolores por obra de las medias, la

intrincada ingeniería y atención al detalle de aquellos encajes y enganches y engarces. Fue el desvalimiento, la risa muda, los ojos sin visión, las manos plegadas sobre el corazón..., fue el desvalimiento.

—Ha sido la última vez —dijo Lev mientras yo la ayudaba a incorporarse.

Antes hablé, creo recordar, de la frialdad que el hermano mayor siempre posee como recurso. Esa frialdad fue lo que busqué entonces. En realidad no haces sino situarte a cierta distancia, aprestándote para el desastre. Y yo —Dios me asista— tenía un plan.

Por supuesto, jamás le pregunté a Lev si todavía escribía poesía. De haber estado vivo y presente, se lo habría preguntado Vadim. Sólo alguien que lo odiase habría podido preguntárselo.

Como tú dirías, Venus: piensa en Pulgarcita.

Antes de volar hacia la libertad sobre las alas del pájaro sanado, antes de que la redima el diminuto Rey de las Flores, la minúscula Pulgarcita —tal vez lo recuerdes— está a punto de casarse con el topo. De contraer matrimonio con el insectívoro de ojos diminutos y cegatos y de pasar el resto de sus días en la oscuridad.

¿Y tú? ¿Serías capaz de casarte con un topo?, quise saber.

—¡Claro que sí! —respondiste con vehemencia.

¡Yo no tengo prejuicios!, parecías decir. Tenías seis años. Aproximadamente un mes después volvió a surgir el tema de Pulgarcita, con esa reiteración tan típica de los motivos infantiles, y yo te planteé de nuevo la cuestión. Te quedaste en silencio, preocupada: fue tu primer dilema. Habías estado sopesando los pros y los contras del matrimonio con el topo. Y querías librarte del asunto. Pero ¿cómo hacer tal cosa sin herir los sentimientos del topo? «Ha herido mis sentimientos.» Las niñas pequeñas recurren a esta frase con frecuencia. El único niño que llegué a conocer bien no la habría utilizado *jamás*. Las niñas comprenden que sus sentimientos también tienen derechos... ¿Qué te ocurrió, por cierto, en el transcurso de aquellas cuatro o cinco semanas transcurridas desde la primera vez que te hice la pregunta? Cierta misterioso ascenso o promoción, tal vez. Si en ese mismo instante estuviesen rodando una película paralela de tu vida, se habrían dado cuenta de que no bastaba con cambiarte el peinado o ponerte unos zapatos con alzas: había llegado el momento de contratar a una actriz con algunos años más.

En un período posterior de tu existencia llegaste a casarte con el topo, temporalmente, cuando empezaste a salir con aquel Nigel. Cuando caminaba a tu lado, te dije, parecía un paraguas roto que llevaras en la mano. Después de él, advertí, te reservaste para los reyes de las flores, si bien con algún que otro puercoespín o turón de cuando en cuando.

Pero pongamos por caso que Pulgarcita sí se hubiese casado con el topo. Y

adoptemos el punto de vista de éste. Los dos cohabitan en el subsuelo, en una atmósfera irrespirable de humedad y negrura. La diminuta beldad es una devota esposa. Y sin embargo el topo, que no puede evitar ser medio ciego, que no puede evitar detestar las flores y la luz del sol, percibe el malogramiento de Pulgarcita — ella, que nació en un tulipán—. No está en el natural del topo pedirle que se vaya. De manera que acrecienta el parecido con una tumba de su gruta, la convierte en un lugar más oscuro, más frío y húmedo, y consigue que nazca en ella la voluntad de marcharse.

3. EL TÚNEL DE SALANG

Y de hecho se marchó, el 29 de octubre de 1962.

Fue al día siguiente de resolverse la crisis de los misiles cubanos. Y ello le confirió una perspectiva errónea. Zoya dejaba a Lev: no era el fin del mundo. O no para mí, cuando menos. ¿Existió algún catalizador? La propia Kitty, que viajó a visitarlos e interrogó a la madre, nunca llegó a concretar cuáles habían sido los detalles, por más que afirmase percibir el regusto del escándalo... Supimos que Zoya había recuperado su puesto docente. Como profesora de teatro. Y nos enteramos de su despido fulminante. Se encontraba en San Petersburgo, ciudad en la que se reuniría con ella la anciana Ester. Lev se había quedado en la mitad del cuchitril que ambos habían habitado, en las proximidades de Kazán.

Estuve cerca de un año sin verlo. Pero nos escribíamos. Le ocurrió lo que voy a referir.

En mi primera carta le hice una sugerencia práctica. Me ofrecí a comprar su Certificado de Rehabilitación, de igual manera que había adquirido el mío unos años antes (y del mismo modo que pronto habría de comprarme el carné del partido). Él aceptó mi ofrecimiento y me pidió, además, un préstamo de cierta cuantía, adjuntando un calendario de amortización con sus correspondientes intereses. Al examinar el cronograma, con sus porcentajes, con sus laboriosos decimales, sentí un profundo y oscuro desconcierto. Expresémoslo de esta manera, de momento. El hermano mayor que había en mí se sentía, cómo no, encantado con la partida de Zoya. Lo que me inquietaba era la reacción de Lev: un plan de devolución del préstamo que se extendía hasta un futuro muy, muy lejano. ¿No había sido aquello, entonces, el fin del mundo?

Ese mes de octubre solicitó con éxito un puesto de trabajo en un proyecto de construcción minera de Tiumén, al otro lado de los Urales, más allá de Ekaterimburgo. En Navidad me remitió la fotografía de una rubia pecosa, con gafas, que en un pasillo iluminado con lámparas fluorescentes posaba con las manos a la espalda. Se trataba de la muchacha de veintitrés años que había conocido en la enfermería del complejo: la pequeña Lidiya. Mencionaré en este punto que, en la carta que acompañaba al retrato, mi hermano confesaba sentir cierto orgullo reaccionario en la conciencia que Lidiya era —o había sido— virgen. Al examinar de nuevo la fotografía, tuve que reconocer que no me sorprendía en absoluto. Sin sobresaltos concluí, asimismo, que a mí no me interesaban las vírgenes. Como es lógico. ¿Qué iba hacer yo con una virgen? ¿De qué hablaríamos toda la noche?

En el nuevo año, hacia febrero, a él lo ascendieron y ella quedó embarazada. Ahora bien, Lev seguía siendo un hombre casado, y divorciarse ya no era tan sencillo como en épocas anteriores. Y es que el divorcio había sido, ciertamente, un juego de

niños. Ni siquiera había que pasar por el trámite exigido a nuestros hermanos musulmanes, quienes disolvían el matrimonio pronunciando tres veces la frase «Me divorcio de ti». En la Unión Soviética era suficiente con decirlo una sola vez, en una tarjeta postal. Pero a la sazón, y por razones a las cuales volveremos más adelante, se obligaba a las partes a comparecer ante un tribunal. Yo no podía entender —y tampoco Kitty— por qué Zoya se negó a cooperar. Lev creyó prudente viajar a San Petersburgo. En cuanto le comunicó que Lidiya estaba, como dicen los hispanos, *embarazada*^[11] (¿lo he escrito bien?), Zoya accedió; y ya todo se redujo a una mera cuestión de papeleo.

En agosto fui el padrino de la boda. Mi hermano estaba mucho más delgado (asombrosamente, le había vuelto a crecer algo de pelo), los piadosos padres de Lidiya daban la impresión de sentirse, por fin, aliviados, y todo discurrió con relativa fortuna, máxime si tenemos en cuenta que Lidiya estaba, en palabras de Kitty, «a un paso del parto». Lidiya era alta y flaca, con piernas de alambre —otra Kitty, otra Chile—. Caí en la cuenta de que era lo más opuesto a Zoya que uno pudiera imaginarse, lo cual equivale a decir que su aspecto no era demasiado femenino, por mucho que estuviera entrando ya en el tercer trimestre de embarazo. El bebé la estaba haciendo parecer cada vez más diminuta. La futura madre era como el cordel que ataba el paquete. En noviembre, a su debido tiempo, nació un niño de siete kilos: Artem.

Zoya vivió durante un tiempo en San Petersburgo con su madre. Consiguió introducirse en el célebre Teatro de Marionetas de la ciudad, donde confeccionaba trajes para los títeres, pintaba los decorados... Cuando el Teatro de Marionetas abrió una segunda sede en Moscú, Zoya formó parte del equipo designado para dirigirla. En una larga carta que escribió a Kitty, imbuida del espíritu de «borrón y cuenta nueva», afirmaba que tenía intención de «retomar la vida del corazón». Además, ella y su madre habían recuperado su antigua casa. Así que Zoya, una vez más, recibía a sus amistades en el ático cónico.

Kitty, por supuesto, fue a visitarla. Yo no. No regresé al viejo barrio para apostarme bajo su ventana. No me quedé allí durante horas, bajo cualquier meteoro, tratando de descifrar las evoluciones de las sombras que se proyectaban en el techo de su dormitorio. Antes de eso tenía que ocurrir otra cosa. Algo que aún podía estar muy lejos.

Cayó Nikita Serguéievich. Ascendió Leonid Ilich.^[12] El Deshielo, después la Pequeña Glaciación y luego el Estancamiento.

Mi vida amorosa —tal es el nombre que le daré en adelante— tomó entonces un giro inesperado. Me estaba haciendo mayor. Las crupieres se estaban haciendo

mayores. Ya no eran verdaderas crupieres —aunque en mi sueño recurrente sobre Varvara (la última de la lista), ésta estaba a cargo de una mesa de ruleta toda cubierta de fichas, y su rastrillo se metamorfoseaba continuamente en unos impertinentes—. No es fácil conseguir una sonrisa de una chica de vida alegre cuando ha dejado atrás la cuarentena. Sus pensamientos incluyen invariablemente la formalización. Probé con un par de jovencitas, pero con ellas siempre me asaltaba la sensación de hallarme en el tren o en el barco que no me correspondía, de que los demás pasajeros llevaban billetes e itinerarios distintos a los míos, distintos sellos, distintos visados. Y el mundo del mercado negro perdió la mayor parte de su pujanza desde que se aprobó la ley de 1961, que daba al delincuente económico un nuevo motivo de preocupación: la pena capital. Así las cosas, me reformé en parte, y me integré en mi generación, y empecé a entablar una serie de relaciones más tenaces, más complicadas y (ciertamente) mucho más baratas con las hijas de la Revolución, divorciadas, viudas de guerra, ex presidiarias, ex exiliadas, todas ellas huérfanas de padre, todas ellas faltas de hermanos. En 1969, durante un viaje de trabajo a Hungría, conocí a Jocelyn, con quien más o menos conviví, intermitentemente, hasta los acontecimientos de 1982 —el túnel de Salang, y lo que siguió después.

En 1969 ya había dado con mi oficio. La robótica, pero aún no en sus aplicaciones médicas. Para poder hacerte con materiales de calidad internacional tenías que dedicarte al espacio o al armamento. El sector espacial estaba ya saturado, razón por la que opté por el del armamento. Lanzadores rotatorios para armas nucleares. En efecto, niña mía: los preparativos para la Tercera Guerra Mundial. La Guerra del Tercer Mundo, por fortuna, nunca llegó a ser la Tercera Guerra Mundial. [13] (En mi actual estado de ánimo, que no destaca precisamente por su indulgencia, no iba a resultarme muy agradable tener que cargar con la culpa de la Tercera Guerra Mundial.)

Era dueño de mi propio Zigli, y tenía chófer. Pagaba con divisas en las lujosas galerías comerciales subterráneas. Muy de cuando en cuando, quizá una vez al año, hacía un paquete de blusas de seda y fulares de seda y medias de seda, y perfumes y afeites y elixires, y coloretos y realzadores y correctores, y lo enviaba, sin adjuntar nota alguna, a la ocupante del ático cónico.

Hay algo sobre Jocelyn que debes saber. El leitmotiv de su carácter era la melancolía —la melancolía melodramática—. Si en Budapest ya era triste de solemnidad, en Moscú alcanzaba niveles suicidas. Llevaba la melancolía adondequiera que fuese, quizá en el bolso, maraña negra y sin fondo de un bordado raído; o quizá en el pelo (otra maraña). Su obsesión era la transitoriedad. Oh, sí: la transformación y el deterioro de cuanto veía a su alrededor. El objeto de sus temores

era el vacío. Para Jocelyn, irse a dormir constituía un tormento existencial; si se retiraba temprano, debías colocarle al lado una radio o un tocadiscos, y quería tener la luz encendida y la puerta abierta. Todo ello venía dado —te veías impulsado a entender— por una enorme sensibilidad dictada por una inteligencia excepcional. Cuanto más inteligente fueras, más profundas serían las cotas de tu depresión. Jocelyn podría haber sido el protagonista varón de cualquiera de las novelas más severas de Dostoievski. Y era inglesa. Su marido, que pronto quedaría al margen de su vida, era el segundo de a bordo en la embajada británica de Budapest. Jocelyn Patience Harris era un espantajo y un hazmerreír, además de un muermo de mítico poder. Varias eran las razones de la atracción que sentía por ella. La primordial, el esnobismo.

También era más bien guapa, y rica, y literaria a su manera. Nunca salía de casa sin sus cuatro o cinco antologías —o tesoros— encuadernadas en piel de poesía georgiana.^[14] La leíamos juntos. Cuando aprendes un idioma, ni que decir tiene que el gusto es lo último que adquieres; yo pasé varios años de mi vida intentando impresionar a todo el mundo con mis memorizaciones maratonianas de poetas como Lascelles Abercrombie y John Drinkwater. En esa época estaba convencido de que hablar un idioma extranjero de forma coloquial pasaba por utilizar gran número de modismos y frases hechas, como «por los pelos» o «a troche y moche». ¿Te suena la expresión «anglofilo asqueroso»? Pues en eso me convertí. Y era en verdad repugnante. A veces me sorprendía a mí mismo siendo repugnante —... los tweeds y las espigas que ella importaba para vestirme, el bastón con asiento—. Amén de la altivez, y la espantosa pedantería. Tú misma llegaste a experimentarlo cuando me sobrevino aquel ataque de risa de duración preocupante y avisaste a Tannenbaum: acababa de encontrarme con la locución «tuvo la desvergüenza de hacerme una fotografía», de *Lolita*. Con todo, yo diría que la anglofilia no es irracional. Por la siguiente razón. Verás, Venus, a veces se afirma que la literatura rusa es la recompensa que nos ha sido dada por la truculencia de nuestra historia. Tan intensa, tan real, germinada en ese humus de sangre y mierda. Pero el ejemplo inglés demuestra que lo truculento no es fuente de legitimidad literaria. Al postular su supremacía mundial, la novela inglesa se ve obligada a dirigir la vista ansiosa a franceses y norteamericanos, y, sí, a rusos. Pero la poesía inglesa no soporta nuestro juicio. Y no es baladí, sostengo, poseer esa historia —y un cuerpo poético que no teme a nadie—. Poseer esa forma de gobierno y esa poesía.

Jocelyn, la suma sacerdotisa de la evanescencia y la infertilidad, se impacientaba como si sacases a colación un detalle carente de pertinencia cuando observabas que tenía cinco hijas adultas y veintitrés nietos (cada uno de los cuales recibía en su cumpleaños una tarjeta, y un insulso juguete ruso). El acto sexual, de igual manera, se le antojaba el colmo de la frivolidad, pero con frecuencia transigía. A todo ello se

sumaba la capacidad de renacimiento de su figura, una constante sorpresa. Por alguna razón que ignoro, sus anteriores amantes —su marido, entre ellos— no me inspiraban hostilidad alguna. A fuer de sincero —seré por tanto poco galante—, no lograba explicarme qué habrían visto en Jocelyn: ellos ya eran ingleses. Mi vida interior, en cualquier caso, se fue haciendo día a día más anglófona. Formaba parte del plan, pero era a un tiempo un recurso fabuloso. Cuando lo silenciaron como escritor, Pasternak se dedicó a la traducción —de Shakespeare, entre otros—. Entiendo lo que quería expresar cuando declaró que a través de su labor traductora se sentía en comunión «con Occidente, con la tierra histórica, con la faz del mundo». Jocelyn se vestía de negro, pero el negro era el objeto de su miedo. Yo me las veía con colores más biliosos —los pardos, los verdes.

Mi sobrino Artem seguía escondiéndose de Jocelyn a la edad de diez u once años. Un par de horas más tarde entraba con sigilo en la sala y se quedaba callado, mirando fijamente, para al cabo ir acercándose poco a poco a su regalo. Y en los demás aspectos no era un chiquillo tímido... Ello no impedía que todos los veranos la llevase una semana de visita. Lev y Lidiya no tardaron en acostumbrarse a ella. Al fin y al cabo, en mi país no era nada insólito el hecho de que una persona se pasase toda la cena con la cara entre las manos; no era nada insólito que una persona estuviese en posición fetal durante toda una merienda campestre. No habría llamado la atención en lo más mínimo si no hubiera sido una ciudadana inglesa libre de marcharse cuando se le antojase. Además, Jocelyn hablaba tanto ruso como un aristócrata decimonónico (una docena de palabras, a lo sumo), de modo que yo era el único que tenía que escuchar lo que decía. Y a mí me agradaba escucharla.

Lev y yo volvimos a estar muy unidos. Ah, el bálsamo de estas modulaciones: imagina el relato de una *vida* entera con balsámicas modulaciones... Lev y yo volvimos a estar muy unidos. Nos quedábamos en la cocina hasta las tantas de la madrugada, bebiendo y fumando. Veía en él indicios que me permitían pensar que disfrutaba de un bienestar cuando menos parcial. Su calidad ajedrecística era uno de ellos (para mí, acabar en tablas equivalía a subirme a una balsa en medio de una mar gigantesca). Otro: había vuelto a presentarle batalla al tartamudeo. Y ya no me taché de cruel cuando, una noche, saqué el tema de la poesía. Tenía mis razones para hacerlo. Había una cosa que aún me moría por saber.

Eso que lee, dije en voz baja, refiriéndome a Jocelyn (del cuarto contiguo, en el que dormíamos los dos, seguía llegando el sonido de su radio), es *terrible*.

—¿Terrible en qué sentido?

Se lo expliqué —... pastoral-sentimental, edad de plata...—. Le hablé de Wilfred Owen, un poeta de la Primera Guerra Mundial que se había iniciado en aquellas corrientes. Había escrito una frase: «fatuos rayos de sol».

Así deberían titularse todos los libros de Jocelyn, dije. «Fatuos rayos de sol: un Tesoro de poesía georgiana». No me explico qué es lo que saca de ellos.

—Supongo que algo sacará. Lo cual es mejor que nada. Yo soy el que no saca nada de ello. Para mí todo eso está ya muerto. A ti todavía te gusta porque nunca quisiste escribirla. Poesía, me refiero.

Esperé.

Dijo:

—Y yo solía pensar, con Mandelstam, que ésa era la medida del hombre, de la mujer: cómo respondían a la poesía. Con Mandelstam. Ahora suena antediluviano. Pero quizá sigo creyéndolo así. Y te diré quién más lo cree. Artem.

A sus quince años, Artem yacía muy dormido, como un potro, en un dormitorio de proporciones artémicas infestado de bandas y escarapelas.

—Ya lo sé. Sigue sin entrarme en la cabeza. Que yo haya creado, quién sabe cómo, una criatura tan magnífica. Y se sabe al dedillo a Ajmátova.

Por un instante se permitió una sonrisa íntima. Acto seguido se enderezó en el asiento, y dijo:

—Cuando estuvimos allí, no dejé de hacerlo. Seguía escribiendo poemas mentalmente. Hasta el 56.

Enmudeció. Nos miramos.

El 56, dije. La Casa de los Encuentros.

—Oh, pierde cuidado —dijo—. Ahora no, todavía no. Pero antes de que me muera, *lo sabrás*.

En ese momento entró Lidiya, bostezante, arrastrando los pies, enfundada en su bata tubular; y después entró Jocelyn, inapelablemente insomne, de negro. Se me ocurrió que aquellas dos mujeres eran vivas antítesis de Zoya: Lidiya en la esfera corporal, Jocelyn en la espiritual. Si alguien las juntase a las tres en un cuarto, sin duda se daría un caso de $E = mc^2$, tal como supuestamente ocurriría si la materia entrase en contacto con la antimateria.

Lev, concluí, se hallaba disociado en la misma línea. Ahora se encontraba bien, o casi, en cuanto a salud mental, pero no así en cuanto al cuerpo. Veía en él la mirada crispada, orlada de rojo del enfermo crónico. Durante una temporada, cada vez que se veía en la necesidad de enfrentarse a un acceso de tos, salía de la pieza; poco tiempo después salía de la casa. En la edad madura estaba padeciendo un asma debida al «estrés». Aquellas crisis lo implicaron en un género de lucha diferente. Echaba hacia atrás la cabeza. Era capaz de inspirar, pero no de expulsar el aire. Lo intentaba. No era capaz de hacer que el aire le saliera de los pulmones. No era capaz de echarlo fuera.

—Deja de mirarme así.

¿Así, cómo?

—Como me miran los médicos.
Y es que yo, Dios me asista, tenía un plan.

Este período de calma burguesa, de progreso y poesía y movilidad social ascendente, de inexistencia de violaciones y homicidios, está a punto de llegar a su fin. Permíteme, pues, que te ponga al corriente.

Con el cambio de década asistimos a una serie de acontecimientos, reflejo (según ahora parece) de una voluntad de toma de posiciones con vistas a noviembre de 1982. Lev estuvo hospitalizado un par de semanas. Querían monitorizarle el corazón mientras lo atiborraban de salbutamol, el nuevo fármaco contra el asma. Cada día más crítica con lo que ella llamaba su «ecuanimidad ovina», Jocelyn regresó a Inglaterra, de visita. En la única carta que me envió, documento en sí mismo notable por lo risueño, afirmaba que no era el vacío, y su meditación sobre él, lo que la deprimía: lo que la deprimía era Rusia. Y no iba a volver. Mi sobrino Artem pasó las navidades de 1980 en la bodega de un Stratocruiser del ejército, rumbo a Afganistán y la guerra contra los muyahidines. Estaba en el cuerpo de telecomunicaciones, y lo destacarían a cierta distancia del frente. La Navidad: una efeméride que nada significaba para musulmanes y comunistas. Y Zoya..., Zoya hizo algo extraño.

Las noticias de Zoya siempre llegaban a mí —con un destello— a través del prisma de mi hermana. Las dos solían verse una vez al mes, y cuando Kitty me presentaba sus informes adoptaba el aire de una asistente social abrumada de trabajo que describiera un caso de singular contumacia. Por otro lado, era dada a salpicar su discurso con repentinas expansiones físicas; durante no pocos minutos se deshacía de su esbeltez, de su flacura, y se mostraba henchida de posibilidades... Recurriendo con frecuencia a las comillas, Kitty me informaba, por ejemplo, de que Zoya se había «enamorado de “un coreógrafo maravilloso”», de que Zoya estaba «loca por “un fabuloso diseñador de vestuario”». Con el paso de los años, sus amistades masculinas daban más y más la impresión de ir perdiendo fuste y capacidad de permanencia. Yo me preparé para la era del fabuloso atrezista, del maravilloso recogedor de entradas, etcétera. Pero cuando la década vieja se transformó en la nueva, sucedieron dos cosas, y Zoya cambió. En la misma semana cumplió cincuenta y tres años y enterró a su madre. Y Zoya cambió. A principios de 1981 le comunicó a Kitty, en tono tranquilo, que había aceptado una propuesta de matrimonio.

Adelante, dije. ¿Con quién se casa?

Kitty hizo una pausa, prolongando su poder. Y dijo al fin:

—Con Ananías.

No. Creía que estaba muerto.

—¡Con Ananías! ¿Cómo vamos a decírselo a Lev?

Un solo nombre: Ananías. En la actualidad colaborador esporádico de la sección

moscovita del Teatro de Marionetas, Ananías era un famoso dramaturgo del pasado. *Los bribones*, la obra que cimentó su reputación (era también autor de relatos y novelas), vio la luz a mediados de la década de los años treinta. Ambientada en un campo correccional de trabajo, presentaba a un grupo de urkas un tanto apáticos. A principios de los años cincuenta volvió a llevarse a escena, y luego el propio Ananías la adaptó para el cine, con gran éxito y un título nuevo: *Los pillos*. Ananías tenía ochenta y un años.

¿Y Kitty? Mejor sería dejarla al margen, porque no vamos a verla mucho más. No, jamás encontró el amor verdadero. Una pasión que no era de las intensas la condujo a una incurable querencia por un hombre casado, que hacía muchos años que había dejado de prometerle que abandonaría a su familia. Con el tiempo, además, Kitty trabó amistad con la esposa, y se convirtió en una especie de tía bonachona para el único hijo de la pareja. Si te cuento todo esto es para mostrarte cómo las gentes de todo el mundo son capaces de crear sus propias trampas, sus propias adhesiones. No siempre se requiere la orquestación del Estado.

En aquel momento, después de Jocelyn, yo vivía un descansado romance con una intérprete del Ministerio de Defensa. Descansado, porque la tímida Tamara guardaba todavía luto por quien había sido su marido durante veinticinco años (en su historial no había, pues, más que un solo hombre). Aunque su inglés coloquial no pasaba de mediocre, su dominio del lenguaje técnico era de primera, competencia que me sería muy necesaria en el futuro. Tamara también estaba un poco chiflada, pero tendía hacia el extremo contrario, y era más fantasiosa que maníaca. Tenía obsesión con su dacha —la cabaña reformada que poseía en el sur de Ucrania, en las playas del Mar Negro—. Juró que me llevaría a ella en primavera. Cuando me dormía, ella me hablaba en mórbidos susurros. Moraríamos en aquella humilde cabaña, y por las mañanas nos bañaríamos desnudos en las aguas turquesas, y pasearíamos durante horas y horas por la arena bajo el confeti de las blancas mariposas. Sí, adoro nadar, es cierto; bracear con fuerza y después flotar y dejarme llevar, suspendido, sin lazo alguno...

El 3 de noviembre de 1982, junto con centenares de rusos y afganos, a Artem lo mataron en el túnel de Salang, en la carretera que parte de Kabul y conduce hacia el norte. El túnel de Salang horada el Hindú Kush, y es el paso subterráneo situado a más altura de todo el planeta. Fue construido por los soviéticos en 1963, y en consecuencia era, y sigue siendo, incluso en tiempo de paz, una trampa mortal de cuatro dimensiones y 360 grados. El convoy de Artem, que acababa de despejar una avalancha, se dirigía al norte. Otro convoy, en el otro extremo del túnel, a tres kilómetros de distancia, acababa de despejar otra avalancha, y se dirigía hacia el sur. Tal vez se produjo una colisión; de lo que no hay duda es de que hubo una explosión.

Nos dijeron que habían muerto «varias docenas», pero es probable que el número de bajas se acerque más al millar. No los mató la explosión. Fue el humo. Porque las autoridades rusas creyeron, equivocadamente, que el convoy de Artem era objeto de un ataque muyahidín. Y en consecuencia obturaron el túnel de Salang por ambos extremos. ¿Por qué hicieron eso, en cualquier caso? Cegados, enloquecidos, asfixiados, a tuestas, agitando brazos y piernas, dando golpes a diestro y siniestro... —y todo muy lentamente—. Una muerte total, una muerte *profunda* la de Artem.

Me presenté en la casa al día siguiente de haber recibido el telegrama. Todas las persianas estaban bajadas. Te preguntarás cómo tuve humor, pero me acordé de Wilfred Owen: «Y en cada lento ocaso, las persianas caen.» El poeta retrataba un hogar visitado por la muerte de un ser querido (o una serie casi infinita de hogares en tal trance) en los «condados tristes» —octubre de 1917—. La persiana bajada era un reconocimiento y una especie de señal. Pero los afligidos necesitan la oscuridad. La luz es la vida, algo insoportable para ellos, al igual que las voces, el canto de los pájaros, el ruido de unos pasos que saben adonde van. Y ellos mismos son fantasmas, y buscan una atmósfera amable con los fantasmas, propicia a la visita de otros fantasmas (o de un fantasma en particular).

Hasta que no pude soportarlo más estuve sentado con ellos en las sombras. Diez minutos. En el hotel de la estación, el agua del cuarto baño salía negra. Lo cual no me sorprendió ni me inquietó en absoluto. ¿Qué color se suponía que era el del agua? Me miré en el espejo y sentí que podría quitármela sin más —la cara—. Encontraría los corchetes detrás de las orejas, y se desprendería sin dificultad... Les llamé por teléfono una y otra vez, cada pocas horas. Los visité. Y cada vez que salía por la puerta principal era como si me hubiera debatido en medio de las aguas y al final consiguiera aspirar una bocanada de aire.

Me dijo esto. Es todo lo que me dijo. Me dijo:

—Lo peor es la pena que me da.

Lidiya estaba siempre arriba, en el cuarto que había sido de Artem.

Pregunté en voz baja: ¿Qué hace ahí arriba?

—Tan joven, y tan asustado. Está oliendo su ropa...

Las persianas no volvieron a subir. En la mañana del tercer día Lev dijo que, hasta donde era capaz de ubicar su dimensión física, creía estar sufriendo vértigos. Fue ingresado en la enfermería de Tiumén y trasladado esa misma tarde al hospital de Ekaterimburgo. Tras alejarme unos pasos de Lidiya, el médico me dijo que jamás había visto un paciente que respondiese tan débilmente a las descomunales dosis de fármacos que le estaban administrando. Lo llamó «fallos en cascada»: uno tras otro, los órganos dejaban de funcionar. Mi hermano yacía en la cama —levantada por la cabecera—, inmóvil y silente, pero a la vez se movía vertiginosamente: giraba en el interior de mi cabeza, y desaparecía en un remolino.

Estuvo consciente hasta el final. Sus ojos iban de una cara a otra —la de Lidiya, la de Kitty, la mía—. Su mirada era la de un hombre que teme estar olvidando algo. Y entonces recordó. Se despidió de cada uno. Pareció estudiar mi cara. No me descubras, pensé. No lo cuentes.

—Por fin, ¿no? —dijo. Y después añadió estas dos palabras—: Por favor.

Lev murió el mismo día que Leonid Ilich —el 10 de noviembre—. El mismo día que el hombre que envió a Artem al túnel de Salang.

4. LA CASA DE MALA REPUTACIÓN

Ella estaba viviendo, Venus, en una casa de mala reputación... Espera. ¿No habría que dejar pasar un tiempo prudencial? No, *ya* hemos dejado pasar un tiempo prudencial. Veinte años. Por supuesto, podía decirme a mí mismo, mientras recorría las calles de la capital, que era un mensajero que le llevaba las nuevas fúnebres, como el mejor de los hermanos —el mejor de los hermanos—. Pero no lo hice. Tenía un plan. Y ella estaba viviendo, Venus, en una casa de mala reputación.

Era la emblemática manzana de mansiones del Dique, un rectángulo de imponente alzada, un torso que saca pecho, cubierto de condecoraciones, como en posición de firmes sobre el Moscova: gótico neoclásico, y violentamente vasto. Cuando declaro que era una casa infame, como estoy haciendo en este momento, utilizo la expresión en su sentido antiguo,^[15] y no sólo como sinónimo de «de mala fama». Construida en la inmediata posguerra para alojar a la *nomenklatura* victoriosa, todavía albergaba a un buen número de venerables y ufanos asesinos de masas —amnésicos taciturnos que vivían de pensiones del Estado—. Aunque en aquella época el vecindario era ya más heterogéneo, cuando accedí al edificio y fui cacheado y hube de esperar a que el guardia hiciese una llamada pude haberme cruzado con cierto Kaganóvich aquí, con cierto Mólotov allá.^[16] Entré en el ascensor de madera, que osciló sobre su mecanismo de resortes. Al elevarse, la antigualla comenzó a chirriar, como si el hueco y su gastado contrapeso fuese un instrumento de tortura de ocho pisos de altura. La plataforma enjaulada ascendía y era fagocitada por las entrañas de la casa de la infamia.

Había cruzado la ciudad a pie desde el Rossiya, tras instalarme en una suite con vistas a la Plaza Roja. Era el 17 de noviembre de 1982 y Leonid Ilich iba a recibir sepultura. Durante el funeral de Iósif Vissariónovich, en 1953, la ciudad entera se desgarró en un alarido: los gritos humanos, las bocinas de automóviles y camiones, las sirenas de las fábricas, las alarmas. Rusia no había enloquecido en toda su historia, Venus, como enloqueció ese día. Centenares de personas, tal vez millares, sucumbieron pisoteadas o aplastadas (y no sólo en Moscú). Mi hermana estaba allí. Los cadáveres, me contó, rodaban cual barriles por la empinada cuesta que desembocaba en la Plaza Trubnaia, donde iban a detenerse bruscamente en un lago de sangre. Hasta Pasternak, e incluso Sájarov, sintieron el pánico. Había desaparecido una presencia de atroz inmensidad; y era reemplazada por una ausencia de atroz inmensidad. En el vacío, todo el mundo creyó en verdad que la propia Rusia... —¿que la propia Rusia qué?—. Que la propia Rusia dejaría de existir. Los únicos que estaban contentos eran los judíos. Los judíos y los esclavos... Pero no hubo dolor, no hubo Apocalipsis para Leonid Ilich. En lugar de una demasía letal de seres humanos, se daba una carestía embarazosa de ellos. Autocares y camiones habían transportado

a la ciudad a trabajadores en duelo de los complejos agropecuarios e industriales de la periferia. Iban de luto. El negro de las mujeres, raído y inflado; el de los hombres, con el brillo del uso. Atravesé una ciudad de Jocelyns y sepultureros. También yo llevaba corbata negra bajo la bufanda de seda blanca, bajo el abrigo de cachemira.

Dejé bufanda y abrigo en manos de la doncella uniformada. Y me volví. Zoya estaba delante de una mesa redonda, y apoyaba en ella las yemas de los dedos enguantados. También ella iba de luto: traje negro, medias negras y zapatos negros, y un velo de malla fina prendido del borde de su tocado de terciopelo.

—Cleopatra —dijo, sin asomo de jocosidad en el tono— hacía bien. —Me dirigió una mirada examinadora: mi ceño fruncido, mi corbata negra de punto—. Hacía matar al mensajero si le traía malas noticias. Como debe hacerse. Pero a veces lo mataba antes de que llegase a abrir la boca. *Antes*. Y yo debería matarte ahora. Kitty me contó lo de Artem. Pero no estás aquí por eso, ¿verdad? Es por su padre. Tu hermano. Mi primer marido.

Y avanzó con un tambaleo, y me envolvió en ella. Yo —sucediese lo que sucediese— había llegado con el propósito de hacer acopio de impresiones sensoriales, de futuros recuerdos olfativos y táctiles. Y los rusos son expertos en consolar a las rusas afligidas por la muerte de un ser querido. Saben que el abrazo será prolongado, y que en estos casos rige cierta licencia. Parece claro que queda autorizada la caricia de las zonas laterales de la parte alta del tórax; y cuando susurras «ya está, ya está» estás pensando también en la región que cae en pendiente bajo una axila, bajo la otra... Zoya lloraba con todo el cuerpo. Sentía su aliento caliente en la oreja mientras respiraba agitadamente y tragaba saliva y al final estallaba..., y el velo se humedeció contra mi mejilla. El velo: sombría labor de malla para los ojos, la nariz, la boca; cuando se incorporó y fue hacia la puerta y se retiró, se le había quedado pegado a la cara, y no sólo por obra de las lágrimas sino también de otros fluidos. Levantó una mano negra y me indicó el camino con la otra.

En la sala de estar, una de las tres ventanas emplomadas estaba abierta al aire de la mañana. Cuando me acerqué a las hojas de vidrio sinuoso percibí un olor dulce, pero de una dulzura siniestra; venía, bien lo sabía, de la fábrica de chocolate Octubre Rojo que se alzaba al otro lado, pero a mí me recordó al olor a humanidad en el deshielo ártico. De improviso pasó por delante de mí el uniforme de la doncella, y vi cómo cerraba la ventana con una leve exclamación de sorpresa. ¿Cómo deseaba — quiso saber entonces— yo el café? Contesté que no quería café, gracias. Temía que la agitación pudiera aumentarme siquiera un ápice. De lo que sigue tendrías que tomar buena nota. Soy incapaz de hablar de la pérdida de una vida infantil. Pero hablar de la de prácticamente cualquier otra es para mí como un estimulante. El mío era un caso excepcional y pavoroso, estoy de acuerdo, pero sospecho que ese efecto estimulante

tiene ámbito universal. Se te pide, a fin de cuentas, que registres el contraste más radical de todos los concebibles. Y yo estaba muy vivo. Pero no temas. La factura, en bandeja de plata, se presentará más adelante. Los pagos se efectúan conforme a un plan de plazos —sistema que los ingleses, con una vena artística pero faltando a la verdad, solían llamar «el nunca-nunca»—. Como digo, debes tomar nota de estas reflexiones sobre la pérdida de un allegado, Venus. Tú, que estás a punto de perderlo.

Iba ya por el cuarto cigarrillo cuando apareció de nuevo. Ahora llevaba el velo levantado, y prendido en el sombrero. Cuando se produce un reencuentro tras un largo interludio, las mujeres hermosas hacen lo siguiente, según he descubierto: avanzan sigilosamente hacia ti con el rostro bajo y ladeado, atisbándote no desde las ruinas de lo que un día fueron, sino desde el museo que hoy guarda en vitrinas sus trofeos. Zoya, conservadora del museo de sí misma... Y en verdad allí estaba, todo ello, a despecho de su colorido de penumbra y rubor, de aquella carne suya que se hidrataba a sí misma: las sedosas fisuras de la frente, las bolsas cárdenas bajo las órbitas, las líneas sobre el labio superior, y la añadidura de las arrugas de dolor propias de todos los rusos, que le acentuaba el empuje de la mandíbula. Vista de frente, su figura parecía haber conservado contornos y perfiles, pero cuando se volvió fue como si (por abundar en una metáfora de escolares) una isla caribeña de arrecifes hubiera soltado amarras y viajado a la deriva hasta el golfo de Panamá.

—Su traje... —dijo—. ¡Y sus zapatos! He palpado tu abrigo durante cinco minutos largos. No me he privado en absoluto.

Y tú..., dije yo. Tu pelo...

—Todavía negro. Porque me lo tiño a conciencia una vez a la semana. Ya ves, lo tengo todo gris. Como Voltaire. Oh, es horrible, presentarte ante el pasado. Ojalá todos mis amigos se quedasen *ciegos*. Yo... —Bajó la cabeza y adoptó la expresión de quien escucha atentamente. Y dijo—: Ahí viene. Ahí viene. Sólo será un minuto. Quiere presentarte sus respetos.

Y entonces entró él, por las puertas dobles... Hasta 1960, aproximadamente, todavía era posible ver a Ananías en carteles y vallas de Moscú y San Petersburgo. Sentado a una mesa con la barbilla sobre la palma de la mano, el tupé ladeado de color castaño, el mohín de determinación burlona, el aire de bohemio conspicuo. ¿Y entonces? A una importante proporción de viejecitas se les depara el sino de acabar convertidas en viejecitos: hombrecillos decrepitos con bragas y camisolas. Menos frecuente es que se dé el proceso inverso, pero allí estaba Ananías, una hembra decrepita con traje y corbata. Una gallina vieja y correosa con calcetines con ligas y zapatos de hombre de cuero negro. Hasta los hombros, rígidos y retraídos, eran femeninos. También mostraba ese dinamismo que algunos dicen admirar en las señoras entradas en años. Sólo en las frondas boscosas de las cejas se percibían las cargas y los cálculos del hombre.

Zoya hizo las presentaciones. Y creerás que me invento lo que sigue, pero no es así. Su apretón de manos fue tan repulsivo que de inmediato decidí que, cuando llegara el momento de despedirme, preferiría abrazarlo o incluso besarlo antes que tener que estrechar de nuevo aquella mano. Pálida y húmeda, la carne parecía a punto de ceder, de disolverse. Era como apretar un guante de goma engrasado y medio lleno de agua templada.

En este punto, Zoya se excusó, no sin antes prometerle a su marido, que la miraba con ansiedad, que no tardaría en volver.

Ananías se acomodó en su butaca, y dijo:

—Me temo que habrá tenido usted un vuelo terrible sobre las montañas.

Yo dije: ¿Las montañas? No. Apenas merecen tal nombre.

—Ah, pero las bolsas de aire, ¿no es cierto?, las bajas presiones. Se producen en esa zona porque...

A medida que discurría la conversación, me sorprendí entendiendo algo sobre Ananías: era posible emitir un juicio bastante exacto sobre su persona. El año anterior había visto una reposición del filme basado en su pieza teatral, *Los pillos*. Había leído, además, una recopilación de sus relatos, publicada en 1937. El libro me inspiró una sorpresa y una zozobra hartó profundas. En un nivel superficial, sus cuentos seguían el modelo social-realista: las vicisitudes, pongamos por caso, de una planta de producción de arrabio o de una granja colectiva, encaminadas a reafirmar «la línea general». Lo anómalo era lo siguiente: Ananías tenía talento. Un alto y agudo nivel de percepción seguía en él vivo y restallante. Su prosa era una prosa viva. Y cuando llegabas a los pasajes en los que se veía forzado a airear formulismos y liturgias, casi eras capaz de visualizar cómo las teclas de la máquina de escribir se atascaban y se apelotonaban en cuña, como un puñado de largos y delgados dientes negros. En los años treinta, el futuro de un escritor con talento que no estuviese ya en presidio se reducía a dos opciones: o el silencio, o el colaboracionismo seguido de suicidio. Sólo los autores sin talento eran capaces de colaborar sin volverse locos. Ello hacía de Ananías un ser aún más singular. En cuestión de minutos pude percibir la fuerza de su angustia mental acumulada, tan imposible de pasar por alto como el tacto de su mano o el olor de su aliento. Su aliento..., parecido al aire que flotaba sobre Predposilov.

Zoya parecía estar siempre yendo y viniendo, y ahora venía una vez más (con el cuello erguido, como sus andares rígidos). Ananías la miró como pidiéndole permiso y dijo con su voz ingrátida:

—Lo acompaño en el sentimiento. Y el muchacho... Qué terrible, ¡qué terrible! Hijo único... —añadió, asintiendo para sí mismo—. Esta guerra actúa en nosotros como un veneno. Las cifras aún no han alcanzado cotas monstruosas. Pero los muchachos que están muriendo no tienen hermanos, no tienen hermanas. Sus familias quedan destruidas de un solo golpe. Nuestra sociedad en pleno se espanta ante esta

guerra.

Se detuvo, y la barbilla le descendió hasta el pecho. Al levantar la mirada de nuevo, reparé en que hasta el cristal de los ojos envejece, y se ondula con muescas y callosidades. Dijo:

—Tengo tantos años como el siglo. ¡Aún más! ¡Nací en 1899! —La cabeza se le movió en un espasmo—. Su hermano aún era joven. ¿Qué edad tenía, querida mía? La misma que tú, ¿no? Menos aún. Todavía era un jovencito. Y dejar el mundo de semejante forma. A su edad. Impresionante. Impresionante...

Ananías seguía en su butaca, con las manos en el regazo, con los dedos entrelazados. Sus manos: ¿cómo soportaban sus manos el tacto mutuo? ¿Por qué no salían disparadas en direcciones opuestas? Sentí una lástima abstracta por la mota de polvo quizá atrapada entre ellas, en el vil abrazo bivalvo de sus manos unidas. La respuesta que le devolví fue suave y valerosa, pero ya había quedado claro que no habría un segundo apretón de manos que evitar —o al que sobrevivir.

Dije: Supongo que sabrá usted que Lev pasó diez años en un campo.

—No había otro remedio, ¿comprende? Ningún hombre libre habría hecho ese trabajo. Las minas de oro, de uranio, de níquel, de todo cuanto necesitó la nación para sobrevivir, en sentido literal...

Fue después de la guerra, dije. Estuvimos allí después de la guerra.

—La institución se atascó. Como siempre ocurre. Pero todo eso fue hace mucho tiempo. Y mírese ahora. Ha hecho las paces con el Estado. Y le está yendo *más que bien*, si me permite decírselo. A usted no le hizo demasiado quebranto, ¿me equivoco?

Esperé. Miré a Zoya, a la espera de recibir una mirada de advertencia. Pero tenía la cabeza baja. Se me ocurrió que todos los rusos hacían siempre lo mismo. Nos encontrábamos en lucha constante contra una demencia de amargura. De momento me limité a afirmar que la realidad de los campos no era la que él había elegido describir.

—¿Elegir? ¿Elegir? Yo no elegí. Usted no eligió. ¡Ella no eligió! *Nadie eligió*.

Y lo dije. Dije: Usted sí eligió. ¿Y sabe a quién se parece? A los hombres y las mujeres del campo, los hombres y las mujeres que no son hombres ni son mujeres. A ellos les robaron eso. Pero usted... Usted se lo hizo todo usted solo.

El segundero avanzaba. Y entonces Ananías apoyó las manos en los brazos de piel de la butaca y trató de incorporarse. Con voz que de súbito sonó desvalida, infantil, dijo:

—Oh... ¿por qué piensa la gente que puede volver y ponerse a molestar a todo el mundo? Piensa que puede volver como si tal cosa. Y causar tanto dolor con esas viejas heridas.

Zoya se apresuró a ayudarlo. Me dirigió un movimiento de cabeza y un gesto

acallador, y condujo a Ananías hacia la puerta (lo cual me inspiró la enojosa idea de que estaba atendiendo a la vieja Ester, su madre).

Dediqué el segundo intermedio a moverme por la sala. Parecía que hasta el último adorno y bibelot, hasta la última cornisa y moldura, había sido potenciada —cuando no financiada directamente— por las risas indulgentes que Ananías había arrancado en toda la nación con sus picaros malandrines (y sus leves tropiezos en la senda de la redención). En *Los bribones* (1935), los fascistas, los políticos, eran sencilla y llanamente demoníacos; en *Los pillos* (1952), los políticos eran demoníacos... y semíticos: éramos todos Fagins y Shylocks, éramos todos Judas. En un rincón vi la pequeña hornacina que albergaba los éxitos más insignes de Ananías: fotografías autografiadas, copas y bandas, el certificado que lo proclamaba Héroe del Trabajo Socialista... También estuve reflexionando sobre cuán profundo era el fracaso de Zoya: no vivir según los dictados del corazón. Yo sabía por propia experiencia lo desmoralizadora que era aquella perspectiva, con mis viudas, mis huérfanas, las niñas expósitas e intercambiadas llegadas a la edad mediana, los ratones y los conejillos de Indias que todavía correteaban por el laboratorio abandonado, mucho después de concluido el experimento. Y de quienes ahora sólo se esperaba que viviesen lo que les quedaba de vida.

Zoya volvió a la sala. Judía, susurré. Y ¿«Ananías» no era también un nombre judío? Oh, ¿qué diablos *pasa* en Rusia con los judíos...? Cerró las puertas dobles y se apoyó en ellas, con las palmas abiertas contra la teca. Avanzó entonces con lo que evocaba un poco el abandono de su vieja forma de andar, y, cuando se dejó caer en el sofá, sus pies se despegaron por espacio de un instante del parqué, para volver a asentarse en el piso justo cuando me indicaba, con unas palmadas sobre la tapicería, que fuera a sentarme junto a ella.

—Ya lo he calmado.

Percibías cómo suspiraba a través del armazón del sofá.

Dijo:

—Tenemos unos cinco minutos. Antes de que empiece. Has hecho bien en venir, pero verte es doloroso. Y que me veas lo es también. ¿Por qué has venido? Debes de tener algún motivo. Conociéndote.

Le respondí que tenía dos. Dos preguntas.

—Adelante.

Le pregunté qué había ocurrido en la Casa de los Encuentros.

—¿La Casa...? —En su frente conspiraron múltiples arrugas mínimas antes de que llegara a contestar—: Oh. Aquel día. ¿Por qué lo preguntas? No pasó nada. Quiero decir, ¿qué crees tú que pasó? Fue precioso. —Al ver mi sorpresa, y sorprendida a su vez, añadió—: Supongo que fue excesivo, en cierto modo. Muchas

lágrimas, mucho hablar. Además de lo obvio.

Me disculpé entonces por adelantado por mi fastidiosa prisa, y añadí —no muy verazmente— que ciertos planes míos no admitían demora. Le dije que me iba: a Norteamérica. Donde me esperaban la libertad y la riqueza. Le dije que había pensado en ella mil veces al día durante treinta y seis años. Y que allí mismo y en aquel mismo momento, añadí, era un gozo para todos mis sentidos.

Así que la segunda pregunta es: ¿vendrás conmigo?

Y allí estaba otra vez: el olor dulzón. Pero estaban cerradas todas las ventanas. Y en ese instante, cuando la sangre me ascendía por la garganta, se me taponaron los oídos, y cuando ella habló fue como escuchar desde la lejanía, con pausa y zumbido y eco.

—¿A Norteamérica? No. Te lo agradezco, pero no. Si lo que pretendes es que diga adiós sin más a todo lo que tengo aquí y vuelva a ponerme en una situación de riesgo, a mi edad, estás equivocado... A Norteamérica. Hace meses que no pongo un pie en la calle. Hace meses que no he estado ahí *abajo*. Estoy demasiado borracha. ¿No me lo notas?

Yo habría continuado, pero Ananías la estaba llamando a voces por su nombre, y ella dijo:

—Estoy tan acabada. De todas formas. *Tú* no. Tú nunca. Él. Él.

Los bares y restaurantes no estaban abiertos ese mediodía, en señal de respeto. Respeto por el hombre más condecorado de la historia de Rusia, respeto por el curtido dirigente a quien se le venía cayendo la baba en sus apariciones públicas desde hacía más de cinco años. A paso enérgico y elástico había cruzado el Gran Puente de Piedra, y mis pisadas habían levantado ecos. Te preguntarás por qué este tono, Venus, te preguntarás por mi paso elástico, por el eco de mis pisadas...

Pagué la entrada en uno de los clubs que había frecuentado cuando me movía en el mercado negro. Había ahora más gente del partido, parecía, además de la habitual caterva de haraganes y oportunistas. Me senté en un taburete de la barra y pedí una copa de champán. El televisor, montado en un muro lleno de bebidas, proyectaba en silencio el funeral de Estado. Y todo daba muestras de ser la habitual obra maestra del tedio cuando ocurrió algo. Algo que silenció la sala en ese instante y la inflamó después en un fuego cruzado de silbidos y abucheos. Los soldados de la guardia de honor se disponían ya a cerrar el ataúd; la viuda de Leonid Ilich, Viktoriya, atrajo el aire a sus pulmones e hizo una pausa. Y entonces cometió un delito. Hizo la señal de la cruz. Había en mi país un único ser humano con venia para hacer tal cosa sin temor a represalias: ella. Hizo la señal de la cruz sobre el finado emperador de los que no tenían dios.

Y ¿albergaba yo esperanzas de resurrección, de resurrección a la undécima hora?

He de decir que sí; y no del todo infundadas, en mi caso. Abandonaba la casa de mala reputación —y no fue aquella una salida airosa, Venus—. En un primer momento no lo tomé a mal, pero no fue una salida airosa. Zoya abrió el pestillo de la alta puerta, y yo pasé a su lado y me volví con la bufanda y el abrigo en el brazo. Ella me tendió la mano de satén negro, con los nudillos hacia arriba. Y yo no se la cogí. La llamaba Ananías. Tal fue el acompañamiento de mis palabras de despedida: los gritos de Ananías, cada vez más espaciados, pero cada vez más imbuidos de desesperación.

Alcé el tono para decir que le sería imposible vivir con menos honor de lo que ya lo estaba haciendo. Teniendo en cuenta lo que le había pasado a Lev. Y a mí y a otros veinte millones de seres humanos. Aún hubo más, hubo mucho más, demasiado, del mismo tenor. Y llegó el momento en el que me referí a su marido, con una acritud a todas luces innecesaria, cual una lesbiana vieja y rancia. Zoya movió bruscamente el hombro. Yo esperé a que me diese con la puerta en las narices. Pero no hizo tal cosa; su cuerpo cambió de opinión, y ella dio un paso al frente y se apoyó en mí y me besó el labio inferior, y lo retuvo entre los dientes un segundo, mientras me miraba a los ojos.

Era una prueba.

Ahora debes creer con qué pasión, cuán desaforadamente desearía yo que ése hubiese sido el final de la historia, y que ella jamás hubiera venido a verme a las habitaciones del Rossiya.

5. SANGRE EN EL HIELO

Una de las cosas que amaba de tu madre era su nombre. Por supuesto, era un nombre muy bonito en sí mismo, pero era también —me parecía a mí— una evocación de la hechura de su vida, con sus resurrecciones cíclicas: la infancia de aparcería, las jaulas de Nueva Orleans, el primer matrimonio de conveniencia, los años en la fábrica, el tiempo con tu padre..., todo ello sobrevivido y superado. Y después tú, la llegada tardía, el «azafrán de otoño». Y luego su tiempo conmigo. Pero yo, yo no poseía la capacidad de renacer de mis cenizas. Cuando conocí a tu madre me hallaba amenazado en las fuentes más hondas de mi ser. Tu madre me hizo superarlo —o dejarlo atrás—. Pero yo no fui capaz de emular al ave fénix y levantar el vuelo envuelto en llamas.

Te sentiste sobrecogida y profundamente consternada cuando te conté, poco después de su muerte, que nuestro matrimonio había sido casto. Tenías diecisiete años. Más me habría valido mantener la boca cerrada. Si ella no te lo había dicho, ¿por qué hacerlo yo? Tal irreflexión —querría argüir en mi favor— fue hija de mi crasa euforia: fue el día en que decidiste que no te irías a vivir con tus tíos y primos, como a grandes rasgos habíamos planeado, sino que seguirías viviendo conmigo. La sensación de que Phoenix,^[17] en el último tramo de su vida, no tuvo la consumación perfecta: fue ése el motivo de tu sufrimiento. Y lo único que yo puedo hacer es repetirte —con todas las vacilaciones que puedan asaltarme a este respecto— que a tu madre no le faltaron caricias y abrazos y besos.

Y si te sigue hiriendo, Venus, al menos ahora estarás en situación de comprender.

Cuando le abrí la puerta me sentí como un niño que se cree perdido en una calle atestada de viandantes y de repente distingue ese contorno que todo lo aclara, ese indispensable desplazamiento de aire.

Llevaba un abrigo de piel clara sobre uno de los hombros. Y sostenía contra el pecho una bolsa de plástico transparente con unas botas de goma. Bajé la vista y vi sus zapatos de tacón de color rojo oscuro y las bandas de humedad en la parte delantera de las medias. Su rostro túrquico tenía la palidez de una máscara de yeso —extraterrena—. Me hizo pensar en el ungüento de textura de yogur en el que Varvara, mi crupier postrera, solía sepultarse todas las noches, hacia el final de nuestro romance; le cambiaba el color de los dientes: del tono de la carne de la almendra al de su cáscara leñosa.

Zoya entró, bamboleante, e hizo volar sus cosas (entre ellas, vi entonces, un gorro de piel estilo Davy Crockett) la considerable distancia que la separaba de uno de los pesados sillones. Le pregunté qué le apetecía beber —¿vodka, champán, tal vez un

coñac para entrar en calor?—. Rechazó la invitación con un aleteo de ambas manos.

—Les he dicho que eres mi marido —dijo. Se hundió entonces los puños en las caderas y se inclinó hacia delante, como una colegiala que lanza a gritos un insulto desde el otro lado del patio—. No creas que he cambiado de opinión. No me voy a ninguna parte contigo, pero *sí* voy a cambiar de vida.

En la sala había una mesa, con cuatro taburetes de mimbre, cilíndricos, una bandeja de plata redonda con vasos, una botella de agua mineral, una licorera de whisky de malta. Se sentó a ella. Con uñas impacientes, con uñas ya exasperadas, luchó contra el celofán de una cajetilla de cigarrillos (la sostenía muy cerca de los ojos mientras lo hacía).

Estás sobria, dije.

—Sobria. —El taburete crujió bajo su peso—. Y también sola, de momento. No tengo más amiga que la doncella. Él se ha ido al hospital, a hacerse el chequeo. Lo recomponen poquito a poquito. Y se mueren todos menos él... Tienes razón. Me odio. Me odio. Y quiero pedirte perdón. Si tus palabras eran sinceras, te pido perdón. Apuesto a que piensas que eres una joya comparado con él. Pero mírate bien. Mira tus ojos. Tú no eres amable. Y yo no tengo elección: tengo que estar con alguien amable. Oh, sé que encontrarías alguna forma de torturarme. Y, además, eres hermano de Lev. Te repito que lo siento, compañero, pero no. Me temo que no hay nada para ti. Si Kitty hubiese vuelto, iría a verla. Necesito hablar de Lev. ¿Me escucharás durante una hora? Luego podremos decirnos adiós como hermanos.

En este punto —tal vez te sorprenda saberlo—, el corazón se me había vuelto una colmena de abejas, y volvía a tener los oídos taponados —anomalías ambas que pronto habrían de pasar—. Ahora entiendo a la perfección el sentido de sus palabras. Pero entonces no las entendí. Zoya decía que necesitaba hablar, pero yo me regodeaba en el convencimiento de que se había presentado en mi suite con una intención harto distinta. A lo sumo acaso albergase un par de pequeños escrúpulos de los que se liberaría con mi ayuda. Del mismo modo que la ayudaría a liberarse de la ropa. La decisión, imagino, ya estaba tomada. Esa mañana. La víspera. Y esa decisión generaría otra. Porque ella lo vería todo con otros ojos después de pasar una noche entre mis brazos.

Obviamente estaba dispuesto a pasar por un prolongado interludio de locuacidad. Mientras me regalaba con pequeñas dosis de aquel whisky escocés con sabor a turba y ciénaga, escuché y observé. Zoya llevaba un ceñido traje de chaqueta de color gris marengo y una sencilla camisa azul de corte masculino. Eran las tres de la tarde. Por la ventana del fondo se veía el atardecer, que se iba agolpando sobre la Plaza Roja — la Plaza Roja, y el frenesí asiático del Kremlin—. El taburete de mimbre crujió cada vez que ella desplazaba su peso para ponerse cómoda.

El tiempo que Zoya había pasado con Lev, antes de que él se marchase —me contó—, había sido «como un nuevo universo»: al fin había dado con alguien «exactamente igual que yo». Alguien que no se reprimía. En los asuntos del corazón, «él siempre me dijo que era un caso perdido. Que era total, total hasta el exceso». Pero lo que él aún ignoraba era que, incluso en sus enamoramientos más locos y en sus entregas más temerarias, ella podía haber ido *más lejos*. «Incluso en lo físico», precisó, asintiendo con la cabeza. Con Lev no se contenía. Y mi hermano (no cabía duda alguna) estaba a la altura... En fin. Lev, el amante «de choque», el estajanovista sexual, con sus cien toneladas de carbón... Asimilé estas revelaciones con una calma perfecta. En mi interior se iba tejiendo una premonición de aquello que inevitablemente vendría después; pero a Lev lo perdonaba. Se hallaba entre los muertos. Estaba perdonado. ¿Y los vivos? En todas mis imaginaciones sobre Zoya, jamás había mirado más allá del primer acto. Y ahora el primer acto se hallaba al fin garantizado. Así que miré y vi.

—Cuando regresó, las cosas estaban muy mal. Como bien sabes. Y él hizo un poco de teatro con su ánimo taciturno. Pero cuando él y yo estábamos juntos, y solos, seguía siendo el cielo. Él no entendía que yo fuese capaz de levantarme por las mañanas para ir a trabajar, pero para mí aquello era el combustible que me permitía moverme... ¿Sabes una cosa? Lev lloraba en sueños. No todas las noches. Era siempre el mismo sueño, me decía. Algo que había sucedido en el campo. No quería hablar de ello, pero yo insistía. Me contó que soñaba siempre con el guardia que no tenía manos. Con el guardia sin manos. Como si se las hubiesen cortado en Arabia. Atroz. Pero ¿llorar por ello? Y con semejante desconsuelo...

Por espacio de unos instantes la propia Zoya lloró en silencio; de cada ojo le brotó una lágrima. Luego reanudó el discurso, diciendo:

—Cinco años más. Aún hoy sigo sin entender lo que pasó. Lo entiendo y no lo entiendo. El último verano se encerró en sí mismo. No se encontraba bien físicamente, creo. Se alejó de mí. Por las noches me rehuía. Y las palabras. También se fueron. Se fue todo. Así que cometí una estupidez. Durante los años que él estuvo fuera, yo no había mirado, ni una sola vez, a otro hombre. No era fuerza de voluntad. Mis ojos no miraban, simplemente. Yo era él y él era yo. Y cuando se alejó de mí sentí una enorme confusión. Desesperación, en realidad. Si hubiera sido una campesina en época de hambruna, me habría saltado los ratones y las bayas y los insectos. Habría pensado en el canibalismo *desde el primer momento*... Había un profesor joven, un colega. Y un completo bestia, según comprobé después. Ni siquiera fui capaz de mantenerlo en secreto. Se enteró toda la escuela. Y se acabó. Yo creí que quizá no fuera así. A veces se da..., el perdón. Pero se acabó todo con Lev. Y entonces él dejó preñada a esa puta de Ekaterimburgo.

Aquí están de nuevo, fue mi vago pensamiento —las bestias y las putas—. Aquí

están otra vez. Dije: No era ninguna puta.

—Claro que no. Es una forma de hablar. Qué más da. Y después de eso, Dios... Un hombre y otro y otro y otro y otro.

Algo había comenzado a cambiar en la sala. Era lo que ha dado en llamarse momento nodal —un momento en el cual se bifurcan y se ramifican las líneas temporales—. La media hora anterior me había servido para acostumbrarme a la nivea blancura de la frente de Zoya, a su costumbre de sacudir bruscamente la cabeza como para esquivar una mosca voluminosa, al gesto de apretarse las manos entre las rodillas para domeñarlas, o sencillamente para saber dónde las tenía. Su palidez: su carne tenía el brillo mate del chocolate blanco —pero albergaba la promesa de otros tonos: amarillo, beige, castaño, rosa—. Ahora, con un solo latido, el cuerpo de Zoya se quedó inmóvil, y volvió a ella todo el color. Todas sus sombras y rubores. Se incorporó. Miró al suelo, y dijo con una voz que había descendido una octava:

—Me aprieta la ropa. ¿Dónde está el cuarto de baño?

Cruzando el dormitorio, dije, tras la puerta corredera.

Y sus muslos aún no habían acabado de pasar junto a mí con un frufú cuando yo ya estaba vislumbrando, presa de mi propio acceso de azoramiento, la colosal empresa que tenía por delante. Una empresa cuya magnitud me produjo un efecto embriagador exacerbado; era como si hubiera estado mirando los planos del Canal del Mar Blanco o del Ferrocarril Transártico. ¿Y qué empresa era ésa? El pasado de Zoya —los hombres de Zoya—. Lev no, pero sí todos y cada uno de los demás. Incluso la estela de babosa de Ananías. Oh, qué labor nos aguardaba, qué prodigios de recuperación y clasificación, qué auditorías y censos, qué negaciones, qué cancelaciones...

—Es horrible, pero creo que necesito un médico.

Me volví. Zoya estaba en el umbral, sin chaqueta, descalza, con el color realzado por una finísima película de sudor. Se había desabrochado la cintura de la falda: un triángulo invertido de blanco contra el gris marengo... Desde hacía un rato, quizá desde el principio, había tenido la conciencia intermitente de una deriva o una división que se abría en mi interior; cuando me levanté de la silla tuve la sensación de que dejaba a otro ser, a otro yo, sentado silenciosamente ante la mesa.

Pero me levanté de la silla diciendo no no no no no, se te pasará, ya verás, ven aquí (estás *ardiendo*), eso es, ya está, yo te ayudo, quítate esto ahora mismo, buena chica, y esto también, levanta el pie, y ahora el otro, muy bien, muy bien, ya está. Ya está. Ya está...

Ahora me superaba en altura, como un imponente fantasma en combinación blanca.

—Quítate de ahí. Aparta. ¡Fuera! Sólo quiero las sábanas —dijo.

Y fue hasta la cama y se deslizó entre ellas.

En la mesa me tomé un whisky, y me fumé un cigarrillo. Hice una llamada a la telefonista del hotel. Cuando volví a la puerta comprobé que se había zafado de la sábana de arriba y que tenía el brazo derecho debajo de la almohada; y una pierna extendida, y la otra doblada por completo. Una bailarina en medio de un salto, congelada en el aire.

En el pasado, innúmeras veces, como todo varón ruso, me había visto solicitando a una mujer a todas luces ebria hasta el desvalimiento. Ninguna falsa delicadeza me disuadiría, entonces, de solicitar a una mujer que se encontraba en pleno síndrome de abstinencia alcohólica. Empecé por despojarme de determinadas prendas, para ponerme un poco a la par con mi invitada; el siguiente paso fue tenderme junto a ella. No se ajustaría a la verdad afirmar que Zoya estaba dormitando. Al igual que la mayoría de mis compatriotas, yo era *un tanto* versado en el delirium tremens —el «mono» y el elefante rosa—. Y lo que veía en ella era uno de esos comas superficiales que normalmente preceden a la recuperación. Zoya cooperaba profundamente con el sueño, se abandonaba a él, respiraba con avidez, y tenía la frente tersa.

Debe de haber muy pocas mujeres que, en un primer encuentro amoroso, se alborocen ante el amante inconsciente. Acaso tampoco sea algo del agrado de muchos hombres, pero sin duda tiene sus adeptos potenciales. De momento nada podría haberme venido mejor. Zoya estaba tendida sobre un costado, y me daba la espalda; entonces se desplazó hacia un lado con un giro de caderas, y quedó boca abajo en la cama.

Así, dio comienzo el inventario. Cada uno de los omóplatos, cada prominencia del espinazo, cada costilla. Una vez transcurrido un tiempo razonable se dio la vuelta y quedó boca arriba. Del recto al verso. ¿Entiendes? Tendría que averiguar qué le habían hecho los hombres en cada parte del cuerpo. Tendría que descubrir el historial, la picaresca completa de ambos pechos, de ambas nalgas, de aquellas piernas que tantas veces se habían abierto, de aquellos labios que tanto habían besado y chupado. E incluso empezaba a pensar que los dos tendríamos que vivir una vida larga. Zoya y yo necesitaríamos llegar a longevos para poder completar nuestra tarea.

El sostén sin tirantes (o bustier), que ya me había tomado la libertad de desabrochar, pasó de debajo de la combinación a mis manos. Asimismo, la aplicación paciente de la rodilla izquierda me valió una victoria sobre los muslos, que terminaron por separarse, laxos, lo que hizo que el dobladillo de la combinación fuera ascendiendo centímetro a centímetro hacia el retazo de blanco más blanco.

Fue entonces, al aprestarme yo a husmeos y hurgamientos, cuando Zoya empezó a moverse. Pequeños seísmos locales, con epicentro en las pantorrillas o en los antebrazos, se propagaban por las placas de su cuerpo. Partió de ella un leve sonido,

nasal, un gemido suave; era como una perra temblorosa que en su cesta, en sueños, persigue gatos y coches. En mi interior la atmósfera era la de un día canicular en pleno invierno: calidez, gratitud, la conciencia postergada de lo antinatural.

Empecé a besarla en los labios. No era la primera vez, a fin de cuentas. Yo ya la había besado. Y ella me había besado a mí. Ahora volvíamos a besarnos.

De pronto emergió de las profundidades, toda ella, en un instante: los brazos que asían, la lengua que me inundaba la boca, el empuje sincopado de las ingles. Pensé, con un murmullo de pánico: no bastará una noche. Una riada tal... —ni en una noche, ni en un año empezaría siquiera a darle cauce.

—Oh, joder..., sí —dijo.

Así, Venus, tuve varios segundos de ello. Tuve varios segundos de ello... Y entonces abrió los ojos. Y se despertó.

Supongo que lo mejor que se puede decir de lo que sucedió a continuación es lo siguiente: técnicamente hablando, no fue una violación desde el principio. Y ocurrió muy rápido. Zoya abrió los ojos y vio, a escasos centímetros de distancia, una aterradora alucinación: era yo, Delirium Tremens. Había tenido un mal sueño, luego un buen sueño, luego una aterradora alucinación. Ahora veía la realidad, y aquel cuerpo apresado bajo mi peso acometió un combate furibundo. Pero yo recordaba cómo se hacía. ¿Sabes?, recordaba cómo se hacía: la pesada palma sobre las vías respiratorias, mientras la otra mano... En un momento dado dejó de luchar, y fingió estar muerta. Fue muy rápido.

Para comprenderla, en este último pasaje, te ruego que excluyas de tu pensamiento cualquier imputación de teatralidad. Su actitud no era ni siquiera alusiva; no conducía a ningún sentido. Era una mujer misteriosa. Eso es lo que era.

Pero primero hube de permanecer en aquel lecho, con la mirada fija en la pared de enfrente, mientras la oía en el cuarto de baño, mientras oía cómo se movía bruscamente con todos los grifos abiertos, cómo descorría las cortinas de la ducha, el golpe de la tapa del inodoro y los repetidos vaciados de la cisterna. Se abrió la puerta; y empecé a distinguir los sonidos familiares a todo hombre, los sonidos de la mujer o de la amante que, con autosuficiencia callada (y envuelta en una toalla, quizá), recoge y organiza su ropa. Después la guía de la puerta corredera. Venus, el orgasmo masculino, el clímax del varón: solamente el violador conoce lo ínfimo que es. Me vestí, y fui hacia ella.

Zoya estaba de pie en la oscuridad, junto a la butaca en la que había dejado el abrigo, el gorro, las botas de goma. Tenía puestas las medias y el bustier, y nada más —como una mujer galante, pero inocente de todo cálculo y sensualidad seductora—. En la mano levantada sostenía la falda, y se humedecía un dedo para quitar un hilo o mota de la tela. Mientras se vestía metódicamente, y cuando acto seguido se sentó,

con la espalda erguida, para maquillarse, yo me movía a su alrededor frotándome las manos. Sí, traté de hablar; de cuando en cuando emitía roncamente media frase de servilismo lastimero o de súplica. Una o dos veces su mirada reparó fugazmente en mi persona, sin reproche alguno, sin interés, sin reconocimiento. Zoya apenas emitía, a intervalos de unos diez segundos, una especie de bufido en absoluto enfático, pero de una puntualidad enloquecedora. Como cuando un niño descubre una nueva habilidad bucal —contener el aliento, hacer ruidos con los labios.

Un nuevo sentimiento nacía en mí. Al principio creí que al menos me resultaba vagamente familiar; algo, supuse, más o menos manejable —no muy diferente, quizá, al de un modo completamente nuevo de sentirse muy enfermo—. Me senté a la mesa, bajo la luz, y examiné detenidamente este «nacimiento». Era la invisibilidad. Era el dolor de la persona que fui.

Ya vestida —con abrigo y sombrero—, Zoya salió de las sombras. Estaba de pie, de perfil, al alcance de la mano. Transcurrió un minuto. Supe que estaba dándole vueltas a algo, a algo grave; y supe que yo no formaba parte de sus pensamientos. Cogió uno de los vasos altos y lo sacudió para quitarle el agua. Incluyó sobre él la panzuda licorera, se sirvió diez, doce centímetros y apuró el contenido en cuatro o cinco tragos. Se estremeció hasta las yemas de los dedos, soltó un bufido, espiró, volvió a bufar y se dirigió hacia la puerta.

Y ahora el fundamento del «agravio». Venus, corre rauda al diccionario a mirar «agravio»... Buena chica. Recuerda: cada visita suma una neurona.

Diez días después estaba en Chicago. Como todos quienes habían trabajado en el sector armamentístico del Estado, yo era un «desertor de clase A». Nada demasiado grave, pero me llevó cierto tiempo abrir un canal de comunicación con mi hermana, y hasta marzo no tuve noticias de ella.

La carta estaba escrita con premura, explicaba Kitty, porque tenía a su correo sentado en la misma habitación, y no le quitaba el ojo de encima mientras escribía... Me enviaba una lánguida enhorabuena por el éxito de mi cambio de país. Proseguía con la noticia de que Lidiya estaba vaciando la casita —se mudaba a casa de sus padres—. Había una serie de «efectos personales» de Lev que me haría llegar, por la misma vía, en cuanto llegasen de Tiúmén. Kitty contaba que ella también estaba pensando en cambiar de domicilio: quería irse a vivir, en calidad de huésped de pago, al apartamento de dos habitaciones de su amante. No parecía una buena idea, ya lo sabía, pero temía que de allí en adelante iba a sentirse más sola que antes.

En cuanto a mi otra cuñada, la que lo había sido en un pasado anterior, había, por desgracia, «noticias graves». Kitty me relataba cómo durante meses todas sus misivas habían quedado sin respuesta. Sus llamadas telefónicas las atendía —siniestramente— una «máquina», y nunca recibieron respuesta. Incluso había llegado a presentarse

en el Dique, donde a través de una rendija de la puerta había mantenido un intercambio de susurros de un minuto de duración con la doncella, que le dijo que la señora «no se sentía bien», que la señora «estaba indispuesta». Y ya Kitty no volvió a saber nada hasta que lo leyó en el periódico —un único párrafo a pie de página—. La noche del 1 de febrero de 1983, la esposa del querido dramaturgo Ananías, de cincuenta y seis años de edad, se había tirado desde el Gran Puente de Piedra. Sangre sobre el hielo del Moscova.

Tan olvidadiza como siempre, Zoya se dejó varias prendas en mi suite del Rossiya. La combinación arrugada y las bragas rasgadas las encontré en la papelera del cuarto de baño. Y las botas de goma, dentro de su bolsa de plástico transparente, en el suelo de la sala. Así que me vi forzado a imaginarla aquella noche, con paso inseguro sobre la diamantina pista de hielo de la capital. Zoya no se mantenía muy bien en equilibrio sobre los pies (no tenía nada de cabra montesa), porque, de niña, como recordarás, nunca había aprendido a gatear.

Cuarta parte

1. DEL MONTE SCHWEINSTEIGER A EKATERIMBURGO: 4, 5 Y 6 DE SEPTIEMBRE DE 2004

Ahí vienen, los perros salvajes.

Son ocho, no, nueve, mestizos de diferentes razas, de diferentes tamaños, unos lanudos, otros de pelo corto o escaso, y todos —como todos los perros de todas partes— descendientes de lobos. Se mueven *despacio*, desplegados en abanico a todo lo ancho del callejón, de forma que pueden reconocer cada olor, y dar parte de él a los demás. Oh, cómo aman los olores esas narices. Y aún les queda tiempo, además, para ponerse en postura y orinar, para agacharse y defecar. En el grupo están representados ambos sexos: hay bestias y putas. Una de ellas está preñada —con una preñez avanzada, muy hinchada: lleva los cachorros salvajes de Predposilov en las entrañas—. Va la última, y la escoltan unos cuantos machos. Cuando se acercan levanto los brazos hasta la altura de los hombros, para hacerme aún más grande. Un animal con aire de rata, casi de ratón, me gruñe, pero se encoge de inmediato cuando le devuelvo el gruñido, y huye por el callejón. Voy detrás.

Al doblar la esquina uno de los canes, a uno de los extremos, se lanza en picado sobre una bolsa de la compra caída (de paja deshilachada; abandonada quizá por una abuela que huyó despavorida) y alerta al resto con un ladrido que parece un grito. Nueve pares de mandíbulas ansiosas, nueve rabos que se agitan. Pero la bolsa no contiene más que fruta, y los perros pasan de largo, y uno de ellos vuelve sobre sus pasos y agarra una manzana con el hocico en forma de pistolera.

Cuando están cruzando la calle en hilera un autobús articulado acelera y con una de las ruedas delanteras atropella a la perra preñada con un ruido seco y sordo. Unos vítores fieros se alzan del grueso de los pasajeros (con un trino tirolés en medio de ellos, al pasar el autobús por encima de un bache). La perra está muerta o agoniza a un lado de la calzada. Los otros perros le hunden el hocico en el cuerpo para que se mueva, le lamen la cara; uno trata de montarla, con las patas traseras tensas y trémulas, y, por espacio de un instante, recuerda a un viejo miserable. La dejan y siguen la marcha. Miran hacia atrás, y siguen calle abajo.

Los perros salvajes de Predposilov a mí no me parecen salvajes. Me parecen adiestrados —no por alguien humano, sino por otro perro, un supercán que les ha enseñado todo lo que sabe—. Ya no creo que fueran los atacantes del niño de cinco años en el campo de juegos de tonos pasteles. La criatura, imagino, fue despedazada por un pastor alemán de las fuerzas de seguridad del Estado, como preludio de un intento desenfrenado e incendiario de acabar con todas las mascotas de Siberia.

Sí, me he *rerrusificado*. Pero ¿qué se puede hacer? La regla es: *esto, como todo lo demás, no es lo que parece; y todo lo que puedes saber con certeza es que es aún*

peor de lo que parece. Todo ruso con el que hablo, sin excepción, me dice que lo de la Escuela de Enseñanza Media Número 1 es cosa del gobierno. ¿En qué se basan? Razones de Estado, proponen como argumento inicial. Lo hacen por razones de Estado, repiten, y luego —ya en lenguaje esopiano—, desarrollan tal argumento. Por razones de Estado: necesitamos algo que fortalezca el apoyo nacional a la guerra en nuestra frontera del sureste. Volar manzanas de apartamentos y aviones no basta: se necesita algo peor. Necesitamos algo peor que malo.

Claro que esto no es más que una teoría. Y una teoría que deja traslucir síntomas de paranoia, al menos para ojos occidentales. Sin embargo, está el hecho de que todo ruso la suscriba espontánea e independientemente: y eso no es una teoría.

Me tacharás de tendencioso, querida mía. Pero eso es lo que parecen.

El planeta tiene una calva, y su punto central es el Kombinat. No hay un solo árbol viviente en un centenar de verstas a la redonda. Pero algunos de los árboles muertos siguen de pie. Y lo más normal es que tengan aún un par de ramas, sin hojas ni ramitas, que apuntan no hacia arriba ni hacia fuera, sino hacia abajo, y se encuentran en el tronco. Vistos desde la distancia, los árboles parecen supervivientes de un campo de concentración que van saliendo de él con paso errante para el recuento, mientras ocultan su vergüenza con las manos. Sobre ellos, las atalayas de las torres de alta tensión desnudas de cables.

Me tacharás de tendencioso. Pero eso es lo que parecen.

Eso es lo que parecen desde las laderas del monte Schweinsteiger. Recorro las modestas pendientes con mi cojera y mi bastón. He pospuesto ya dos veces el vuelo a Ekaterimburgo. Hay un lugar que necesito encontrar, un lugar en el que necesito estar antes de partir.

2. ESTADÍSTICA, SILENCIO, NECESIDAD

El gráfico consta de dos líneas que avanzan penosamente de izquierda a derecha. La de arriba es la tasa de natalidad, y apunta hacia abajo; la de abajo es la tasa de mortalidad, y apunta hacia arriba. Convergen en 1992. A partir de ahí la línea de la vida cae bruscamente, y la línea de la muerte asciende con brusquedad idéntica. Es como si un niño de tres años tratara de dibujar la mitad posterior de una ballena o un tiburón: el ancho tronco va estrechándose hasta reducirse a nada, y vuelve a abrirse en la aleta caudal de la cola. La cruz rusa.

La fatiga, la desnutrición, el hacinamiento y la inexistencia en todo el país de camas de matrimonio: todo contribuye. Pero el método principal de control de natalidad en Rusia es el aborto, sino del setenta por ciento de los embarazos. El setenta por ciento de estos abortos se practican después del primer trimestre, y en un entorno de gran sordidez y riesgo; la necesidad de incrementar el número de abortos a menudo se obvia mediante procesos —tan diversos como muchas veces inadvertidos— de esterilización. En su defecto, el resultado es siempre la mortalidad infantil: la tasa ha aumentado en los últimos cinco años y está ahora a la par con la república de Mauricio y con Colombia.

Es nueve veces más probable que un hombre muera de muerte violenta en Rusia que en Israel. Si no es el caso, su esperanza de vida es la de un hombre de Bangladesh. En Rusia se da un nuevo fenómeno demográfico: los pueblos en los que sólo hay *bábushkas*.^[18] En los que los jóvenes se han ido y los hombres están muertos.

Se piensa que Rusia podría convertirse en «una bomba epidemiológica». La llanura septentrional eurasiática será cercada por un cordón sanitario, y los visitantes llegarán vestidos como astronautas.

En cualquier caso, se calcula que en el curso de los cincuenta próximos años la población se verá reducida a la mitad.

En el hotel hay una familia joven (esperan un alojamiento permanente): el marido es corpulento, y la mujer también; el chico es menudo. Siempre van en chándal, como si se esperase que estuvieran siempre listos para una carrera o una tanda de ejercicios en cuanto oyeran un chasquido de los dedos. Pero lo único que hacen es comer. Y son comedores silenciosos y absortos. Me siento de espaldas a ellos en el comedor. De su mesa no llega ningún sonido salvo el ruido de los cubiertos y las peticiones —atragantadas o entre sorbidos— de más comida de sus ocupantes (amén de los leves zumbidos y chirridos de los diversos artilugios a los que el chico está conectado —auriculares, consola de videojuegos—, y del incesante restregar de sus patines en

línea con luz). Me pregunto si alguna vez hablarán del tipo de asunto en el que se han metido. La ininterrumpida ingestión de comida les hace más fácil mantener el silencio —la conspiración de silencio.

La madre y el padre están destinados en el Kombinat. Su fuerza natural les será extraída, como se extrae el níquel del mineral en bruto. La juventud que se obtenga de ellos se fundirá para su utilización en diversos usos, y a ellos se les reemplazará a su debido tiempo —acaso por el hijo y la mujer con que se case—. Los salarios son altos. Las carreras, cortas. Pero ahora tienen un plan de cobertura sanitaria, y recibirán asistencia médica cuando contraigan esa enfermedad respiratoria, ese tumor de aparición temprana.

Lo que estoy viendo, supongo, es el capitalismo con rostro ruso, un rostro estatista. El Estado ha renunciado a la nacionalización y al monopolio del empleo. Ahora sólo es el accionista mayoritario, el oligarca supremo —el autogarca o el olícrata—. Y el Estado debe continuar siendo duro y contundente, porque la topografía sigue tratando de desmembrar Rusia.

Ananías estaba equivocado. Habrá hombres y mujeres libres que vendrán a consumir su cuerpo en esta ciénaga ponzoñosa y gélida —y lo harán a precio de mercado—. Habrá rusos que vendrán a Predposilov. Lo que no harán, siendo rusos, es volver a marcharse. El Kombinat trata de deshacerse de ellos, de estos tullidos de mediana edad, de estas ruinas humanas. Les da acciones, valiosas en Moscú, pero ellos las venden aquí en los puestos de reventa. Les da apartamentos en las ciudades del sur, pero ellos los venden también, y se quedan donde están. Los ves en la calle, listos para encogerse —a no tardar— en la noche que dura cuatro meses.

Lev *no* quería venir a Predposilov, aunque al final, es cierto, no estaba muy seguro de si quería o no marcharse. La filosofía que sustentaba el trabajo esclavo, por cierto, es la que paso a explicar a continuación. Cuando supe en qué consistía me quedé clínicamente sin habla durante una semana. ¿La filosofía del trabajo esclavo? Ayudaba a tener a la gente aterrorizada, y —algo mucho más importante— con él se ganaba dinero. Pero lo cierto es que no se ganaba ningún dinero con él, jamás se ganó dinero con el trabajo esclavo. Se perdía dinero. Todo el mundo lo sabía menos el secretario general. De lo que uno concluye que en torno al asunto existía una conspiración de silencio. «Si al menos alguien se lo dijera a Iósif Vissariónovich.» Pero nadie se atrevió jamás a hacerlo.

Ananías estaba equivocado. Ananías la *viuda*. La *viuda* Ananías, hoy muerto hace tanto tiempo.

Tú y yo una vez dedicamos una hora a esta cuestión, para no sé qué trabajo del CU que tenías que hacer, ¿te acuerdas? La planearon con otras palabras, por supuesto, pero en resumidas cuentas era lo siguiente: en las décadas de los años treinta y

cuarenta del siglo xx, ¿quién inspiraba más repugnancia, Rusia o Alemania? *Ellos*, dije yo. *Mucha* más repugnancia.

Pero de ello se desprende algo. Ellos eran mucho más repugnantes que nosotros. Pero ellos se recuperaron y nosotros no. Alemania no se está marchitando, Rusia sí. Una rigurosa expiación —en la que se dan, primordialmente, no comisiones de la Verdad e indemnizaciones estatales sino procesos, encarcelamientos, y, sí, ejecuciones, suicidios sacramentales, derrumbamientos, autolaceraciones, arrancamientos de pelo— reduce el peso del delito. ¿No es para eso la expiación? ¿Qué es lo que hace la expiación? En 2004, el delito alemán es un ápice más leve de lo que fue. El delito ruso, en 2004, sigue siendo el mismo delito.

Sí, sí, lo sé, lo sé. Rusia está muy ocupada. Y está ese otro rasgo de la vida nacional: la desesperación permanente. Jamás tendremos el «lujo» de la confesión y el remordimiento. Pero ¿y si no fuera un lujo? ¿Si fuera una necesidad, una necesidad del mísero y del sucio? La conciencia —sospecho— es un órgano vital. Y cuando se va al traste, todo tú te vas al traste.

Si de mí dependiera, exigiría una disculpa formal, por escrito, por el siglo x; y por todos los que vienen en medio. Pero ninguna viuda trémula, hecha de humo y de llama, va a erguirse en su tumba y retorcerse las manos. Ningún Dios ruso va a llorar ni a cantar.

Que digan que lo sienten; que alguien lo diga. Que alguien me diga que lo sienten. Vamos. Que alguien me lllore el Volga, me lllore el Yeniséi, me lllore el Moscova.

3. NIVEL

Los efectos personales de Lev llegaron a Chicago a finales de la primavera de 1983: un cajón de contrachapado de dimensiones considerables, cerrado a presión y pegado con cola y asegurado con clavos. Y quedaron en el interior del armario empotrado de mi estudio durante veintiún años. Luego abrí el cajón. El desencadenante fue la noticia de la muerte de Kitty, y los indicios innegables de la proximidad de la mía propia. Esperé a una mañana que aunara un cielo sin mácula con la perspectiva de un almuerzo en tu apartamento. Y entonces, después del desayuno, pedí a la entidad que llaman coraje que me cogiera de la mano. Fuimos juntos hasta la caja de herramientas, a coger el formón y el martillo de orejas. Ya ves, uno de mis logros en el Rossiya fue aprender a desfigurar el pasado. Y uno no quiere mirar a una cosa desfigurada, ¿no?, cuando está claro que no hay manera de enmendarla. Esto es lo que yo estaba encarando: el testimonio de las dimensiones pasmosas de mi crimen —de mi crimen perfecto—. Sabía, también, que el ofrecimiento de Lev llevaría dentro una bomba de relojería o un cable trampa. Sabía que me explotaría en la cara.

Bien. Un cinturón de cuero, dos corbatas, una bufanda de mi madre y unos cuantos libros —también de ella—, un trofeo de Artem, un reloj de pared, una navaja, una petaca de licor, un nivel (con su madera bruñida y su ojo trágico), una caja de zapatos blanca, una carpeta verde... En la carpeta se lee: «Poemas». La caja de zapatos estaba llena de fotografías. Saqué una y paseé la mirada por ella: Zoya, Lev y yo, en el Lago Negro de Kazán: 1960, y la neblina inocente de la monocromía. Pero de las tres caras sólo la de ella, bajo el sombrero con pompón, irradiaba la luz del gozo, gozo ante la novedad de que la fotografiaran. Lev tenía la cara medio apartada, y sus ojos buscaban algo que estaba más abajo y a un costado. La mía, algo más atrás, expresaba la falta de humor de la vigilia: Kitty apretaría el disparador de la cámara, y transcurriría otro segundo.

Me levanté de la silla y fui hasta el escritorio con la carpeta verde bajo el brazo. Tenía intención de leer los poemas: la obra escogida de Lev. Imagina el ceño erudito y los labios salientes a los que me abocaba la inminente indagación libresca...; la anormal normalidad de la situación..., algo así como ese interés astuto que sentiría de pronto un hombre por la decoración de la sala de espera de su oncólogo. Mientras estoy haciendo esta cosa tan normal, pensaba secretamente —esta cosa normal que tan bien sé hacer—, nada anormal puede pasarme. Me senté; aspiré el aire a través de los dientes; mis ceños eran como flexiones de las cejas. Excelente, dije en voz alta: cronológicos. Aquí, después de todo, hay una *vida*.

Veintidós poemas: el período que abarcaba desde sus primeros esfuerzos poéticos serios hasta su detención en 1948, cuando tenía diecinueve años. Muy

mandelstamianos, dictaminé: bien hechos, estudiadamente coloquiales, muy cercanos —aquí y allá— a las imágenes que de verdad hieren y conectan. Demasiado jóvenes, por supuesto. Había poemas sobre chicas —chicas en general—, pero no poemas de amor.

Un paréntesis hasta 1950, y luego seis o siete poemas al año hasta 1956. Los debió de memorizar en aquella época, y escribirlos más tarde, ya en la libertad. Eran todos poemas de amor: poemas líricos en los que el destinatario era «tú», el ser amado. Piezas que me resultaban —digamos— mucho más difíciles de juzgar. Eran poemas cerrados, dolientes, densos. Al leerlos sentía —aparte de los zarandeos y los tajos de la bilis y la pérdida— la sensación insoportable de un despojamiento emocional. Como si yo nunca hubiera sentido nada por nadie. Como si sólo lo hubiera imaginado... El último estaba fechado en julio de 1956: unas semanas —quizá unos días— antes de la visita conyugal a la casita de la colina.

Después de esto, un vacío de ocho años. Y luego la reanudación rígida y envarada, casi en tono de disculpa, después del nacimiento de su hijo. Dos décadas, y unos pocos epigramas sobre Artem. A medida que avanzaba en su lectura, me preguntaba qué suponía realmente todo aquello. Un racimo de finas composiciones de juventud; un poemario de lírica amorosa escrita en la esclavitud; y ocho haikus sobre la paternidad. Nueve.

No me había gustado el aspecto del poema número nueve. No es que moviera a objeción alguna en sí mismo —era una reflexión minimalista sobre el dilema del hijo único—. Pero debajo del poema número nueve había algo. Una presencia rectangular de un blanco más blanco.

Una carta, era evidente. Una carta con mi nombre y mi vieja dirección de Moscú. El sobre estaba sellado, y asegurado con una tirita. No de color carne sino del rugoso rojo ladrillo que en Rusia se utiliza para los primeros auxilios. Dentro había varias hojas. Hológrafas: con su letra pequeña y utilitaria.

«Hermano», empezaba. *«Te dije que contestaría a tu pregunta antes de morir. Voy a mantener la primera parte de aquella promesa. Estoy seguro de que voy a poder satisfacer tu curiosidad. Aunque también pretendo mortificar tu alma. Prepárate.»*

Y llegué hasta ahí. Y eso es lo que he estado haciendo desde entonces: prepararme.

Sí, leeré la carta de Lev. Pero no quiero dedicarle más tiempo ahora.

La leeré más tarde. Quiero que más o menos sea la última cosa que haga en este mundo.

4. TUBO DE ENSAYO

Fue en uno de mis últimos paseos vacilantes en el crepúsculo, en la ladera de la corteza hueca del monte Schweinsteiger, cuando lo encontré. Las formas del paisaje, las placas tectónicas, los puntos cardinales mismos se habían reordenado y reestructurado, pero lo encontré de todas formas: el pequeño sendero empinado, los cuatro escalones de piedra se hallaban allí, esperándote; y luego el tablero llano y despejado de la colina. Ya no había edificaciones, pero podías seguir viendo los perfiles elevados en el terreno: los contornos del anexo de la Casa de los Encuentros. Crucé el umbral. Al ir abriéndome paso entre los escombros y los desechos, oí la tenue resonancia del cristal que se quiebra. Hurgué con el zapato entre los añicos, y me agaché. Lo cogí y lo levanté, y brillaba débilmente: un tubo de ensayo roto, dentro del cuello de la peana de madera. Y una mancha oscura en el borde. Quizá lo había dejado la flor silvestre, con su amoroso tono borgoña..., testigo de un experimento de amor humano.

En la otra mano llevaba una bolsa de plástico. No tardé mucho tiempo en llenarla —fémures, clavículas, lascas de cráneo—. Estaba pisando un matadero humano, un cementerio revuelto por excavadoras y bulldozers. Más allá, rodeando la pendiente me encontré ante una especie de garita de centinela; parecía un retrete individual, pero en realidad era un pequeño *santuario*. Y dentro había: iconos, una manzana, una cruz de madera clavada en la pared. No, éste no es un país de matices... Los judíos tienen el Yad Vashem^[19] y una fuerza aérea. Nosotros tenemos una caseta prefabricada y una manzana podrida. Y una cruz de madera.

Volví a pie hasta la plaza de la ciudad. Compré una cerveza y un periódico y me senté en un banco, ante una mesa con el tablero forrado de hule adhesivo. Sólo había otro cliente: un hombre de piel moteada vestido de gitano, encorvado de forma irrevocable —Dios sea loado— sobre su acordeón. Un artículo al pie de la primera plana del *Post* me informó de que Iósif Vissariónovich seguía subiendo en «puntos». Su índice de aprobación era más o menos el que un devoto y apuesto presidente de los Estados Unidos podría esperar en tiempos de una prosperidad monótona. Con la bolsa de huesos y el tubo de ensayo rajado, me quedé quieto en un trance de desamor y me puse a observar... la arlequinada. La arlequinada de los incorregibles.

Las ruinas humanas de mediana edad de las que te hablé antes, esas que no se marcharán nunca: había un grupo de ellas, hombres y mujeres, en una esquina, vendiendo —subastando— sus analgésicos a jóvenes lánguidos con chaquetones hechos de fundas de vinilo de asientos de coches. Luego, muy rápidamente, los viejos se emborrachan y los jóvenes se «colocan». Veinte minutos después todo el mundo

anda chocando y salpicándose encima de los charcos de color sangre, llenos de óxido de hierro, jeringuillas usadas, condones usados, envoltorios de golosinas norteamericanas, cristales rotos. Viran y se tambalean y dan bandazos. Y se limitan a mirarse mutuamente mientras caen redondos. Sí, ya no queda nada... —hasta los perros salvajes tienen más vivacidad y espíritu—. Muy bien, seguid tirados, nadie va a lamerlos la cara ni intentará follaros para devolveros a la vida.

Era la noche del viernes, y Predposilov estaba embriagada, no de vodka sino de alcohol sanitario, o *chorro*, a treinta céntimos el botellón. Uno de los quioscos tenía el fondo de cristal y estaba intensamente iluminado, como un faro. Fui hasta él y me quedé mirándolo. Observé detenidamente la plácida figura de la rubia que ocupaba el hueco de dentro. Sus únicas mercancías eran alcohol sanitario y un montón de libros de bolsillo de un solo género. Lo único que vendía era lo siguiente: *El mito de los seis millones*, *Mein Kampf*, *Los protocolos de los sabios de Sión*, y *chorro*.^[20] Y la rubia estaba sentada ociosamente ante la caja registradora, con la cara sobre el cojín de su plácida papada, como si lo que la rodeaba (en las estanterías, en las calles, en los cinturones de las inmediaciones) fuera lo más normal del mundo y no parte de algo imposible de olvidar y salido de una pesadilla... ¿Sabes lo que pienso? Pienso que ha debido de haber un requisito de desarrollo que Rusia sencillamente no ha sabido o podido cumplir. Rusia no es como Zoya. Rusia aprendió a gatear, y aprendió a correr. Pero jamás aprendió a caminar.

Mañana cogeré un vuelo para Ekaterimburgo. Estoy preparado. Podemos terminar, ahora, con dos cartas de la misma enfermería.

5. LA CARTA DE LEV

Está fechada el 31 de julio de 1982.

«Hermano», empieza.

Te dije que contestaría a tu pregunta antes de morir. Voy a mantener la primera mitad de mi promesa. Estoy seguro de que podré satisfacer tu curiosidad. Intentaré también mortificarte el alma. Prepárate.

Durante veintiséis años he estado tratando de escribir un largo poema titulado «La Casa de los Encuentros». Un largo poema, digo. Pero, de forma simétrica, mi llama o numen —tal como alentaba en mí— murió aquella noche, junto con todo lo demás. Al final verás que, andando el tiempo, conseguí componer dos o tres estrofas. No creo que te interesen gran cosa. Son sobre Artem, me temo. Canciones infantiles. Eso es lo que son.

No, no pude componerlo, ese poema. No podía contar esa historia. Pero ahora que estoy muerto puedo contártela.

Te escribo desde el hospital. Nuestro sistema sanitario podrá tener los dedos gruesos (y las uñas sucias), pero tiene las manos anchas. Su actitud ante la enfermedad es ésta: para el tratamiento, todo; para la prevención, nada. Sin embargo, están utilizándome para probar un nuevo fármaco contra el asma. No soy el primero. Está claro que la mayoría —si no todos— los candidatos anteriores han muerto de distintos ataques cardíacos. Y muy pronto, además. Pero de momento existe una concordancia de intereses. Mi corazón aguanta y yo respiro con normalidad. Cuán delicioso es el aire. Qué lujo poder inhalarlo —sabiendo que luego podrás expulsarlo—. El aire —incluso este aire, con sus olores de ceniceros (todo el mundo sigue fumando: pacientes, limpiadoras, personal de cocina, médicos, enfermeras), medicamentos agresivos, tuberculosis terminales— me sabe bien. El aire sabe bien.

Así que... la vi acercándose por el sendero... Su forma de andar, su figura aumentada por el cristal combado de la ventana. Entró. En el momento de encontrarnos fue tal como uno habría deseado que fuera. Sentí la fuerza de algunos tópicos, «no caber en sí», por ejemplo. Me hacían falta dos bocas: una para besar y la otra para elogiar. Me hacían falta cuatro manos, una para desabrochar, otra para sabotear, otra para acariciar y otra para estrujar. Y durante todo el tiempo no hacían más que volver a dar cuerpo a recuerdos desgastados por las repeticiones mentales. Cuando acaricias a Zoya, Zoya se retuerce, se contorsiona casi, como si al hacerlo ensanchara la «inclusividad» de tu caricia. Los niños suelen hacerlo. Artem lo hacía.

Con el despojamiento de cada prenda me llegaban enormes oleadas de

fascinación. Si algún sentimiento había poco grato, a aquellas alturas, era una especie de cómico miedo cerval. ¿Te acuerdas del comemierda que cambió el cuenco y la cuchara para zamparse la sobredosis de una ración doble? ¿Y cómo olvidar el sino de Kedril el Tragón? Zoya iba quedando más y más desnuda, y yo pensaba y pensaba en aquellos ridículos banquetes zaristas con los que fantaseábamos a veces. Labios de salmón y párpados de pavo real hervidos en miel y huevas de lota. Y doscientos platos, con cuarenta y cinco clases de pasteles, y treinta ensaladas diferentes.

En este punto, es necesario decirte algo sobre las formas amorosas de Zoya. No soy nada maniático ni posesivo en estas cosas (como me da la sensación de que tú sí eres), y tengo la intención, en cualquier caso, de hacerte cargar —incluso de agobiarte— con este tipo de confianzas. De un modo asombroso, alquímico, era una mujer grande que en el lecho pesaba apenas medio kilo. También era muy inventiva, y prodigiosamente poco melindrosa, y con un largo aliento bastante increíble. Durante nuestros primeros nueve meses juntos, hacer el amor —creo justo decir— nos ocupaba gran parte del tiempo. Por ejemplo, nuestro último encuentro amoroso (antes del día de la boda y de mi juicio de diez minutos) se prolongó —con pausas para echar una cabezada y comer algo— durante setenta y dos horas.

En la Casa de los Encuentros no tardamos mucho en estar haciéndolo... —en hacer lo que la gente hace—. Yo estaba tan turbado por mi actitud dispuesta, por mi capacidad, que poco después me vi preguntándome qué es lo que me estaba pasando. Y era esto —algo que al principio me resultó como un total anticlímax—: mientras hacía el amor no estaba pensando en mi mujer. Estaba pensando en la cena. En los enormes mendrugos de pan, en el arenque entero, en el caldo pingüe en grasa que tú y los otros habíais ido atesorando de forma tan cuidadosa y conmovedora. Por supuesto que podría haberme dicho a mí mismo: Llevas ocho años sin haber hecho nada más que comerte la comida que tenías delante. Pero mentiría si dijera que no estaba ya bastante asustado. Una de las cosas horribles de aquella noche fue la sensación de invasión desde dentro y la impresión de ser un mero espectador de un ser que no era yo.

Cenamos. Y fue estupendo también. Y el vodka, y los cigarrillos. Luego la ayudé a lavarse. Zoya había pasado el día en la caja de un camión, y tenía la piel de tal guisa que era imposible distinguir las manchas y las magulladuras. Dos semanas en trenes y carreteras. Yo me deleitaba ahora en su valentía, su fidelidad, su belleza, su vivacidad asombrosa. Dios, ¡qué gran mujer! Yo estaba lleno de gratitud y volvía a estar ávido de ella.

Esta vez me complació descubrir, en los comienzos, que no estaba pensando en comida. Lo único que conseguí, sin embargo, fue posponer el reconocimiento

de que en lo que pensaba era en dormir. En dormir, y en la compasión. Fue una de esas veces en las que tus pensamientos y sentimientos ocultos te muestran los resultados de su trabajo silente. Descubres lo que te ha estado abrumando, y de qué manera..., y con qué razón. Yo quería dar lástima y sumirme en el sueño. Eso es lo que quería. Y al final nos dormimos, durante muchas horas, y al amanecer tomamos el té que ella llevaba en el termo y volvimos a empezar. Esta vez no pensé ni en dormir ni en comida, ni siquiera en la libertad. Había dado ya con mi asunto. En lo único que pensaba era en lo que había perdido.

Y ¿qué había perdido? Recordé la primera ley del campo: para ti, nada; de ti, todo. También pensé en el lema urka (y leyenda de muchos tatuajes urkas): podrás vivir pero no podrás amar. Ahora bien, sería macabro decir que había perdido todo mi amor. Y no sería verdad, no sería verdad. Eso es lo que me había sucedido, hermano: había perdido toda mi capacidad de «jugar». Toda.

No creo que se te escape el detalle de que Zoya es mucho más guapa que yo. Bueno, lo dijiste tú mismo, más de una vez, en 1946. Puedo asegurarte que siempre lo he sabido —cada uno de mis sentidos lo sabía—. Y que me había bastado la exaltación de las torpes ternuras de mi Olga, de mi Ada. Y llegó Zoya, el Grand Slam del amor, que me curó la tartamudez en una sola noche. ¿Y qué más? ¿Me haría alto, me proveería de una barbilla y un par de orejas que casaran? Y, sí, lo hizo, lo hizo.

Me sentí revolucionado —y liberado—. Y mi respuesta fue una gratitud sin límite. Nunca me parecía que hacía por ella lo suficiente. La alabanza perpetua y la consideración infinita, las ternuras y los abrazos, rimas, chucherías, mensajes, masajes —atención indivisa, junto con el despliegue de un deseo que tendía hacia el infinito—. La «pertenencia a una especie» de la que hablabas durante aquellos meses de locura heroica del 53, el sentimiento «anclado en tierra» —lo que tú encontraste en lo comunal y yo encontré en ella—. Con este amor extraordinario corregí el desequilibrio. Y ella me miraba, ¡a mí!, y decía que no podía creer lo afortunada que era. Oh, hermano, estaba casi paranoico de felicidad. Era como la religión combinada con la razón. Y yo el único devoto adepto.

Aquella noche en la Casa de los Encuentros me volvió toda la conciencia de inferioridad, ahora reforzada por el sentido de la esclavitud. En Moscú, en el ático cónico, yo era Lev, pero era alguien limpio y fuerte. Pensé: tendría que haberme visto hace un par de horas, antes de que me raparan y me rociaran con la manguera de incendios —era como una pequeña planta rodadora de liendres y piojos—. Así, al silencioso pero universal murmullo de consternación que oía, débilmente, siempre que ella me estrechaba entre sus brazos, se añadía otra voz, que decía: «No importa que a todos les parezca un idiota de pueblo. Allá ellos. Qué tal si se considera lo que es. Es una hormiga que trabaja duro para el Estado

a punta de pistola. Lo que es es un esclavo. Nada puede hacerse más que compadecerlo, tenerle lástima.» Y yo quería esa piedad. Quería la piedad de toda Rusia.

Se agolpaba a mi alrededor todo un auditorio de pensamientos, pequeñas gárgolas que reían burlescamente y me interrumpían continuamente. ¿Qué era aquel milagro de femineidad que percibía debajo de mí, en torno a mí? Se suponía que las mujeres no tenían que parecer mujeres, ya no. Luego, Dios Santo, estaba el asunto de las manos. Yo no hacía más que pensar: ¿Dónde está la mano que mató mi oído? ¿Dónde están las manos del camarada Uglik? ¿Son mis manos sus manos? ¿Son sus manos las mías? Esta garra, esta pinza, ¿de quién es? Y sólo por estar ahí, sólo por no estar ausentes, mis manos parecían pesadas, violentas. Y detrás de todo ello estaba el pensamiento de que, no sé..., el pensamiento de que ser hombre no era algo que estuviera bien ser. No podía apartármelo de la cabeza. No había pensamiento, por estúpido o nocivo que fuera, que no tuviera cabida en mi cabeza. Porque cualquier pensamiento era bueno para tratar de esquivar el otro pensamiento: el de todo lo que había perdido.

No esperaba que las cosas fueran muy diferentes en la libertad. Y no lo fueron. Visto desde la óptica de las sensaciones, de los centros nerviosos, el acto físico seguía siendo muchísimo más placentero que cualquier otra cosa que yo pudiera imaginar. Pensé que sería capaz de centrarme sólo en lo carnal. Pero cuando el corazón se retira, acto seguido se retira también la cabeza. Llegué a no poder protegerme de la idea de que lo que estaba haciendo era esencialmente inane..., como volver a un pasatiempo arduo y fútil que hubiera abandonado —por ya insatisfactorio— mucho tiempo atrás. Cuando has perdido todo el sentido del juego, imagina en qué se convierte el amor. En trabajo. Trabajo que se hace más y más duro cada hora que pasa. La noche era un «turno de noche» que se cernía sobre mí durante todo el día. Ahí tienes de nuevo (con toques satíricos, es cierto, con bromas y mofas) el divagador recordatorio de lo que había perdido. Tenía que mirarme a la cara en busca de los contornos de la ternura, pero también esas formas se habían esfumado.

Aquella noche en el campo llevé a cabo una interpretación magistral del viejo Lev —es decir del joven Lev—. Pero el viejo Lev había desaparecido, junto con mi juventud. Y yo seguí interpretando ese papel durante cinco años. Y ella nunca se dio cuenta. Mi experiencia con grandes beldades empieza y termina con Zoya, pero he «invertido» mucho pensamiento en ellas. En ese tipo de mujer. Creo que ella era muy atípica sexualmente. La mayoría de las grandes bellezas —sospecho— tiende a la pasividad: el mero sometimiento suele considerarse recompensa suficiente. Pero en otro orden de cosas creo que Zoya era típica —incluso arquetípica—. No era una notoria perceptora de la textura de los sentimientos de

la gente que la rodeaba. Las grandes bellezas no tienen que hacer el trabajo que los demás tenemos que hacer, el trabajo del sentir popular y de la «Observación de las masas». Salvo cuando su manifestación era violenta, Zoya raras veces percibía el antisemitismo. La gente la miraba con un desdén compasivo, como si mirara a un gato que hubiera perdido todo el pelo. Créeme, yo sí que llegué a conocer la epidemia de la xenofobia. Es un espejo del tamaño del Pacífico, todo un océano de insuficiencias.

No, ella nunca se dio cuenta. Sólo había una cosa que yo no podía controlar, y que a ella le preocupaba. Yo lloraba en sueños. Siempre lloraba cuando dormía. Y siempre por el mismo sueño. Solía preguntarme al respecto mientras se vestía para ir al trabajo. Le conté que el sueño era sobre Uglik. No era verdad. El sueño era un sueño llamado la Casa de los Encuentros.

Mi doble, mi gemelo de payasadas, mi Vadim, seguía allí, en la libertad, y tenía un plan. Su plan era que yo me volviera aún más feo. De ahí la barriga de bebedor de cerveza, el nuevo tic, la consciente falta de gracia, y, por supuesto, el modo en que me agachaba o inclinaba para tartamudear. Para entonces ya anhelaba la enfermedad, la incapacidad. Quería estar rodeado de gente vestida de blanco. La palabra hospital adquirió el brillo sagrado que había tenido en Norlag. Ahora era constantemente consciente de una sensación de hallarme «a la espera». Era la impaciencia por ser viejo. Antes, en el ápice de la dicha sexual, solía sentir que estaba siendo torturado por alguien infinitamente delicado. Ahora sentía eso mismo cada vez que ella me sonreía o me cogía de la mano. La fase última y final, que trajo consigo toda una nueva categoría de alarma, se inició en el verano de 1962. Y el primer síntoma fue físico.

Empecé a oír, de modo intermitente, un zumbido tenso —como el de unos motores a reacción oídos dentro del avión—. Un ruido blanco, supuse, que me viene del oído sordo. Al cabo de un tiempo caí en la cuenta de que sólo me sucedía en determinadas situaciones: al recorrer puentes de gran altura, en lo alto de acantilados y balcones, cerca de vías de trenes y de carreteras con mucho tránsito —y cuando me afeitaba con la navaja—. Y un día, en Kazán, tardé media hora en pasar por delante de un vehículo parado que había en la calle. Era un camión compactador de basura. Los hombres lo habían dejado en marcha mientras iban un poco más lejos a recoger la basura (lógicamente: en previsión de la eventualidad de que luego no arrancara), y el zumbido en mis oídos era tan fuerte que las fétidas masticaciones de la máquina, su continuo aplastar-triturar se me antojó silencioso incluso cuando me acerqué a observar su funcionamiento. En los bloques de acero que subían y bajaban apenas se veían manchas, y los dientes negros estaban casi totalmente limpios. Todo parecían en orden. Y no emitía ningún ruido.

Cuando éramos unos chiquillos solías decirme que yo era un solipsista, y un solipsista de brío y determinación muy poco comunes. Hablabas de la sobriedad de mis cálculos en beneficio propio, de mi falta de doblegamiento ante el talante del grupo (más la protuberancia descentrada del labio inferior y la «reserva» de los ojos). Bien, seguía siendo cierto que no tenía la menor intención de matarme. Y eso lo vivía como una prioridad razonable. El suicidio del superviviente de la esclavitud —sabemos que es bastante común, y a fin de cuentas creo que puedo respetarlo—. Es una forma de decir que mi vida es mía y puedo quitármela. Pero pensé que me había mantenido bastante bien en el campo —sin violencia, sin excesivo compromiso, sin emociones de rebaño—. Y no quería hacer lo que hacían los demás. Y calculé que existían grandes probabilidades de pasar por la vida sin matar a nadie.

En realidad todo fue bastante involuntario. Me refiero a mi huelga, súbita y oficiosa —mi huelga salvaje—. Dejé caer las manos a los costados. No sólo en el acto nocturno mismo, sino en todo lo demás, en todas las sonrisas y los sacramentos, en todas las palabras, en todos los aditamentos verbales del amor. De eso sí se dio cuenta. Te pido que imagines lo que tenía que ser estar allí echado, sentado, de pie, observando. Fue rápido —he de decirlo—. En menos de un mes la sorprendieron en crimen flagrante con el profesor de gimnasia, durante el descanso para el almuerzo. Y yo fui libre.

Para acabar con mi parte del asunto. No quise tener un hijo con Zoya y no quise tener un hijo con Lidiya. Pero es curioso. Con Lidiya..., con Lidiya sentí un breve renacimiento de la voluntad erótica. Existía la posibilidad, pues, de que ello trajese consecuencias. Algo así como..., si no se daba el juego, al menos que se diera la seriedad. Y, dicho sea de paso, a mí siempre me había asombrado lo que Lidiya pensaba que era follar, comparado con lo que pensaba que era follar Zoya. Pero la cosa funcionó. En el chico, cuando vino, empecé a encontrar el tipo de placer que solía encontrar en Zoya. Proximidad con la grandeza física, pero manejable, en el caso del hijo. Tengo en mí suficiente amor por Lidiya, y puedo juntarlo todo y complementarlo con cosas como aprobación y respeto. Lidiya comprende. Después de Zoya, siento como si estuviera viviendo con una psicoterapeuta devota —y adivina del pensamiento—. Siento cómo lee mis silencios. Comprende, y me compadece. Al final acabas compadeciéndote de ti mismo. Es demasiado agotador. Quieres que alguien lo haga por ti. Lidiya me tiene lástima. Me compadece, algo que Zoya jamás hizo (con razón), y también me compadece por Zoya.

Obligarla a marcharse, obligar a Zoya a marcharse, no era el resultado de una crueldad contenida. Nadie sabía mejor que yo lo desvalida que era en el amor. Lo pavorosamente que se abría. Zoya era una «totalista» entre hombres que operaban

con fracciones. Sé que a ti y a Kitty os horrorizó su matrimonio, pero yo me sentí secretamente en la gloria —durante un tiempo, en todo caso—. La ironía es aguda, lo admito. Pero ten en cuenta que también era desvalida en otras cosas, incluido el dinero. En los meses entre nuestra separación y nuestro divorcio acumuló deudas que parecían los presupuestos de una nación. Oí que sacarla del atolladero acabó costándole a Ananías la mitad de cuanto poseía. Al fin: una reparación. El dinero ganado escarneciendo el sudor de los esclavos fue a parar a Zoya. En adelante —esa impresión me daba, al menos—, aquel horrible y viejo montón de mierda tendría a Zoya caliente, y vestida, y alimentada. Y apreciaría lo que valía. O al menos eso me parecía.

En fin, hermano mío. Tengo para mí que tú aún no has renunciado por completo a Zoya. Que vas a esperar a después de mi muerte para volver a intentarlo. No a justo después. No te veo cogiendo un avión con una maleta en una mano y el pastel de carne del funeral en la otra. Escucha. Hubo una noche en Moscú, aquella vez que nos quedamos a dormir, en la que tú le estuviste echando «esa mirada» cada cinco minutos. Te piensas que eres fuerte y callado, hermano, pero eres un libro al que se le ha rajado y abierto el lomo y se le caen todas las hojas. Estuvimos hablando de ello al irnos a la cama. Dije, como solía decir: «Como un perro inteligente que sabe que va a recibir una tunda.» Bien, te acuerdas de lo perceptiva que podía ser Zoya, cuando se ponía a serlo, cuando dejaba de hacer lo que estuviera haciendo y se ponía a pensar. Intentaré decirlo con sus palabras, para darles mayor peso:

No, ya no. Se parece más a un perro con correa. Y con un guardia al otro extremo de ella. Codicia, pero también odia. Mira cómo se mete con Varvara por la historia de su pasado. Cualquiera diría que la había sacado de la prostitución. Apuesto a que la tortura. Eso es lo que me haría a mí. Un ejercicio sin fin. Una masturbación sin fin con el asunto del pasado. Contigo. Contigo y con todos los demás.

¿Y sabes lo que hizo a continuación? Se santiguó: sí, la señal de la cruz. Ella.

En un mundo de libre albedrío, con Zoya no habrías tenido ni la más mínima oportunidad. Es muy sencillo: eres violento. En el campo, cuando me hice pacifista, era un intento de preservar algo de mí mismo. Es la filosofía del que hace novillos, lo sé —la del vago piadoso—. Entonces di por supuesto que estabas teniendo algunas peleas discretas para sacarme las castañas del fuego, y no dije nada. Me acuerdo del cambio de actitud, y de aspecto, de los tres pequeños camorristas que andaban siempre buscándome las vueltas. Parecía que los tres hubieran tenido el mismo accidente de coche. Dios. Y a aquel tártaro que quería mi pala, ¿fuiste tú el que le rompió el brazo? De todas formas, intenté — con mi dosis de hipocresía— preservar algo de mí mismo. Pero no funcionó.

Nada habría funcionado. Y no te condeno a ti, en realidad, por lo que les hiciste... a los delatores. La opresión genera ansias de sangre. Como una bodega envejece el vino.

Ahora sé que eres un pretendiente persistente y mañoso —y, en el caso de ella (si se me permite decirlo), harto optimista—. Pero ella es débil ante ciertos tipos de influencia. Y si ese viejo escritorzuelo sigue vivo, cuando yo ya no lo esté, y ella sigue con él..., bueno, me pongo enfermo de sólo imaginar su aislamiento y frustración. De una cosa estoy seguro, sin embargo, y te advierto con verdadero miedo. Si intentas conseguir a Zoya, no conseguirás más que sufrimiento para los dos. Por no hablar —o, al menos, para no entrar a fondo en ello— del insulto que supondría para mi memoria, y para nuestro amor fraterno. Un amor que sobrevive al hecho más extraño de todos.

Deseabas mi muerte, ¿verdad? Prácticamente desde el día en que llegué al campo. Luchaste contra ese sentimiento, y ganaste la batalla, y arriesgaste tu integridad física para librarme de todo mal. Y sin embargo deseabas que estuviera muerto. Porque Zoya era inalcanzable mientras yo estuviese vivo. No sé por qué. No sé qué norma —acaso urkiana— estabas siguiendo, pero me alegro de que actuaras como actuaste. O quizá caíste en la cuenta de que no podía permitir que sucediera. Íbamos a necesitar pistolas al amanecer. Y entonces se cumpliría tu deseo. Mi suicidio habría sido la cosa más sencilla, ¿no? A veces me sorprende pensando que toda la Rebelión de Norlag, los Cincuenta Días, con su centenar de muertos, la orquestaste tú a modo de una última tirada de dados. Podía morir yo, podías morir tú: que el destino decidiese. Y, Dios, el 4 de agosto, con sus muertes y sus heridas. Heridas que convirtieron en tundra el pelo de taiga de nuestro amigo Janusz. Como te dije en su día, eres un romántico. A tu modo. Y tampoco ha sido ningún plato de buen gusto para ti, todo esto. No es plato de buen gusto desear a la mujer de tu hermano. Y desearla tan desesperadamente.

Lo que me gustaría hacer es vivir lo bastante para que tú seas demasiado viejo para seguir deseándola. O demasiado viejo para hacer nada por conseguirla. Te darás cuenta de lo en serio que hablo cuando te diga que voy a dejar de fumar. Pero no me veo, la verdad; no me veo llegando a viejo. ¿Quién dijo aquello de «En el hospital siempre es más pronto de lo que crees»? Más pronto..., y también más tarde, al menos para mí. Cuando me ingresaron me hicieron firmar un papel que decía, más o menos, que no me importaba morir. He hecho testamento, y voy a repartir todos mis recuerdos, como el chiquillo bueno que antaño fui. Oh, qué buenos chicos éramos. Qué buenos chicos fuimos, entonces. Le encargaré a Artem la entrega de esta carta; termina su expedición en navidades. Es el único rasgo que tienen en común las que han sido mis esposas: no puedes pedirles que echen una carta en el buzón. Tanto daría hacer con ella un avión de papel y

echarlo a volar por la ventana. Y además no espero que Lidiya esté en plenitud de bríos, cuando yo me haya ido.

¿Sabes lo que nos pasó, hermano? No fue sólo un compendio de muy malas experiencias. El hambre y el frío y el miedo y el hastío y el oceánico cansancio — todo ello era general, la situación de todo el mundo—. Lo «de confección», como si dijéramos. A lo que me estoy refiriendo es a ese destino que está hecho a medida. Algo se diseñó en nuestro interior que se combinó con lo que ya había dentro. Y para cada uno de nosotros, de diferentes formas y en diferentes contextos, y con el peor de todos los resultados posibles, y el precio que hubo que pagar no fueron cucharadas o paladas sino días, años, toda una vida. Hicieron mucho más que quitarnos la juventud. Nos quitaron también los hombres que habríamos sido. Al ver a Uglik, nuestro amo, tratando de encenderse el segundo cigarrillo..., fue entonces cuando la sentí crecer en mí, mi deformación específica...

¿Cuál es la tuya? La mía es el cinismo. La he podido remontar aquí y allí en esta carta, pero el tono que utilizo al hablar de la madre de mi hijo da sobrada cuenta de lo que hay a ese respecto. Cinismo es lo que siento —o lo que no siento— todo el tiempo. ¿Y a quién le gusta ser un cínico? Cínico. Cara de perro. Condenado a ver cinismo por todas partes. Pero está en mí. Me ha poseído. No me importa nada ni nadie. Los puntos flacos, las susceptibilidades, vienen y van. A veces puedo persuadirme de que no me importan Lidiya, Kitty, tú, madre. Raras veces logro declararme culpable de la blasfemia de que no me importe Artem. Y jamás podré decir que no me importa Zoya.

Vuelvo a preguntarte: ¿cuál es la tuya? Tu deformación. Sólo tú tienes el derecho a nombrarla. Yo antes pensaba que era la guerra, y no el campo, lo que había jodido por completo tu persona. Pero tú ganaste la guerra. Y nadie ha ganado lo otro. Sin embargo, sea lo que sea lo que la guerra hiciera, el campo lo fijó bien en tu interior. Para nosotros dos, creo, la cosa tenía que ver con nuestra debilitada capacidad de amar. Es extraño que la esclavitud tuviera ese efecto: no sólo la degradación gigantesca, no sólo el miedo y el hastío y todo lo demás, sino también la injusticia estratificada, la injusticia silente. Así que de acuerdo. Volvemos al punto de partida. Para ti, nada; de ti, todo. Me lo quitaron —parece ser— sin otro motivo que lo valioso que era para mí. Y quizá las bestias y las putas estuvieran en lo cierto en este punto. Aquellas letras dolientes en el antebrazo de marcadas venas de Arbachuk: Podrás vivir, pero no...

Te deseo lo mejor. Es un gran alivio ser capaz de decir esto, y decirlo de verdad. No le deseo lo mejor a mucha gente, ya no. A la gente que no conozco ya no le deseo lo mejor. Historias de enfermedad e indigencia: ése es el tipo de cosas que actualmente me alegran, y sólo un poco. Ahora mismo estoy teniendo uno de

mis mejores momentos. Siento que me he quitado un peso de encima. Y espero que tú hagas lo que yo he hecho y consigas congrega a una familia a tu alrededor. Buena suerte. Y gracias. Gracias por el jugoso préstamo, gracias por mi Certificado de Manumisión, y gracias por el asiento de tren aquella vez. Y, sí, gracias por romperle el brazo al tártaro. Chico, eras un tío genial. La forma en que hacías agacharse a aquellos pastores alemanes: se ponían tripa arriba y se meaban. «Tú crees que voy a dejar que te burles de mí», le decías al can en cuestión. «¿Que se burle de mí un puto perro?» Y en los últimos meses de guerra, aquellos cañonazos que se disparaban en Moscú cada vez que caía una ciudad importante... Con cada estruendo yo sentía tu fuerza.

¿Sabes?, sin tu influencia sobre Vad no creo que yo hubiera sobrevivido a la infancia. Vadim... So pretexto del hecho contundente de que había salido antes del útero materno, se apropió de todas las miserias y heridas del hermano mayor. Él sí que me deseaba la muerte. Y no iba a quedarse quieto a la espera de que me sucediera: estaba dispuesto a hacer algo al respecto. ¿Por qué? Porque le estropeé aquel idilio sanguinolento de media hora, el tiempo que tuvo a su madre para él toda entera. Desde que nací tú fuiste mi paladín. Mi paladín de la justicia. Tenías la altura de un dios, estabas a horcajadas sobre el océano, llenabas el cielo. Y sigo viéndote así. Tenerte a ti de hermano era como tener cien hermanos. Y seguirá siendo así para siempre. Lev.

Oh, plebeyo, me has matado...

Sí, eso es. Sí, eso es, mi chica. No fue tu mejor hora. En el curso de ella (nuestra cena en el Grill, a finales de julio) me sometiste a dos crasos vulgarismos —dos préstamos cobardes, es decir del pantano comunal de las fiases pegadizas, de las muletillas y de las cancioncillas publicitarias—. No «te metas en eso», Venus. No entres en esa necrópolis de la novedad.

El primero era «closure».^[21] ¿Por qué no busqué «closure»? «Closure»: puaf... Con sólo susurrarlo o pronunciarlo me siento transformado en un pobre diablo de bata blanca y pescuezo obeso en un consultorio de estilo centro comercial. Closure es una palabrita grasienta que, además, describe una condición inexistente. La verdad, Venus, es que nadie supera nunca nada. Tu segunda atrocidad no se limitaba a un solo vocablo: se prolongaba hasta una fiase entera. «Lo que no te mata te hace más fuerte.» ¡Nada de eso! ¡Nada de eso! Lo que no te mata no te hace más fuerte. Te hace más débil, y al final te mata.

Por supuesto, voy a ocuparme yo mismo de este asunto. Ese sistema sanitario torpe y pesado pero de gran capacidad del que hablaba Lev... ha desaparecido por completo. Sólo una exigua mayoría de hospitales estatales puede preciarse de tener agua corriente, y puedo afirmar con lágrimas de orgullo en los ojos que éste donde yo estoy es uno de ellos. En lo que se refiere a la muerte, sin embargo, Rusia sigue siendo una tierra de oportunidades: la inyección letal, aquí, sigue siendo una ganga incluso al doble de su precio. Y sobre el derecho a la vida y demás, no existe tal cosa. No hay políticos piadosos ni clérigos entrometidos ni multitudes vociferando ante las escalinatas ¡Déjame Vivir!

Estoy en el pabellón de la inmunodeficiencia (único en todo el país). Para utilizar el eufónico acrónimo local, es para personas con SPID. Esta epidemia no reconocida, por cierto, alcanza proporciones africanas. Dentro de un tiempo (no saben decirme cuándo) me trasladarán a una habitación individual para la inyección. Y me pregunto: ¿cuánto habré de pagar, y cuándo? Lo sé. Mientras me esté quejando. Mientras esté molestando: ése es el momento de hacerlo. La inyección letal hará su efecto —no lo dudo—. Pero no estoy en absoluto seguro de que el tránsito sea indoloro. La morfina es aparte, y ya he pedido que la dosis sea doble.

Pero tienes razón: debería haber ido a Oslo o Amsterdam y haberlo hecho en «clase preferente» y no en «clase turista». Pero eso no sería una respuesta. Voy a morir donde murió mi hermano.

Acúsame de atenerme al sentido literal de las palabras, pero no hago más que hacer lo que la propia Rusia está haciendo. Ella ya lo intentó una vez en el pasado. Rusia trató de quitarse la vida en los años treinta, después de la primera década de Iósif Vissariónovich. Él ya tenía en su haber unos diez millones de cadáveres sobre sus espaldas, incluso antes del Terror. Pero necesitaba que los rusos siguieran produciendo rusos. Y los rusos dejaron de hacerlo. Tras el censo alarmante de 1936, el Estado pasó a la acción: plan intensivo de guarderías, medallas a la maternidad, nueva solemnización de la ceremonia del matrimonio, legislación sobre las transmisiones hereditarias y la tipificación penal del aborto. Era algo similar a una huelga general, y el Estado la rompió. ¿Qué iba a hacer ahora el Estado?

Cuando los babilonios conducían a los judíos hacia el cautiverio les pedían que tocaran el arpa. Y los judíos decían: «Trabajaremos para vosotros, pero no tocaremos para vosotros.» Eso es lo que respondían los rusos en 1936, y eso es lo que están respondiendo ahora. Trabajaremos para vosotros, pero ya no vamos a follar para vosotros. No vamos a seguir haciéndolo, a seguir engendrando gente. Engendrando gente para ponerla ante la indiferencia del Estado. No vamos a tocar.

Oh, no quiero decir que dejaran de hacerlo por completo —de copular, de tener trato carnal—. Aproximadamente un tercio de los seres fantasmales que están en la sala de televisión de este pabellón (que antes fueron gente, gente de lo que antes fue una nación) pueden afirmar que han contraído su SPID por vía venérea. ¿Cómo si no se explica la cantidad de condones usados que vemos en la calle? Siempre hay acérrimos del modo tradicional y tipos que van hasta el final. Mira las cifras de sífilis entre quinceañeras —en los diez últimos años ha habido un incremento del catorce mil por ciento.

A estas alturas no se me puede pedir que cambie de forma de ser. Me refiero a mi debilidad por la pedagogía. Tienes mi lista de tus futuras lecturas. Verás que la mayoría son memorias —memorias de esclavos rusos—. Espero que leas unas escritas —mucho tiempo después, ya residiendo en Iowa— por Janusz. A veces se dice que estos libros no son «representativos», porque todos derivan del mismo estrato: la intelligentsia. Todos políticos; ni serpientes ni sanguijuelas, ni bestias ni putas.

Los autores tampoco son representativos en otro sentido: su integridad, al parecer, jamás se vio amenazada lo más mínimo. Vivieron; y también amaron, creo. Estajanovistas del espíritu, buscadores y visionarios «de choque», ni siquiera odiaron. Nada de esto fue así en el caso de mi hermano y mío. Y odiar es un trabajo agotador. Odias odiar —llegas a odiar el odio.

Déjame decirte lo que me encantó del 4 de agosto de 1953, cuando nos plantamos cogidos del brazo. Cuando nos pusimos en pie y nos enfrentamos al Estado y su torbellino de hierro. Yo había llegado a la meta de la filosofía: sabía cómo morir. Y los hombres no saben cómo hacer eso. Podría ser, incluso, que todos los esfuerzos realmente importantes de los varones, tanto grandiosos como ruines, vinieran dados por esta sola incapacidad. A ningún otro animal se le pide que adopte una actitud ante su propia extinción. Ello resulta terriblemente difícil para nosotros, y cabe pensar que mitiga en parte nuestra mala reputación general... Necesitamos la emoción de masas para saber cómo morir. Necesitamos ser como todos los demás animales, e ir con el rebaño. La ideología te da emoción de masas, y ésa es la razón por la que a los rusos siempre les ha gustado la ideología. Yo he hablado mucho de la tuya. Y durante toda tu vida he tratado de interesarte por la mía: la ideología de la no ideología. No es una mala ideología, la tuya; pero es una ideología. Y es b único que veo en ti que sigue siendo imperfectamente libre.

Acabo de tener una visita. Me ha traído fruta y flores: la pequeña Lidiya. Ya no es tan pequeña, la verdad (la habitual robustez eslava, con algo de religioso, cuáquero, en su corpulencia), lo que no impidió que me animara brevemente ver su aspecto vigoroso. Debe de tener unos sesenta y cinco años —y no olvides que las mujeres rusas viven aproximadamente un veinticinco por ciento más que los hombres rusos (ellas alcanzan los cuatro cuartos, no se quedan en tres, como nosotros)—. No le he dicho a Lidiya para qué estoy aquí exactamente, pero ella ha entendido que va a ser nuestro último adiós. Me ha preguntado si podía rezar una oración por mí aquí mismo, y le he dicho que sí, pensando que iba a poder soportarlo. Pero me equivocaba, y casi acto seguido me he puesto a pedirle a gritos que se callara. Esa ideología, no. No iba a quedarme ahí echado mirando cómo besaba la cruz rusa. Ella se ha disculpado con bastante delicadeza, y me ha acariciado la frente, y ha salido de la habitación andando de espaldas. Sí, ahora estoy en una habitación. Está en el sótano, en el que hay dos calderas y miles de toallas rosas y azules apiladas en estanterías de listones, y huele a vinagre. Mi cuñada va a hacer otro cajón de contrachapado para mandarte mi ordenador de sobremesa, y mi cartera y mis gafas y mi reloj de pulsera y mi anillo de boda y mi nivel, y un par de cosas de ropa —una corbata, un pañuelo...—. Le he dado a Lidiya la navaja y la carpeta de poemas.

Hay una diferencia más entre los sexos en la que quiero que repares, si no te importa. Prepárate para oír buenas noticias. En 1953 descubrí cómo morir. Y se me ha olvidado. Pero sé lo siguiente: las mujeres saben morir con suavidad, como hizo tu madre, como hizo la mía. Los hombres siempre mueren atormentados. ¿Por qué? Hacia el final, los hombres rompen con el hábito de toda una vida, y se ponen a culparse a sí mismos con severidad de varones. Las mujeres rompen también con un hábito, y ya no se echan la culpa de las cosas. Perdonan. Nosotros los varones no

sabemos hacerlo. Y me refiero a todos los hombres, no sólo a los viejos violadores como yo —también los grandes pensadores, los grandes espíritus tienen que hacer el trabajo: dilucidar «quién hizo qué, y a quién».

¿Qué es lo que me pasaba a mí con las mujeres? En el avión, esta mañana, me he metido en el buscador de Internet: «celos sexuales retrospectivos». Salían montones de cosas sexuales, y montones de cosas de celos, y montones de cosas sobre cosas retrospectivas. He dejado atrás trabajosamente miles de entradas y al final he dado con un refinado artículo de la augusta publicación británica *Mind and Body*. Se titulaba «Los celos sexuales retrospectivos y el homosexual reprimido». Al varón que sufre de celos sexuales retrospectivos —argumenta el artículo— no le interesan las mujeres: quienes le interesan son los hombres. En otras palabras, soy criptomarica. ¿Qué es lo que me hace dudar de tal diagnóstico? Para empezar, el hecho de que no me habría importado mucho ser marica. De acuerdo, no me habría gustado, en el campo, tener que coger la cuchara y el cuenco e irme a sentar con los pasivos, que comían en una mesa separada (y sólo podían hablar entre ellos). Pero después, en la ciudad, si no te dedicas a hacer niños, ¿qué más da? Sé que tú no pensarías mal de mí. Pero en mi caso es seguramente peor, porque yo sería marica respecto de mi hermano.

Lo que no se me va de la cabeza de aquellas horas del hotel Rossiya, sorprendentemente tal vez, es una sensación irreductible de esterilidad. En los últimos meses de guerra violé vistiendo el uniforme —estábamos, entonces, tan llenos de muerte (y de la destrucción de todo cuanto teníamos y sabíamos) que el acto del amor, aun parodiado, era como un ensalmo contra aquella orgía de matanzas—. Y hoy día se podría poblar una ciudad de buen tamaño con los hijos ilegítimos engendrados por el ejército violador (una población de un millón). Muchas de las mujeres embarazadas, por supuesto, no llegaron a dar a luz: fueron asesinadas aquí y allá por sus violadores. Yo al menos puedo decir con verdad que este fenómeno se escapaba y sigue escapándose a mi comprensión.

¿Y lo del Rossiya? Lo que hice no tuvo sentido. Fue gratuito, fue perverso, fue algo encaminado a la propagación de la desdicha, pero ni siquiera fue algo particularmente ruso. Quizá con una salvedad. No hay poder, no hay libertad, no hay responsabilidad —nunca la ha habido— en toda nuestra historia. Se agita una anarquía en su interior. Pero no..., yo tiro la toalla. He dicho antes que la violación ya había saldado las cuentas conmigo. Su venganza no fue proporcionada ni nada parecido, pero fue rigurosa, y espectacularmente rápida. ¿Lo has adivinado? ¿Se lo has preguntado al espíritu de tu madre? En el Rossiya pasé de sátiro a viejo en el curso de una tarde. Y al día siguiente ni siquiera recordaba qué era lo que me gustaba de las mujeres y su cuerpo. Ahora lo he recordado. En los días pasados he logrado acordarme.

Por supuesto, sería estupendo ser capaz de culpar de esta violación a la guerra o al campo o al Estado. A veces creo sinceramente que la muerte de Artem (el modo en que murió), al igual que la de Lev, me habían hecho perder la razón. En aquel momento, cuando la sonrisa abierta de amor de Zoya se convirtió en una mueca ahogada de horror, sentí un desencanto, Venus, de una amplia gradación de matices. Después de todo lo que ha pasado, pensé. Y durante un tiempo —el suficiente— la posesión de Zoya se me antojó un derecho. Cuando ni siquiera tenía derecho a estar en aquel cuarto. Y ahora, cuando cierro los ojos, lo único que veo es a un asesino moribundo, implacable hasta el último aliento, que se encoge para lanzar la acometida final. Empezó siendo una intuición y ahora es una convicción que quizá compartas: en los cuatro o cinco segundos entre mi beso y su despertar, Zoya estaba soñando con Lev. Tuvo que ser así, para que pudiera cristalizar nuestro destino —el de Lev y el mío—. Dios, Rusia es el país de la pesadilla. Y siempre de una pesadilla compleja. Siempre de la pesadilla de más talento.

Y estoy a punto de escapar de ese sueño. Han venido. Dos hombres con ropa de calle, con lo que parece una caja de herramientas. Se están fumando un cigarrillo mientras yo acabo esto. Yo también estoy fumando. En cualquier momento le daré a ENVIAR... Vete, pequeño libro, vete, pequeña tragedia mía. Y vete con ellos tú también, Venus, ve a ello, con tu saludable dieta, con tu seguro médico de lujo, tus dos títulos universitarios, tus idiomas, tus propiedades, tu capital. El delirante lujo de que estés ahí para poder pensar en ti me ha mantenido con vida; hasta ahora, en fin. Y..., oh mi corazón cada vez que me llamabas «papá» o «papi» o «padre»..., todas y cada una de las veces que lo hacías... Bien, pequeña mía, no estaría bien decirte adiós en un tono de amargura. No sucumbamos a la melancolía supuestamente tan típica de la llanura septentrional eurasiática, la tierra de los clérigos comprometidos y los boyardos adustos, de los soplones y los xenófobos y los policías secretos empapados de sudor. Únete a mí, por favor, mientras contemplo el lado luminoso. Rusia está agonizando. Y yo estoy contento.

AGRADECIMIENTOS

Tengo una deuda con varios libros recientes.

En primer lugar, el magistral *Gulag: A History*, de Anne Applebaum (Allen Lane, Doubleday) [trad. esp.: *Gulag: historia de los campos de concentración soviéticos*, Barcelona, Debate, 2004]. De estructura lúcida y elegante y escritura sencilla y vigorosa, formula continuamente las preguntas justas. Es una obra indispensable, en la órbita de *Archipiélago Gulag*, de Solzhenitsyn y sobre el fenómeno de la esclavitud soviética.

En cuanto a *Black Earth: Russia After the Fall*, de Andrew Meier (HarperCollins), basta con mirar la fotografía del autor que aparece en la cubierta para saber lo que vamos a encontrar: honradez, intrepidez, inteligencia, franqueza y (una cualidad vital, en nuestro entorno) una alegre falta de meticulosidades. Este libro combina la literatura de viajes y la historiografía en un nivel extraordinariamente alto.

Otro de estos libros es *Natasha's Dance: A Cultural History of Russia*, de Orlando Figes (Penguin, Metropolitan Books). Tengo un método informal de evaluación de obras de tal extensión (729 páginas): miro las notas que he tomado en las páginas en blanco del final (verbigracia: p. 39 —teatros y orquestas de los siervos; p. 552 —asesino del padre de Nabokov). De las generosas diez caras que había en mi ejemplar de *Natasha's Dance* me hicieron falta todas.

Como *Gulag*, de Anne Applebaum, *Stalin: The Court of the Red Tsar* (Weidenfeld & Nicolson, Knof) [trad. esp.: *La corte del zar rojo*, Barcelona, Crítica, 2004] es en parte el resultado de una labor heroica que su autor —Simon Sebag Montefiore— ha llevado a cabo en los archivos recientemente abiertos a la luz pública. Este libro cambia el fresco general, y lo hace en un sentido inquietante. El autor es muy minucioso, y muy moral; pero no puede evitar que en el plano personal emerja un Stalin mucho más impresionante de lo que estamos acostumbrados a pensar —más complejo y más inteligente—. Stalin poseía cierto grado de poesía política; y poseía asimismo, ay, un alma.

Ester and Ruzya, de Masha Gessen (Dial Press) [trad. esp.: *Ester y Ruzya*, Barcelona, Península, 2006], tiene un subtítulo hartamente ilustrativo: *How My Grandmothers Survived Hitler's War and Stalin's Peace*.^[22] Los recuerdos familiares están muy bien ensamblados; pero la experiencia de leerlos se hace necesariamente fragmentaria y adusta. Gessen es sobremanera efectiva al mostrar cómo el sistema estatal doblega y moldea al individuo hasta hacerle adquirir todo tipo de formas extrañas. También es especialmente evocadora del «mobiliario» físico y la atmósfera anímica del Moscú de la posguerra.

Lo mismo podría decirse de *Surviving Freedom: After the Gulag*, de Janusz Bardach (University of California Press). En un libro anterior mío (*Koba el Temible*),

elogiaba un libro anterior suyo (*Man Is a Wolf to Man: Surviving Stalin's Gulag*). El doctor Bardach me escribió, y mantuvimos una breve correspondencia en los meses anteriores a su muerte. Yo conocía al historiador desertor Tibor Szamuely, que estuvo cautivo en Vorkuta. Pero Tibor murió hace treinta años. Y fue a Janusz Bardach a quien tuve como nexo humano de los hechos que narro en *La Casa de los Encuentros*; y mientras me debatía en su escritura, sentí muy intensamente el sostén de su fantasma.

Y de los fantasmas de otros: Fiódor Dostoievski, Joseph Conrad, Eugenia Ginzburg..., y del Tolstói de la Unión Soviética: Vasily Grossman.

Notas

[1] En realidad la expresión original, *late eighties*, da lugar a un juego de palabras intraducible, pues significa tanto —literalmente— «últimos ochenta» como —de nuevo literalmente— «difuntos ochenta» (expresión obviamente desafortunada); se ha elegido, pues, «casi nonagenario», porque no parece demasiado ilícito asociar tal longevidad a la proximidad de la muerte. (*N. del T.*) <<

[2] *Here be the monsters* (literalmente: «que aquí estén los monstruos»): leyenda en ciertos mapas náuticos antiguos que indicaba dónde empezaba lo desconocido (zona a menudo ilustrada con dibujos de monstruos). (*N. del T.*) <<

[3] Iósif Vissariónovich es Stalin, líder de Rusia (1928?-1953). Lavrenti Beria fue jefe de la Cheka, la policía secreta (1938-1953). Nikita Serguéievich es Krushev, máximo dirigente de Rusia de 1953 a 1964. No veo el modo de evitar estas notas. El autobiógrafo habría tenido que renunciar a su propia alma —me consta— para escribir la palabra «Stalin». <<

[4] *Dirty old man*: literalmente: «viejo sucio»; en sentido figurado: «viejo verde». El original inglés juega con ambos significados, algo que no es posible hacer en castellano. (N. del T.) <<

[5] Inmovilizados por un «aerosol anestésico», los treinta y cinco secuestradores fueron ejecutados *in situ*. De los setecientos rehenes, ciento treinta murieron a causa del gas. Estas cifras, si bien sólo aproximadas, se acercan mucho a las reales. <<

[6] *Dusty*: literalmente, «polvoriento». (*N. del T.*) <<

[7] Temachin es Gengis Kan; el señor de la guerra mongol Hulagu es su nieto. Vladimir Ilich es Lenin, líder revolucionario de Rusia, 1917-1924. <<

[8] Dostoievski estuvo en la cárcel desde 1849 a 1853, por sedición. Vladimir Vladimirovich es Putin, máximo dirigente de Rusia desde 1999. <<

[9] *Dead reckoning* (de *deduced reckoning*: «cálculo por inferencia») es un tipo de «cálculo a ojo» marino basado en el rumbo y la velocidad en un período de tiempo, y no en el cielo y los astros. La conversión de *deduced* en *dead* («muerto, muertos») da lugar a una expresión de singular significado literal: «cálculo de los muertos». (*N. del T.*) <<

[10] Canción infantil: *Jack Sprat could eat no fat / His wife could eat no lean. / And so between the two of them, / They licked the platter clean!* («Jack Sprat odiaba la grasa, / su mujer odiaba el magro, / y así, entre los dos, / ¡dejaban bien limpio el plato!»).
(N. del T.) <<

[11] En español en el original. (*N. del T.*)<<

[12] Leonid Ilich es Bréznev, líder de Rusia (1964-1982).<<

[13] *Third World War* significa «Tercera Guerra Mundial» o «Guerra del Tercer Mundo», lo que hace posible el juego de palabras. (*N. del T.*) <<

[14] De poesía georgiana (segunda década del siglo xx), no de Georgia (Rusia). (*N. del T.*) <<

[15] Acreedor del baldón de la infamia. (*N. del T.*) <<

[16] Lazar Kaganóvich y Viacheslav Mólotov formaban parte del círculo dirigente entre 1925 y 1955. Ambos desempeñaron papeles clave en las dos grandes oleadas de terror: 1931-1933 (en el campo) y 1937-1938 (en villas y ciudades). Ésta es la última nota al pie. Y el lector deseará que se le revele la respuesta a una pregunta, en vista de lo que está a punto de llegar. ¿Le perdono? Al final sí, le perdono. Lo único que no perdono es que no me permitiese llevarlo al aeropuerto: a O'Hare, el aeropuerto de Chicago. Habría sido una hora más. <<

[17] Phoenix es un nombre propio y un apellido y también «el Ave Fénix», de ahí el prolongado doble sentido en el pasaje. (*N del T.*)<<

[18] *Bábushka*: en ruso «abuela» o «anciana». (N. del ED.) <<

[19] Institución israelí que honra a los mártires y héroes del Holocausto. (*N. del T.*) <<

[20] Derivación intraducible. De *surgical spirit* («alcohol sanitario»), o, abreviado, *spirit*, a *spirt* (o *spurt*): «chorro; residuo de orina», en la ropa interior, por ejemplo. (N. del T.) <<

[21] *Closure*: «cierre, clausura». (*N. del T.*) <<

[22] «Cómo sobrevivieron mis abuelas a la guerra de Hitler y a la paz de Stalin.» (*N. del T.*) <<